

00482



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA DEL NORTE
CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES MULTIDISCIPLINARIAS
ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES ACATLÁN

LA CIENCIA POLÍTICA ESTADOUNIDENSE:
TRAYECTORIA DE UNA DISCIPLINA

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:

DOCTOR CON ESPECIALIDAD EN CIENCIA POLÍTICA

P R E S E N T A :

GODOFREDO VIDAL DE LA ROSA



MEXICO, D. F.,

ABRIL DE 2005

m 343430



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA

A JUAN CARLOS

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recacional.

NOMBRE: GOSDOLFO
Vidal de la Rosa

FECHA: 22 Abril 2005

FIRMA: [Firma manuscrita]

ÍNDICE

PREFACIO	1
INTRODUCCIÓN	3
CAPÍTULO 1: Ideología y ciencia política en los Estados Unidos: origen y clímax de la revolución conductista en la ciencia política	
Los inicios	21
La construcción del canon: 1930-1970	35
El ocaso del pluralismo conductista	52
CAPÍTULO 2: La ciencia política estadounidense y la ideología de la modernización	61
La primera transición: el modelo básico de la modernización política	67
La ciencia política y la intervención imperial	69
El desarrollo político	72
La cultura política	77
La segunda transición: la democratización	82
Conclusión	92
CAPÍTULO 3: La teoría económica de la política	97
Paradojas de la acción colectiva	104
Principales contribuciones	109
Críticas y perspectivas	118
CAPÍTULO 4: El neo institucionalismo y la ciencia política	
Introducción	127
Los cuatro neoinstitucionalismos	130
Elección racional y las instituciones políticas	131
Neoinstitucionalismo y la teoría de la organizaciones	139
Neoinstitucionalismo y sociología política	142
Neoinstitucionalismo histórico	145
Conclusión	147
Conclusiones generales	151
La ciencia política y la filosofía política	154
Disciplina y teorías políticas	159
Disciplina y pluralismo metodológico política	162
Ciencia política y democracia	165
La disciplina en el mundo	170
La disciplina en México	172
Referencias	175

PREFACIO

Este trabajo de tesis fue posible por el apoyo de una beca del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, y de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana. Con este apoyo pude dedicarme a la investigación en las bibliotecas especializadas de la ciudad de México. Los colegas que participaron como miembros del Comité Tutorial y los lectores que se integraron al Jurado fueron no solo cordiales, sino permitieron un clima de discusión profesional. Lo mejor es que en el Jurado participaron filósofos, sociólogos y politólogos. Discutir con cada uno sus respectivas preocupaciones y particulares lecturas de mis argumentos fue un reto estimulante. José Hernández Prado fue el Tutor Principal, siempre amable y entusiasta, me recordó que la filosofía es parte integral de la formación del científico social. Patricia de los Ríos Lozano y Juan Manuel Ortega ofrecieron su experiencia y saber. La Dra. De los Ríos me ayudó a comprender mejor el contexto ideológico de los años treinta cuando la ciencia política establece sus bases institucionales. Las conversaciones con el Dr. Ortega durante la redacción del segundo capítulo, dedicado al problema de la modernización política fueron de gran ayuda. Los doctores Velasco y Zabludovsky participaron como lectores en el examen de candidatura. Ambrosio Velasco hizo observaciones que contribuyeron en mucho a la presentación de mis ideas sobre la relación entre la ciencia política y la filosofía política. Esa relación ha sido, es y será de gran importancia en el futuro de ambas disciplinas y merece un trato más extenso (que deberá esperara un nuevo libro). La Dra. Zabludovsky es una gran conocedora de la tradición sociológica y sus observaciones estimularon mi

interés en contrastar las trayectorias sobre las trayectorias de la ciencia política y la llamada teoría sociología, en la que creo que la primera a sacado ventaja. Por último quiero manifestar mi reconocimiento a las Doctoras Jacqueline Peschard y Judit Bokser, quienes se tomaron el tiempo para leer crítica y atentamente mi texto y emitir sus votos razonados que muestran una comprensión de lectoras de primer nivel. *And last, but not least*, mi amor y agradecimiento a Olga Rodríguez.

INTRODUCCIÓN

Este es un ensayo sobre el estado actual de la ciencia política. El criterio de selección temática es muy simple: se han elegido tres enfoques genéricos que han dominado los debates y las prácticas de la investigación teórica y empírica. Cada enfoque se caracteriza por una aproximación específica a sus temas, por medio de métodos predilectos. El tópico genérico de los tres enfoques ha sido la democracia política contemporánea. Sin embargo, ninguno de estos ha desarrollado una teoría general de la democracia.

Los enfoques sobre la democracia enfatizan los aspectos abiertos a la investigación y exploran los límites de los conceptos para estudiar la realidad, es decir, son programas de investigación. En esto difieren de las teorías más orientadas hacia la evaluación de conceptos o ideas, las cuales se denominan normativas porque están interesadas en "como debe ser" el mundo de la política, antes que en describir "cómo es". A las teorías que investigan el "cómo es" el mundo social les llamaremos empíricas, en el sentido de que implican que debe haber una exploración extensiva de la realidad antes de evaluarla. La exploración empírica es una característica de la ciencia social moderna y la ciencia política no sólo no es una excepción sino, un exponente disciplinario destacado de esta convicción.

Los tres enfoques que analizo son el llamado movimiento conductista, la teoría de la elección racional y las teorías neoinstitucionalistas. He escrito un capítulo sobre las teorías de la modernización, aunque en rigor forman parte del

primer enfoque, donde encuentran sus fundamentos conceptuales, metodológicos e ideológicos. Destacar los contenidos ideológicos ha sido una meta importante de este estudio, aunque su objetivo principal no es el de exponer a la ciencia política como una ideología. De hecho, el ensayo contiene la convicción de que ni las ciencias sociales empíricas ni las normativas están exentas de distorsiones, o como dice Charles Lindblom, *impairment* (o la descalificación de los aspectos de la realidad incómodos a los argumentos teóricos o ideológicos). Esta distorsión no se encuentra sólo en las preferencias individuales de cada investigador, sino muchas veces en la construcción conceptual, o simplemente aparecen como preferencias políticas implícitas o "metidas de contrabando" en una obra. Esto es común en la práctica de la disciplina y ciertamente los politólogos, como todos los científicos y filósofos, deberían estar alertas para no distorsionar nuestra reflexión con elementos partidistas o con la promoción implícita de una visión del mundo sobre otra. Esta demanda forma parte de la ética de la investigación y está presente en el programa de la ciencia social de Max Weber y por cierto, forma parte del código de ética implícito del investigador contemporáneo.

Pero otra característica es que en todos los casos nuestro objeto de estudio es la ciencia política estadounidense. La elección es inevitable porque ésta ha sido influyente en la construcción del perfil de la disciplina. El que esto sea así es en parte producto del accidente histórico de las dos guerras mundiales que devastaron la vida universitaria en Europa. Es tentador especular acerca de qué habría pasado si, por ejemplo, en Alemania, el liberalismo hubiera triunfado y no hubiera prevalecido el nazismo, y las ideas programáticas de Max Weber se hubieran instaurado en la academia germana.

Por supuesto que la expresión "ciencia política estadounidense" requiere algunas explicaciones. En primer lugar, se refiere a una disciplina desarrollada a través de más de diez décadas, y que se ha caracterizado por la pluralidad de sus enfoques y la constante renovación de sus métodos y problemas. Esta diversidad invita a sugerir una sucesión y superposición de "paradigmas", más que un cuerpo unificado de teoría. Y en realidad sería adecuado empezar afirmando que la primera característica es la ausencia de un marco teórico unificado. En la ciencia política estadounidense, a diferencia de la sociología, no hay grandes teorías unificadoras, o intentos para alcanzarla. Tampoco hay teorías de largo aliento filosófico, a la manera en que ha sido común en la teoría política Europea en la segunda mitad del siglo XX. De hecho la pluralidad de enfoques y las teorías de alcance medio predominan a lo largo de la trayectoria de la disciplina. Así que es conveniente indicar la aparente paradoja de este ensayo. Se trata de un esfuerzo por comprender la identidad plural de la ciencia política y sugerir que existe un canon disciplinario.

Es así como el objetivo de este trabajo es examinar su desarrollo de la ciencia política estadounidense a través sus debates internos, y observar cómo estas discusiones han formado su inconfundible identidad. En este sentido, la elaboración de temas, métodos y aproximaciones ideológicas a los problemas políticos, han sido resultado de la dialéctica interna que se ha forjado durante un siglo.

Mi propósito es elaborar una aproximación comprensiva de la ciencia política de los Estados Unidos, y en particular entender y subrayar la tensión entre sus ambiciones de lograr un estudio acerca de la política por medio de métodos

científicos, y sus supuestos ideológicos, con frecuencia implícitos, como lo es la identificación de origen entre el programa liberal y el método científico.

La tensión entre ciencia *acerca* de la política y la comprensión *política* ha sido una y otra vez el tema de polémicas a lo largo de los decenios. En esta investigación, estos debates son decisivos porque acompañan la constante reconfiguración de los tópicos y orientaciones. En esta rúbrica, las tensiones y hasta incongruencias de la fusión entre la ideología liberal y la ciencia política han sido el objetivo de los ataques que desde la izquierda y la derecha ideológicas se les han lanzado. Sin embargo, ideología del liberalismo y ciencia política no son en este caso como el agua y el aceite, sino se que mezclan una y otra vez para producir las diversas variantes.

Hay que resaltar que las embestidas contra la fusión entre ciencia social y liberalismo político provienen de dos fuentes: la primera es la filosofía política (también identificada como teoría política normativa) y la segunda es más cercana a la crítica epistemológica, que cuestiona las bases positivistas, a veces más imaginarias que reales de la ciencia política contemporánea. Ambas cuestiones serán abordadas hasta las conclusiones, pero es conveniente advertirle al lector de estas fuentes de tensión en el desarrollo de la identidad de la disciplina que nos ocupa.

En otras palabras, este ensayo trata sobre el oximoron de una *ciencia* política *ideológica*, si entendemos que el liberalismo (y sus variantes) es una ideología política moderna, y de hecho, la cosmovisión ideológica contemporánea hegemónica en el ámbito mundial. En nuestro ensayo, aunque tomo en cuenta las

críticas que desde afuera de la disciplina han elaborado los filósofos normativos, abordo sobretodo la manera en que la misma actividad disciplinaria ha ido respondiendo a estos cuestionamientos. Estas respuestas son el meollo de la construcción de su identidad. Una ciencia política empírica no es necesariamente positivista ni necesariamente fundada en la premisa de la separación entre valores y hechos por parte del observador o analista.

El trabajo se ha dividido, con algo de heterodoxia, en cuatro capítulos monográficos, seguidos por las conclusiones, en las que intentaré un enfoque más sintético. El primer capítulo trata acerca de la formación de la identidad disciplinaria hasta su punto máximo de homogeneidad, alcanzado durante el movimiento *behaviorista* (conductista). Este capítulo es importante porque examina las condiciones para la fundación de lo que he llamado el canon disciplinario. El apartado sigue una narrativa histórica sin ser un estudio histórico, en él aparecerán los temas básicos, los juicios y los prejuicios con la que la ciencia política estadounidense ha construido su identidad en los treinta últimos años.

El segundo capítulo continúa al primero, en el sentido de que la ciencia política estadounidense estableció los temas de la modernización y el desarrollo político (en parte como una contrapartida a las doctrinas marxistas y los enfoques *dependentistas* del desarrollo). También se establecen los temas que definen la mayoría de los debates en el llamado hasta hace poco "Tercer Mundo", así como las agendas políticas de la modernización y democratización que se estudian como ejes temáticos y agendas políticas a la vez.

El tercer y cuarto capítulos exponen a las corrientes teóricas dominantes como la teoría económica de la política y las corrientes neoinstitucionalistas que definen las agendas actuales de la ciencia política y ofrecen síntesis particulares a diversos problemas políticos. El problema del orden democrático es un tema central en la teoría económica de la democracia, pero más que sus contribuciones temáticas, es el retorno del problema de la racionalidad en la política sustantiva y en los métodos de estudio de la política lo que nos interesa.

Las corrientes neoinstitucionalistas son exploradas sucesivamente, destacando que más que una fusión teórica, representan una heterogeneidad de teorías y métodos. En el foro de la ciencia política neoinstitucionalista se debaten varios problemas importantes, tanto en relación con los métodos de investigación, como con cuestiones sustantivas del análisis de las democracias modernas. Los neoinstitucionalismos muestran también un nexo teórico con el problema de la racionalidad de la acción, y por esto continúan con el desarrollo de algunos problemas establecidos por la teoría económica de la política. Pero a diferencia de ésta, los neoinstitucionalismos muestran mayor flexibilidad y adaptabilidad poniendo atención a los actores colectivos e institucionales, pero sobre todo a las construcciones *históricas* de las identidades políticas. Estos neoinstitucionalismos no sólo representan un "retorno al Estado" y a las instituciones, sino sobre todo a la historia, sin que esto implique la aceptación de una teoría dominante ni una filosofía de la historia.

El último capítulo difiere de los anteriores en que mientras aquéllos abordan enfoques o paradigmas más o menos homogéneos o fácilmente identificables a

través de algún rasgo temático o metodológico, trata de hacer un examen general de la ciencia política como una tradición frente a la filosofía y las teorías políticas.

El tema central de todo este trabajo es abordar el carácter de *la identidad* de la ciencia política a lo largo de un siglo de actividad disciplinaria. El enfoque del ensayo comparte, en general, la siguiente apreciación:

"Marcada por un énfasis en la política liberal, una constante tensión con la democracia, y con unas bases conceptuales que se asientan en una visión no metafísica del Estado moderno, la ciencia política es reconocible como una empresa claramente definida cuyo desarrollo ha sido marcado y delimitado por debates intelectuales. Como una disciplina, a la ciencia política puede faltarle un paradigma definitivo, pero no una identidad bien definida" (Katznelson y Milner, 2002: 3).

La percepción de que la ciencia política estadounidense es inconfundible no sólo con las prácticas profesionales y tradiciones intelectuales como la filosofía y la llamada "Teoría política" proveniente de Europa Occidental, ha sido común y compartida durante décadas. Por ejemplo, ya hace medio siglo Harold Lasswell podía referirse a la relativa singularidad de la ciencia política estadounidense (Crick, 1957), para distinguirla de la filosofía política o la ciencia política alemana, de la misma manera que en la actualidad un conocido autor ha observado que el noventa por ciento de los "científicos políticos" en el mundo son estadounidenses o entrenados en los Estados Unidos (L. Pye, 2000).

Una complicación obvia para caracterizar la identidad de la ciencia estadounidense no es que no es una "teoría", entendida como un paradigma común de criterios metodológicos y teóricos. Mas bien se trata de una serie de programas de investigación que comparten tres características básicas. La primera es su vocación ideológica por las visiones del *excepcionalismo* de la política liberal y democrática de la política estadounidense¹. Pero este consenso más o menos establecido emana más de un *ethos* cultural compartido que de una elaboración propiamente filosófica del liberalismo y la democracia. Paradójicamente esta convicción del excepcionalismo político estadounidense ha ido acompañado de la búsqueda de reglas universales de análisis de la política.

La segunda característica es su propuesta de que la política se puede analizar científicamente. Es decir, no sólo es una cuestión de interpretaciones adecuadas y convincentes, sino de descripciones y demostraciones ceñidas a criterios metodológicos de la ciencia.

La tercera característica es que la ciencia política ha procedido con sus programas de trabajo institucionalmente. Así que más que *grandes nombres* como en la filosofía política y la teoría normativa de Europa Occidental, encontraremos que estos programas de investigación son colectivos.

De esta manera podemos dilucidar que el proyecto de la ciencia política puede distinguirse de la tradición filosófica por su enfoque empírico, y de la tradición ideológica por su pretensión de objetividad, y de todas las tradiciones

¹ La idea del excepcionalismo americano tiene un origen antiguo, probablemente debido a Tocqueville. En los tiempos actuales S.M. Lipset es su más decisivo exponente.(1996). Se refiere a que los Estados Unidos "nacieron modernos", sin la lacra del feudalismo, y

alternativas, en su continuidad institucional. Desde principios del siglo XX esta ciencia ha ido debatiéndose entre convicciones políticas, vocaciones disciplinarias y exigencias metodológicas, para conformar su identidad; así lo demuestra la principal asociación profesional, la *American Political Science Association* (APSA), que fue fundada en 1903.

En otra línea, será mejor fijarnos en la construcción de las teorías y conceptos significativos que en el ir y venir de los debates acerca de la epistemología o las filosofías de la ciencia. En los párrafos que siguen veremos pasar varios credos epistemológicos, pero la permanencia de las cosmovisiones liberales y de los compromisos con los métodos empíricos perdurará. La cosmovisión liberal se transformará en varias teorías parciales sobre los procesos políticos, específicamente de los llamados democráticos (Alford y Friedland, 1991).

La defensa de este proyecto ideológico es el rasgo que debe destacarse. Con frecuencia este trazo es sólo perceptible a la luz de las críticas a este carácter ideológico. La ciencia política como institución se retrató a sí misma, en los años de mayor éxito del movimiento conductista, como no ideológica, libre de valores, promotora de la distinción entre valores y hechos, y abogada del estudio objetivo y empírico de la política. Al hacerlo ha sido objeto de las críticas tanto desde el tradicionalismo como del radicalismo político.

Con frecuencia ambos extremos se han confundido y han hecho un frente común contra el programa liberal y positivista de la ciencia política estándar. Por ello, en el primer capítulo exploro la era dorada del consenso liberal y positivista,

nacieron liberales. Esta visión no siempre corresponde a la realidad, pero constituye un mito fundacional de la cultura política estadounidense.

donde los enfoques filosóficos e ideológicos tradicionalistas y radicales apenas hacían acto de presencia. Gran parte de los debates sobre la identidad postpositivista de la ciencia política surgen de la reactivación del interés en la ideología y las cuestiones normativas, y si se quiere, también políticas. Como se podrá apreciar en el mismo capítulo cuatro, la respuesta de la institución de la ciencia política ha sido retomar el problema valorativo sin perder la exigencia del método científico (R. Smith, 1996; R. Goodin, 1993) y está por verse si esta reunión sale bien librada como ciencia y como juicio crítico de la actividad política en sí.

La aproximación narrativa a la ciencia política es una estrategia valiosa. De hecho es inevitable una reconstrucción de los problemas que en el pasado fueron las marcas de la moderna disciplina de la ciencia política. Mi tarea, sin embargo, no es la de escribir un ensayo histórico de la ciencia política estadounidense, sino más bien una narrativa conceptual y selectiva. Sería inadecuado tratar de abordar estos programas sin una referencia a sus orígenes y la consolidación de los rasgos básicos de la ciencia política.

La presencia de diferentes concepciones de la filosofía de la ciencia, de las estrategias metodológicas y de los temas y vinculaciones ideológicas da, en lo general, sentido a la expresión de pluralismo teórico. A este pluralismo subyace una visión dominante o hegemónica. Esta cosmovisión, para usar el término usado por Robert Alford y Roger Friedland (1991), tiene una identidad característica a través de la trayectoria de la ciencia política y de sus diversas expresiones teóricas.

Muchos autores ven en este rasgo de identidad el eje de las tensiones y del progreso de la ciencia política de los Estados Unidos. Louis Hartz, (1991), en un texto clásico publicado en 1955, señalaba, inspirándose en Tocqueville, la

coexistencia de una tradición liberal (cuyo héroe es el inglés John Locke), que enfatiza las libertades individuales, pero tolera de cuando en cuando las expresiones provincianas, y la confianza acrítica de la superioridad de la experiencia política estadounidense.

Este liberalismo absolutista, como lo denominó Louis Hartz, se funda en el consenso político sobre las bases de la política estadounidense y excluye las aristas y extremos de la política de la confrontación típicas de la era moderna en el continente Europeo. En los Estados Unidos el consenso liberal y no la lucha de extremos, dice la tesis original de Hartz, es un rasgo único y excepcional que sin embargo debe valorarse no sólo del lado positivo, sino precisamente por sus defectos y omisiones. Pero las tesis de Hartz han sido refutadas dando paso a narrativas en las cuales el consenso liberal es más un mito que una realidad en el discurso público de los Estados Unidos. Hay que señalar que la imaginaria de un consenso liberal es poderosa y de alguna manera ha sido compartida por generaciones de politólogos.

Esta tradición fue menos producto de una construcción intelectual que de un conjunto de intuiciones e imágenes compartidas en la experiencia política de los Estados Unidos (Gunnell, 2004). Así que en la construcción de la ciencia política encontraremos no sólo visiones e imágenes de la política democrática estadounidense sirviendo como marco para la comprensión de trayectorias diferentes (por ejemplo, la teoría de la modernización política), sino además, que está inmersa en las ansiedades ante a las amenazas reales, pero también imaginadas, del totalitarismo y el comunismo y la movilización de las masas. Más que una defensa incondicional de la democracia, la ciencia política estadounidense

ha defendido en la teoría y en sus compromisos políticos una visión particular de la democracia: la democracia existente en los Estados Unidos.

Las interpretaciones actuales de la tradición liberal estadounidenses tienden a enfatizar, contrariamente a la tesis de Hartz, la existencia de una rica pluralidad de experiencias cívicas fundacionales (J. Shklar, 1990; R. Smith, 1996), pero coinciden en la existencia de un consenso liberal dominante. Este consenso liberal dominante está presente no sólo en la tradición política, sino en la misma ciencia política (Packemham, 1976). Este es un consenso sometido a tensiones internas en su desarrollo debido precisamente a que oculta tradiciones variadas en la tradición cívica y política de los Estados Unidos.

La disciplina de la ciencia política no ha escapado a estas tensiones, y es por ello que los editores de un volumen recientemente editado sobre la historia de la ciencia política estadounidense comentaban que: "algunas veces la ciencia política parece imperial en su influencia más allá de las fronteras nacionales y en definir áreas completas de investigación fuera de los Estados Unidos (...) Algunas veces la disciplina es mejor entendida por lo que ha fallado en hacer que por sus logros" (Farr, et al., 1995, prefacio). Pero valorar las fallas es imposible sin valorar los logros.

Desde luego, hay otra característica que puede apuntarse, y es la visión de una identidad profesional que con frecuencia rechaza diálogos con otras disciplinas como la sociología política. En la mayoría de los textos que se ocupan de examinar las tendencias y escuelas de ciencia política se omiten, con frecuencia, referencias

a los trabajos de los sociólogos, antropólogos y psicólogos.² Este hecho sorprende por dos razones. La primera es que muchas escuelas de apenas pueden ocultar sus deudas con la sociología política. Contrastando con esta negación, aunque muchos autores se han ocupado de estas paradojas (Sartori 194; Dogan y Pahre, 1991), está la pérdida de identidad de la ciencia política frente a la economía o enfoques económicos de la política.

Hjaj además, un marco filosófico liberal y una predisposición por la ciencia empirica, que de manera intermitente ha tolerado teorías y enfoques de distinto origen ideológico, como las teorías marxista y la elitista, a condición de que se sometan a las reglas básicas del enfoque liberal. El eje ideológico del liberalismo pluralista penetra a través de diversos enfoques teóricos. La desaparición misma de la noción de "Estado", tan cara a las tradiciones europeas, es un hecho sintomático casi inevitable de este liberalismo. No sólo es que se desconfíe del "Estado" conceptualmente, sino políticamente (Gunnell, 1995).

Por otro lado, la ciencia política estadounidense adquirió su carta de madurez, teniendo como trans fondo la crisis del sistema europeo durante la Primera guerra Mundial, el fracazo del modelo liberal alemán y el ascenso irresistible de los regimenes socialistas y fascistas. Ya en la Guerra Fría, en la disciplina de la ciencia política se refuerzan los instintos defensivos dándole un carácter conservador que relegó los temas democráticos en favor de los temas de las libertades individuales, el orden político y el consenso ideológico (Katznelson, 1998). Como apuntan dos comentaristas, la ciencia social pluralista estadounidense antepusó con demasiada

² Podríamos añadir otra característica que es el localismo. Es muy poco frecuente que los científicos políticos de los Estados Unidos conozcan el trabajo de sus colegas extranjeros.

frecuencia una visión conservadora de las libertades ciudadanas a las posibilidades de una profundización de la democracia política (Alford y Friedland, 1991). En este periodo se consolida lo que dos autores (Seidelman y Harpman, (1985) han llamado el "realismo desencantado" acerca de las posibilidades de la vida democrática y política en general.

La segunda característica básica que apuntamos es la convicción de que la política puede y debe ser estudiada científicamente. Gran parte de los debates ocurren precisamente para clarificar el significado del primer término/ de la frase "ciencia política". Pero independientemente de la filiación a una u otra filosofía de la ciencia, la ciencia política de los Estados Unidos ha mantenido un nexo profundo con la vocación empírica de investigación. De hecho este rasgo de identidad es para algunos el distintivo de la tradición estadounidense. La persistencia de los debates sobre el "método" es indicativa de esta predisposición por la ciencia empírica. El "método" adquiere en la ciencia política de los Estados Unidos un papel de hilo conductor de los debates,³ y mantiene un sentido de terreno común en medio de una pluralidad de enfoques analíticos y teóricos.

Junto a este interés por la pertinencia metodológica y empírica y por el papel de la "evidencia" válida, que confiere a la ciencia política de los Estados Unidos sus rasgos primarios, hay que apuntar la paradoja de la ausencia de un marco teórico único o siquiera un candidato creíble a la hegemonía.

³ El sociólogo alemán Karl Manheim escribía, en 1932 que "Es posible que muchos académicos estadounidenses admitan la importancia de discutir construcciones teóricas. Sin embargo, la cuestión principal en el campo de la metodología no es tener opiniones correctas, sino actuar correctamente. Esto revela una gran ansiedad por no violentar ciertos principios muy limitados de exactitud" (citado por I. L. Horowitz (1983: 158).

En este sentido es que en la ciencia política de los EU ha proliferado una pluralidad de enfoques con un centro filosófico liberal y de reiterada revalorización de la identidad científica. David Ricci (1984), en su provocativo estudio sobre la ciencia política posterior a la Segunda Guerra Mundial, asocia los dos rasgos del carácter de la ciencia política, el realismo y el liberalismo pluralista, a la propuesta expresada por John Dewey. Según Ricci, Dewey creía que el método de la ciencia era semejante a los procesos de debate democrático, y que la democracia avanzaría si se identificaba con el conocimiento científico (Ricci, 1984; Fentestein, 1997). A falta de grandes teorías, la tradición estadounidense sería pragmática. Y esto valdría tanto para la sociología radical de C. W. Mills, como para las visiones más científicas del conductismo de los años 60.

La idea de David Ricci merece atención, porque este pragmatismo está lleno de tensiones. De hecho su enunciado de "la tragedia de la ciencia política" implica la convicción de que el científicismo se impuso a las convicciones democráticas en los programas de la ciencia política dominante. Seidelman y Harpham (1985) argumentan de manera parecida al proponer que la ciencia política dominante en la posguerra antepuso el conservadurismo al progresismo democrático.

John Gunnell (1993), poniendo un énfasis algo distinto, subrayaba la vocación teórica de la ciencia política estadounidense a condición de distinguirla claramente de las tradiciones de ideología militante o la especulación aristocrática europea. La fácil reconciliación entre la convicción liberal y la confianza en los criterios científicos de objetividad para promover la democracia estadounidense se afirmó desde el comienzo de la disciplina. Así como el repliegue a la academia, la

intensificación de los criterios de trabajo profesional, la convicción de que el enfoque científico en las ciencias sociales era y debía ser compatible con la neutralidad valorativa, la necesidad de la separación entre valores y hechos en la ciencia social aparecen en los Estados Unidos como una convicción de eficiencia democrática.

En otras palabras, la ciencia política fue concebida no como una disciplina *política*, sino *sobre* la política. La objetividad científica, la exhaustividad metodológica y la neutralidad valorativa fueron asimiladas como aliadas de la democracia. Sin embargo, muchas veces el compromiso público se dio con las elites y no con la ciudadanía democrática.

Pero haya sido una "tragedia" (Ricci, 1984) o de una ciencia política de "realistas desencantados" (Seidelman y Harphman, 1985), la ciencia política estadounidense ha estado marcada por dos vocaciones frecuentemente enfrentadas: la aspiración democrática y la idea de llegar a ser una verdadera ciencia (R. M. Smith, 1997: 253).

La historia de este posicionamiento frente a la teoría social normativa o filosofía política es en sí misma reveladora. Para John Gunnell, se trata de la propuesta implícita de concebir la relación entre teoría y práctica, diferente al compromiso ideológico o normativo asociado a los europeos. El conductismo se asumirá como una aproximación profesionalizada para estudiar la política.

De esta manera, el estudioso de la política se concebirá a sí como un profesional y como un *científico*. Esta posición le conferirá la imagen de objetividad y valor a su trabajo, pero más que nada un *status* legítimo y prestigioso en el entorno universitario. Somit y Tanenhaus (1988), en su estudio de la historia de la

profesión, describen este proceso en que las credenciales van adquiriendo un peso en la profesión y la respetabilidad y seriedad de la ciencia van desplazando los estilos de discusión filosófica y teológica.

Igualmente decisivo que los motivos de la profesionalización de la actividad de los científicos políticos, está el vínculo entre la academia y sus fuentes de financiamiento (y peor aún, el uso de las ciencias sociales por el aparato intervencionista de la política exterior del gobierno estadounidense) (Horowitz, 1972; Simpson, 1988; Chomsky, et al. 1988, Gedzier, 1986 y 1998). Como señalaremos en el capítulo segundo de este ensayo, la construcción de modelos de modernización, desarrollo político y transición a la democracia en los países “emergentes” ha sido una empresa central de las metas de la política exterior de los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XX. La ciencia política contribuyó a esta empresa con un enfoque tutelar del cambio político, no siempre ajustado a las normas éticas del mismo código de ética del liberalismo, que definía la intención de la empresa, sin duda, eficaz. Pero no es acertado que la ciencia política estadounidense pueda ser reducida a un instrumento de la política exterior, la ideología estatal o simplemente, el imperialismo de los Estados Unidos. Mas bien reconozco la presencia de fuertes rasgos ideológicos en esta disciplina.⁴

La exportación de la ciencia política con todo y sus presupuestos liberales, es particularmente notable en las teorías de la modernización y el desarrollo

⁴ Personajes adiestrados como científicos políticos han participado en la formulación y operación de la política exterior, entre ellos Henry Kissinger, Zbigniew Brezezinski, Samuel Huntington, Lucien Pye, Condolezza Rice, etcétera. Pero su influencia no es mayor, probablemente, que la de algunos economistas, filósofos y abogados. Sin embargo, este ensayo no es sobre las actividades de los politólogos en la política, sino sobre las teorías políticas.

político, y más recientemente en las teorías de la democratización. Mas que teorías neutrales, se trata de teorías que imponen un punto de vista específico, el de la ciencia política *estadounidense*. Subrayarlo es esencial para entender los alcances y las limitaciones de tales teorías, pues suponen un modelo del desarrollo político y someten sus observaciones a sus prejuicios.

Por ello, se puede afirmar que la ciencia política sigue siendo una disciplina académica. En este ensayo no será tratada como una ideología, sino como una ciencia social ideológica. La diferencia radica en que mientras que asumir que es una ideología implica aceptar que es instrumental a fines y prácticas políticas específicas (por ejemplo de las agencias gubernamentales y de las megacorporaciones privadas de los Estados Unidos, o bien que promueve activamente un orden político particular o partidista). Decir que es una disciplina ideológica implica afirmar que la construcción de sus principios científicos se elabora sobre los valores y la experiencia política y cultural del liberalismo estadounidense o de sus élites políticas (Lowi, 1992).

Pero la meta de este ensayo no es elaborar una crítica puramente negativa, sino una aproximación que permita un mejor conocimiento de sus debilidades y fortalezas. La tensión entre ideología y ciencia no se resuelve negando una u otra. La búsqueda de soluciones en la ciencia política estadounidense deja entrever algunas cuestiones que me parece, ameritan una revalorización. La intensidad de los debates internos en la disciplina indica el compromiso de una ciencia social empírica, con la confrontación entre *teorías* y *evidencias*. Esa es la lección que quiero destacar.

CAPÍTULO 1

IDEOLOGÍA Y CIENCIA POLÍTICA EN LOS ESTADOS UNIDOS: ORIGEN Y CLÍMAX DE LA REVOLUCIÓN CONDUCTISTA EN LA CIENCIA POLÍTICA

Los inicios

La ciencia política, como el resto de las ciencias sociales en los Estados Unidos, tiene un origen bien establecido. Estas disciplinas surgen al final de la cruenta Guerra Civil, en la séptima década del Siglo XIX, como una respuesta intelectual surgida en los ámbitos de la vida universitaria a los enormes cambios que sufre el país: Pero no es necesario aquí hacer una historia larga. Basta mencionar la industrialización masiva, la integración nacional por las vías férreas y la migración desde Europa y dentro de los Estados Unidos, la urbanización y los problemas sociales que conlleva, así como las crecientes desigualdades sociales. A este período se le conoce como la Era Dorada (*The Gilded Age*). El periodo se caracterizó por ser una época de rápida acumulación de riqueza, de formación de las grandes fortunas en la banca y la industria y un crecimiento industrial y comercial que daría con el tiempo el liderazgo económico mundial a los Estados Unidos. Pero también de una radical transformación de la sociedad y el estado estadounidense. Justo con la emergencia de este país como una enorme potencia comercial mundial, también surgieron preguntas acerca de la viabilidad del "sueño americano" como un orden social y político democrático.

Las grandes migraciones son seguidas por la rápida urbanización e industrialización. Las fracturas raciales se ven agravadas por las divisiones de clase y la aparición de una enorme sociedad de masas. Una era de rápida movilización social también es acompañada de una nueva configuración de la política nacional. Particularmente después de terminada la Guerra Civil, la reconstrucción del Sur plantea problemas de integración política de la nueva república. Nuevos actores urbanos suplantando a las clases agrarias en la conducción de la política y sobre todo, aparece la primera visión de un Estado nacional por encima de los poderes locales. La ciencia social estadounidense se origina en la segunda mitad del siglo XIX, en pleno periodo de expansión geográfica y económica, después de terminada la sangrienta Guerra Civil. Al final de ésta, para muchos estadounidenses en la política y la academia, los problemas nacionales empezaban a ser percibidos como una realidad por encima de los asuntos más locales o regionales.

Este periodo extraordinario enmarca el origen de las ciencias sociales en los Estados Unidos (D. Ross, 1991). Sin duda, desde sus inicios la ciencia política fue la disciplina que más decididamente se volcó al *ethos* de la *ciencia social*, y en ello compartió con la psicología y la economía la emulación de la imagen de las ciencias naturales como el modelo a seguir. En esta línea, la ciencia política estadounidense se diferenciaría de los intentos europeos, en el éxito de su establecimiento como disciplina académica y en la definición de un perfil profesional. Pero el rasgo distintivo está en su base organizativa.

Al mismo tiempo, la profesionalización de las ciencias sociales, y especialmente de la ciencia política, también avanzaba en la Gran Bretaña, y a

paso más lento y dificultoso se extendía en el continente europeo. Pero hay que reconocer que la organización de la actividad académica en los Estados Unidos facilitó la imposición de un clima favorable a la ciencia social por encima de la filosofía social. Aunque las primeras generaciones de científicos políticos y sociales estadounidenses del siglo XX fueron adiestradas en las universidades alemanas, pero al volver a los Estados Unidos se da una *ruptura con el legado alemán* (Manicas, 1987). Es difícil establecer cuándo y por qué los politólogos estadounidenses abandonaron su lealtad a la ciencia social alemana. Al parecer la ruptura con la influencia teutona fue resultado de una decisión para la renuncia a analizar la política a partir del concepto de Estado. A principios del Siglo XX en los Estados Unidos la idea del Estado como eje de la actividad política había entrado en declive para dar lugar a imágenes de la política democrática pluralista, centrada en los grupos sociales. Pero no hay fuertes evidencias de un debate sobre la debida fundación de la nueva ciencia política. Probablemente también contribuyó el rechazo y la decepción con la política alemana a raíz de la Primera Guerra Mundial. La condena a la agresividad del Estado alemán aceleró el distanciamiento intelectual y por supuesto, impuso una fractura a la comunicación académica (que se reanuda en la sociología, pero no en la ciencia política hasta varias décadas después).

La ciencia política estadounidense se fundó en un proyecto institucional que sobreviviría y fortalecería, en tanto las instituciones académicas europeas eran destruidas por el ascenso del nazismo y el fascismo. Pero antes que nada, la disciplina de la ciencia política se estableció en un contexto de fuertes relaciones

entre la academia y la industria, por medio del sistema de fundaciones privadas antes que una asociación con el Estado, como en Francia y Alemania. En palabras de John Gunnell, "Una de las cosas que más distinguieron a la academia estadounidense fue la ausencia de un vínculo político definitivo al poder y la autoridad políticas" (Gunnell, 1993: 41; Manicas, 1987: 212ss).⁵

Este aspecto resalta un cierto tipo de intelectualismo instalado en la academia. El académico profesional y no el *dilettante* se convirtieron en los ideales de la práctica de la disciplina. Mientras la imagen del intelectual europeo se asociaba a la de un héroe solitario enfrentado a la hazaña de la ruptura épica con la tradición (Wolin, 1999; Velasco, 1999: 19), en los Estados Unidos veremos una reafirmación de la idea de la investigación como una tarea colectiva, o más propiamente dicho, de la investigación agrupada en las organizaciones, y como un conjunto de reglas de para la investigación, o dicho de otro modo, en una metodología compartida. Es decir, desde muy temprano, los politólogos estadounidenses se identificaron a sí mismos como *científicos*, sin aceptar el dualismo entre las ciencias de la naturaleza y ciencias sociales, establecido en las universidades europeas de principios del siglo XX.

En este sentido el rasgo inicial es la convicción de que una sociedad y un sistema político excepcional requiere de un enfoque diferente a la tradición especulativa. El *cientificismo* (D. Ross) como vocación de las ciencias sociales que emula la imagen de autoridad asociada a las ciencias físicas o al menos, a la

⁵ Notablemente Thornstein Veblen observó que las grandes universidades en los Estados Unidos surgieron como entidades privadas, con fuertes vínculos con las fundaciones altruistas, vinculadas al aparato corporativo empresarial. Veblen creía que este vínculo

biología, ofrecía esta alternativa. En las palabras de la historiadora de la ciencia social, Dorothy Ross:

“La ciencia social estadounidense lleva la marca distintiva de sus orígenes. Lo que es distintivo en la ciencia social de los Estados Unidos es el grado en que ha sido modelada según la ciencia natural antes que las ciencias históricas, y por el sitio excepcional que los Estados Unidos ocupan en el mundo gracias a su gobierno republicano y las oportunidades económicas” (Ross, 1991: xiv).

La fe en el excepcionalismo democrático estadounidense y la vocación liberal iban a ser los dos rasgos más perdurables en las ciencias sociales nacionales de los Estados Unidos. Pero no son sólo condiciones sociales las que explican el comienzo de la exploración de enfoques científicos para entender y reformar a la sociedad y la política. Una expansión de la vida académica, donde nuevos grandes centros universitarios emergieron y los viejos se renovaron, reforzó la confianza en la ciencia. En particular, las ideas de Darwin conmovieron a numerosos académicos que veían en sus ideas un parámetro para medir el progreso.

La ciencia política no sería la excepción en la búsqueda de una identidad científica, sobre todo por la aspiración para diferenciarla de la filosofía y la teología. Ante todo, para diferenciarla de la imagen de la filosofía política y la política europea. El *excepcionalismo* estadounidense ofrecía una imagen más deseable del orden político sobre todo si se contrastaba con la situación de crisis violenta que

alejaba a los científicos sociales de la vocación científica y los convertiría en una especie

recorre a la política de los Estados europeos durante la Primera Guerra Mundial. La diferencia entre las monarquías, que se derrumbaban arrastrando a toda Europa a la terrible guerra, y el sistema republicano y democrático de los Estados Unidos, no podía ser más clara. En los Estados Unidos la misma idea del Estado como fundación de la política, como durante siglos lo han proclamado los filósofos del Viejo Continente no logró arraigarse (Manicas, 1989; Farr, 1995; Gunnell, 1995). A principios del Siglo XX, a la pregunta de si el liberalismo estaba sostenido en el Estado o en la sociedad, la respuesta estadounidense fue que era la sociedad (Gunnell, 1995: 31). El excepcionalismo como imagen propia de la política surgió en la Era Dorada del siglo XIX dio lugar al pluralismo que dominó la primera parte del siglo XX. Y lo más notable es que a las imágenes del excepcionalismo democrático correspondió a la búsqueda de una ciencia política singular e inconfundible. A diferencia de los arcanos de la filosofía política, la ciencia política sería empírica.

Ciertamente la vocación por un enfoque científico de la política también surgió en Europa. Destacan los esfuerzos de Max Weber por darle un fundamento científico específico a la ciencia social. Pero en los Estados Unidos, desde sus orígenes la ciencia política buscó anteponer los ideales e imágenes de la política democrática. Ideas como "el Estado" o "el Pueblo" se disolvieron en la ideología política estadounidense desde los orígenes de la Constitución (Gunnell, 2001: 21ss), dando paso a una imagen "pluralista" de la política, que requiere de una

de resolvedores de problemas del capitalismo estadounidense (Manicas, 1987: 215).

ciencia empírica antes que de abstracciones arcanas inspiradas en la filosofía europea.

Es durante las tres primeras décadas del siglo XX, en que ocurren intensos cambios nacionales e internacionales, en los cuales destacan la Primera Guerra Mundial, la Gran Recesión y el *New Deal*, cuando la ciencia política emerge con un programa y perfil propio. En 1903⁶ se funda la *American Political Science Association* (APSA), durante las décadas anteriores germinan nuevas ideas y nuevas convicciones que a la postre marcarán la identidad de esta nueva ciencia.

Simultáneamente, el clima intelectual y cultural que enmarcan los debates políticos es de agitación y crítica. El nuevo periodismo de denuncia, en la ciudad de Chicago, los “escarbadores de basura” (*muckrackers*), influyeron en la vocación reformista de la sociología y la ciencia política. La Era Progresista no necesariamente representó un clima de opinión anticapitalista. Al contrario, expresó la confianza en que los males del capitalismo moderno podían ser reparados por la intervención del gobierno, como John Dewey lo articuló claramente, por medio de un orden basado en una “razonable jerarquía” que diera forma a la “inteligencia” social⁷ (Fensterstein, 1997: 78ss).

Durante esta era, John Dewey formó una versión moderna del pragmatismo que influiría enormemente en la filosofía, la pedagogía y las ciencias sociales estadounidenses. Junto a la vocación reformista, también aparecieron los rasgos

⁶ La Asociación de Historia fue fundada en 1885, la de economía en 1884, la de Estadística en 1889, y la Sociedad de Sociología en 1903 (Somit y Tanenhaus: 31).

⁷ Para un análisis de las similitudes entre la visión pragmatista o *deweyana* y la *popperiana*, respecto al papel de la ingeniería social en la solución de los problemas sociales (véase David Ricci, 1984: 114-121).

que identifican a la actividad del científico social con la de un profesionalista especializado. En palabras de Ira Katznelson y Helen Milner, “La ciencia política estadounidense nace en la Era Progresista, como una profesión no partidista de especialistas, destinada a generar conocimientos a fin de entender y ayudar a sustentar regímenes políticos liberales” (Katznelson y Milner, 2001: 4).

Pero no sólo trata de distinguir ideológicamente la emergente disciplina de la ciencia política de las doctrinas europeas contemporáneas. Desde aquellos años la ciencia política estadounidense busca deliberadamente diferenciarse, especialmente de las tradiciones alemanas, abandonando y al menos repudiando los estilos metafísicos de pensar la política.

Con ello la ciencia política estadounidense se fijó a sí misma una serie de rasgos distintivos, que perduran hasta la actualidad. El primero es su particular visión liberal, inconfundible con las versiones europeas originales.⁸ El liberalismo estadounidense define el marco ideológico de la ciencia social y, particularmente, de la ciencia política en ese país:

“Sustantivamente, -dicen Katznelson y Milner-, esta arena de análisis político comparte, con otras tradiciones nacionales dedicadas al estudio sistemático de la política moderna, especialmente la alemana, un entendimiento del Estado como un complejo conjunto de instituciones y normas. Hay que resaltar que existe una diferencia clave. En los Estados Unidos, el impulso a estudiar al Estado está asociado en gran medida con el deseo de

⁸ Louis Hartz desarrolla la imagen más influyente sobre el liberalismo estadounidense. Para Hartz, a diferencia de la versión europea, el estadounidense era un liberalismo absolutista y proclive al provincialismo (Hartz, 1955). Más de un siglo antes de Louis Hartz, Alexis de Tocqueville había notado lo mismo en su clásico estudio de etnografía política, *La Democracia en América*.

controlar al Estado por la sociedad civil" (Katznelson y Milner,2002: 8)⁹

Aunque tal vez Katznelson y Milner tienden a subrayar demasiado la noción de sociedad civil y deberían señalar en cambio la idea de una ciudadanía política, formada por individuos, la ciencia social estadounidense piensa en términos de ciudadanos y grupos, y al final de cuentas, en el equilibrio resultante de su interacción.

Y esta vocación es la que da sentido a su segunda característica distintiva: el pluralismo como principio teórico y político, entendidos como las alternativas específicamente estadounidenses a la metafísica política y al culto estatista en la ciencia política alemana e italiana. Es así como desde su origen liberal, la ciencia política estadounidense tiene un carácter excepcionalista y pluralista, comprendiéndose esto como antiestatista y antipopulista. Liberalismo y pluralismo se fusionarían¹⁰ sin ningún tipo de cuestionamiento.

⁹ Casi medio siglo antes, Louis Hartz había observado "*the relative statelessness*" (la relativa desestatidad) de la ideología liberal de los Estados Unidos, comparado con las teorías dominantes en Europa (véase el ensayo de John Gunnell (1993). En la cosmovisión liberal estadounidense predomina la idea de que no hay un Estado, en la medida que no es un ente físico, sino grupos e intereses en equilibrio y un sistema de instituciones que deriva de la lucha de los grupos. En suma, el Estado no tiene una realidad empírica. Pero la visión del Estado como un ente marginal o residual de la sociedad también es compartida por el marxismo, adversario acérrimo del liberalismo.

¹⁰ El lector recordará que el pluralismo, como doctrina política, se origina como una reacción a las teorías que establecían que sólo el Estado es el depositario de la soberanía. León Duguit, en Francia y Harold Laski en Inglaterra son sus principales exponentes. Dahl sostiene que el pluralismo político es una doctrina opuesta a las teorías "monísticas" de la democracia asociadas al filósofo francés J. J. Rousseau. Por vía de Laski, el pluralismo llega a los Estados Unidos y se fusiona con las teorías de Bentley (ver infra) para dar origen al pluralismo teórico de la ciencia política (R. Dahl, 2001). Hasta los años sesenta del Siglo XX el pluralismo político se refiere a la diversidad de los intereses observables, antes que a una teoría de la diversidad de identidades, asociada al multiculturalismo.

En general, la ciencia política nace con rasgos muy diferentes a las tradiciones de investigación europeas. El rechazo deliberado, aunque pocas veces efectivamente alcanzado, a introducir consideraciones metafísicas, significa una profesión de fe en la superioridad de la ciencia empírica.

Asimismo, la antipatía y el temor al Estado omnipotente reforzaron el liberalismo y al pluralismo político como base teórica. Bernard Crick captó este espíritu cuando escribió que “En una sola frase, la ciencia de la política asume una particular relación cuatripartita entre la noción común de ciencia, tal como se entiende en el pensamiento ordinario estadounidense, la idea de un entrenamiento ciudadano común, la generalización de los hábitos de la democracia estadounidense y la fe común en la inevitabilidad del progreso o de un destino manifiesto de la sociedad estadounidense” (Crick, 1959: xv, subrayados en el original). Ciencia, ciudadanía, democracia y progreso son, en sus inicios y hasta hoy, los ejes de la ciencia política en los Estados Unidos.

La ciencia política de la Era Progresista compartió el programa filosófico del pragmatismo como su visión unificadora. El pragmatismo ofreció la coherencia necesaria para orientar los esfuerzos y crear una verdadera ciencia política capaz de integrarse a los procesos de cambio y reforma. En particular, la noción de que el proceso de descubrimiento y discusión científica es análogo al de los procedimientos de debate y decisión democráticas tuvo una influencia decisiva. La mera idea de que la autoridad científica podía ser un modelo para el establecimiento de la autoridad en la sociedad democrática, atribuida a John Dewey (Fensterstein, 1997: 78ss; Ricci, 1986), marcó una nueva percepción

acerca de la política moderna, que confiere a “la cooperación de la inteligencia cooperativa” un papel en la dirección de los asuntos públicos. Es así como los científicos políticos encontraron un lugar en esta empresa y su tarea fue crear una ciencia política adecuada a los nuevos tiempos.

Después de todo, como lo menciona Bernard Crick, “el pragmatismo representaba en realidad el verdadero carácter del reformismo progresista, y aparecía más como una síntesis entre su ideal de una ciencia de la sociedad y los fines prácticos de la ciencia política, que como una educación avanzada, ofrecía al entrenamiento ciudadano” (Crick, 1955: 69-70).¹¹ Esta confianza en el descubrimiento de los hechos políticos y la eficacia del conocimiento derivado de los hechos, contrasta con las tradiciones anteriores, enfocadas a establecer valores morales y argumentos legales para el orden político. Es en este clima de convicciones y seguridad en la novedad de la empresa de la ciencia política producida en los Estados Unidos, que surgen las nuevas generaciones de científicos políticos.

El más avezado pragmatista en la ciencia política fue Arthur Bentley (1870-1957). Su mayor contribución fue su libro *The Process of Government* (1908), donde se prefigura la orientación de la ciencia política pluralista que prevalecerá durante casi todo el siglo XX. Bentley era un convencido de la necesidad del estudio emanado de la observación. El objeto de la ciencia política era la conducta observable.

¹¹ Crick apuntaba, correctamente, en mi opinión, contra una opinión muy generalizada, aún hoy en día, que “(E)l pragmatismo no es un nihilismo, sino una forma particular de optimismo” (1959: 89).

Rechazando las imputaciones metafísicas del deber ser de la acción política, Bentley concluye que la única acción política verdadera es la de los grupos. Estos grupos son contingentes y no existe una clasificación previa, como la de Marx. Bentley veía a la política como un proceso de negociación fluida entre grupos.¹² No el Estado, ni los individuos, sino los grupos, definidos por su actividad, son para Bentley los actores fundamentales de la política.

Su intención era ofrecer un método, un nuevo instrumento de análisis. De la interacción y conflicto de los grupos resultaba un "paralelogramo de fuerzas" a imagen y semejanza de los procesos de la ciencia física. Con Bentley se abren nuevas perspectivas al análisis de la política. Ofrece un enfoque que trata de expurgar las consideraciones subjetivas (*"the soul stuff"*). De manera más específica, Bentley recurre a la noción de grupo como unidad de análisis y como lo señala Crick al referirse a Bentley: "cuando los grupos son adecuadamente establecidos, todo está establecido. Cuando digo todos los grupos, quiero decir todos. La completa descripción significará la verdadera ciencia en el estudio de los fenómenos sociales. No debe haber más campo para "causas" animistas" (Crick, 1955: 122).

Los conflictos entre grupos, más que la acción del Estado, o las agencias gubernamentales, son la fuente de cambio y ajuste en la sociedad. Pero a pesar de su énfasis en el formalismo y el método, el trabajo de Bentley tiene una orientación política identificable: "(E)nfatiza los derechos, las libertades, la igualdad social sustantiva y el control popular del gobierno y la industria, en oposición al poder

¹² D. Ross señala que Bentley tomó esta visión del sociólogo alemán George Simmel, de

institucional, el control administrativo y la planeación promovida por la corriente conservadora del *progresismo* en los Estados Unidos” (Seidelman y Harpham, 1985: 79).

Bentley quería construir un enfoque en el cual las clases medias tuvieran lugar en la política real. Como comenta Dorothy Ross, Bentley deseaba una política de las clases medias que pusiera coto a la transformación radical de la distribución del poder económico que había seguido a la Guerra Civil. La idea de centrar el análisis de la política en el componente grupal reflejaba este deseo (Ross, 1991: 330ss). A diferencia de los enfoques tradicionales donde el cuerpo político era unificado por la Constitución política, Bentley quería mostrar el conflicto y las luchas políticas y las formas en que los grupos podían compensar con su acción al poder de las corporaciones y los partidos. Para ello era necesario dar a las clases medias datos e información objetiva. La combinación de optimismo reformador y fe en la ciencia confiere a Charles Bentley un lugar destacado en la fundación de la ciencia política. Aunque su obra es olvidada durante mucho tiempo. A pesar de ello, se le ha reivindicado como un fundador de la moderna disciplina por que su obra delimito temas y enfoques que se convirtieron en recurrentes en el canon de la disciplina.

Al igual que Bentley, Charles Austin Beard (1874-1948) destacó como historiador y científico político y su obra está sometida a la tensión entre sus valores democráticos y su fe en la ciencia. Beard, igual que Bentley, veía en la lucha política. y no en la marcha de las ideas, la clave de la comprensión de la política.

quien fue estudiante por un breve tiempo (Ross, 1991: 332).

Su obra más recordada, de entre los casi 50 libros que escribió, es *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States* (1913), que representa un esfuerzo por mostrar la configuración de intereses económicos que dio origen a la Constitución política de los Estados Unidos. Para Beard, la Constitución política de los Estados Unidos era la expresión de intereses de propiedad específicos. El enfoque empírico que este pensador empleaba era la estadística económica detallada para observar los cambios en las fuentes de la riqueza y poder en los Estados Unidos.

El análisis de Beard se inscribe así en un debate entre la visión *jeffersoniana* y la expresada en la Asamblea Constituyente por Alexander Hamilton. Los primeros representaban los intereses agrícolas, granjeros y agricultores que perseguían una visión localista, mientras los segundos, los privilegios de los capitalistas y financieros urbanos, con una perspectiva nacional. En la misma vena, Beard analizó la democracia *jacksoniana*, a veces asociada a una era "populista" de activa participación política de los pequeños propietarios agrícolas, en términos de una revuelta de intereses de los granjeros, y la Guerra Civil como "una segunda revolución" en la historia de los Estados Unidos, donde lucharon los nuevos capitalistas norteamericanos contra los privilegios de la aristocracia de las plantaciones y el esclavismo sureño.

El rechazo a las nociones legalistas como sustento para la definición del régimen político democrático es explícita. Beard creía que "la democracia no es meramente elecciones periódicas. La democracia significa que el gobierno se mantiene bajo el control y monitoreo de la gente entre las elecciones. A fin de que

las personas puedan ejercer su vigilancia sobre el gobierno es necesario que tengan un gobierno que puedan entender" (citado por Seidelman y Harpham, 1991: 91). El historiador estaba convencido de que los científicos sociales tenían un papel de responsabilidad en esta educación democrática. Con los años descubrió que su optimismo estaba mal cimentado. Mas aún, aunque confiaba en la ciencia como la manera más fiable de contribuir al enriquecimiento de la democracia, pronto las pautas de profesionalización de la ciencia política lo decepcionaron. El mismo ideal de la ciencia social, alejado de "la teología, la ética y el patriotismo" también inducía un giro hacia discursos políticamente neutrales, el culto al cientificismo y los estilos profesionalizados para las futuras generaciones de científicos políticos.

Por un lado, la profesionalización de la ciencia política empezaba a poner énfasis en las técnicas y métodos sofisticados antes que en la capacidad de comunicar asuntos relevantes. En palabras de la historiadora Dorothy Ross, durante los años que siguen al movimiento progresista, "la profesionalización y el cientismo distanciaron el discurso de las ciencias sociales de los ideales (democráticos) nacionales" (Ross, 1991: 468).

La construcción del canon: 1930-1970

El proceso de profesionalización y el culto al cientificismo en las ciencias sociales, y por supuesto en la ciencia política, se habían afianzado en las mentes de los practicantes de las disciplinas desde finales del siglo XIX. Parte de este proceso se explica en la transformación de la academia, y en especial en el giro secular a los estudios sociales. Los modelos alemán y francés sirvieron de base

para establecer la *currícula* y el sistema de credenciales académicas (Gunnell, 1993).

Sin embargo, el modelo estadounidense tuvo distintivos propios desde sus inicios. La conversión secular nunca abandonó del todo el mito del excepcionalismo, y a pesar de la influencia del modelo germánico, los estadounidenses pronto se aferraron a esquemas empíricos, diferenciados claramente de la especulación y la metafísica europea (*The soul stuff*, decía Bentley).

Se ha escrito mucho (Ross, 1991; Purcell, 1973; Gunnell, 1993) sobre esta conversión y sus fuentes intelectuales. Pero lo que debe subrayarse es la facilidad con que el credo liberal y democrático (es decir, la fe en el sistema estadounidense de gobierno) se podía reconciliar con el credo científico. La simbiosis entre el liberalismo y la ciencia significó a la vez la afirmación de la incompatibilidad entre, como decía Charles Merriam, “la política de la selva y la ciencia de laboratorio” (Somit y Tanenhaus, 1982: 142).

Esta identificación de los procedimientos del debate científico y los procedimientos democráticos también era un asunto central en el pragmatismo de John Dewey (1984). Podría decirse que era un artículo de fe ampliamente difundido en las comunidades académicas la afirmación de la superioridad del método de las ciencias físicas y de la biología, y que había pocas dudas acerca de que este debía servir de base para las nuevas ciencias políticas. La construcción de instituciones para la investigación adecuadas a esta imagen de las ciencias políticas sería el siguiente paso. Y en esta tarea Charles Merriam destacó perdurablemente.

En esta línea, Merriam es más recordado por las empresas académicas que creó que por sus colaboraciones intelectuales propiamente dichas. Pero su trabajo como constructor de instituciones está asociado a su convicción de que la ciencia política está destinada a contribuir a la democracia y a la reforma gubernamental. Merriam fue activo en la política, y participa en los gobiernos de Hoover como asesor en asuntos sociales, y en la administración de F. D. Roosevelt en diversas comisiones. Se postuló a la alcaldía de Chicago sin éxito, para bien de las empresas académicas que fundó o ayudó a establecer, entre ellas el *Social Science Research Council* (SSRC) en 1923, y el departamento de ciencia política en la Universidad de Chicago.¹³

Su visión de la ciencia política tiene como objetivo contribuir a la institución de un liderazgo político efectivo y promover la educación cívica en una era marcada por la Gran Depresión. Merriam mantiene una actitud ambigua respecto a la relación con el patrocinio de la ciencia política. Activamente busca y obtiene fuertes apoyos de las principales fundaciones, como la *Rockefeller Foundation* y la *Carnegie Foundation*,¹⁴ a la vez que considera que la ciencia política debe ordenar

¹³ De hecho, la Universidad de Chicago se convirtió en un sitio de contacto, probablemente involuntario, entre la nueva ciencia conductista y las tradiciones europeas de filosofía política traídas por los exiliados alemanes que huían del nazismo, como Leo Strauss (quien había estudiado con Carl Schmidt y Martin Heidegger en Alemania). Pero aunque, al nivel personal Merriam y Strauss se ignoraron mutuamente, debe resaltarse el hecho de que desde sus inicios, el programa de la ciencia política tuvo frente a sí a la vieja tradición filosófica que decía superar. A la vez, Strauss, quien sería el maestro de varias generaciones de filósofos políticos, e ideólogos neoconservadores durante las administraciones de los presidentes Reagan, Bush Sr. y Bush Jr. (Drury, 1997), pensaba que la "nueva ciencia política" era ingenua y su relativismo moral no ofrecía las ideas necesarias para defender las libertades en un mundo de adversarios (Strauss, 1962; y Gunnell, 1993: 258).

¹⁴ La influencia de Fundaciones como las *Rockefeller*, *Ford* y *Carnegie* en el financiamiento de los programas y departamentos de ciencia política en la era "conductista" es documentada por Somit y Tanenhaus (1982: 208).

sus tareas con autonomía de los intereses creados. Su respuesta se refería a la creación de instituciones colegiadas.

Bernard Crick captó esto en las siguientes palabras: "Merriam tomó de Dewey la clara distinción epistemológica entre 'hechos' y 'valores'. La imaginación 'subjetiva' del académico solitario se volvió sospechosa a los ojos de los verdaderos científicos sociales, excepto, posiblemente, como una fuente de hipótesis para ser puesta a prueba. El trabajo en solitario fue visto como un síntoma mórbido; carecía de importancia, de fraternidad profesional y de un método científico verdadero. La gran era de los 'proyectos' y de las Fundaciones estaba en camino" (Crick, 1955: 158).

Aunque Merriam no acuña el término, se le adjudica el comienzo de la 'era conductista' (*behaviorista*) de la ciencia política. El concepto puede ser confuso.¹⁵ De hecho, el behaviorismo aglutina las obras más reconocibles de la ciencia política estadounidense y bajo su cobertura se establecieron algunas de las características de la ciencia política hasta hoy. Básicamente, el vocablo "conductismo" se utilizó como un postulado acerca de que la ciencia política debía basarse en la observación de los comportamientos políticos antes que en las intenciones o ideas de los actores. Es decir, hace énfasis en el carácter empírico de la ciencia política. Merriam, sin embargo, estaba alejado de las versiones más positivistas que le seguirían. Creía en la posibilidad de la ciencia política, aunque "no

¹⁵ Según Gabriel Almond (1988: 27), el primero en hablar de "un análisis conductista de la política" fue George Caitlin, en 1927. Se debe recordar que hay una escuela de psicología 'conductista', que tiene poco o nada que ver con la tradición de la ciencia política.

demostrablemente exacta", por medio de la observación sistemática, la proposición de hipótesis sujetas a verificación y el uso de métodos de investigación científicos.

Pero la idea sustantiva en la obra de Merriam es que la ciencia política podría arrojar luz sobre la conducta de las elites y contribuir a eliminar el comportamiento irracional y las conductas inciviles de las masas. La ciencia política podría ser un antídoto a los horrores del fascismo y el comunismo, siempre y cuando se insertaran en la tradición de la preservación del orden liberal (Crick, 1955: 140). El espíritu de racionalización de la vida política impulsó la obra de Merriam. En palabras de Somit y Tanenhaus, que a su vez citan a Merriam:

"La búsqueda que Merriam emprendió de una ciencia política, surgió de la preocupación por la política social (él la llamaba 'prudencia política'), y no del deseo de obtener conocimiento por sí mismo. Una ciencia de la política permitiría 'un control más inteligente del proceso de gobierno' y facilitaría 'el control consciente de la evolución humana hacia el que la inteligencia se mueve en todos los aspectos de la vida.' Merriam profetizó que sería posible 'la eliminación del desperdicio en la acción política' y la liberación de las posibilidades políticas en la naturaleza humana' y además 'evitaría o minimizaría' la guerra, las revoluciones y 'el ajuste imperfecto de individuos y clases'...podría analizar 'la corrupción, el saqueo, la explotación y la ociosidad, que surgen de la incapacidad de superar la inercia y el estancamiento' y otros males que llevan a la 'baja productividad y la falta de valores que afectan el logro del bienestar social' Estos eran "los objetivos y las pruebas de la política científica" (Somit y Tanenhaus, 1982: 141).¹⁶

¹⁶ El significado que Merriam daba a la palabra "prudencia" se ilustra por la anécdota que refiere que pidió al joven doctorante Gabriel Almond, eliminar de su proyecto de tesis, una referencia que criticaba los intereses de John D. Rockefeller, cuyas fundaciones financiaban, a la sazón, los proyectos de Merriam en la Universidad de Chicago (Gunnell, 1990: 36).

En más de un sentido, el movimiento 'behaviorista' debe a Merriam su razón de ser. Discípulos directos de Merriam fueron Harold D. Lasswell, Orlando Vladimir Key, David Truman y Gabriel Almond quienes, con Robert Dahl, pueden considerarse como los mejores o más influyentes exponentes de la ciencia política de mediados del siglo XX en los Estados Unidos.

Para el lector no estadounidense o poco familiarizado con la vida intelectual de la ciencia política en los Estados Unidos, los nombres de Key y Truman quizás sean extraños, y aun los de Harold Lasswell y Robert Dahl no sean familiares, pero la obra de estos autores establece los cánones de la ciencia política en el estudio de la opinión pública, de los procesos electorales, de los sistemas de partidos y de la política de los grupos de interés en un ambiente democrático.

El movimiento conductista abarca varias décadas .en las que va teniendo diversas transformaciones. En él se incluyen tanto autores como Merriam, en la tercera década del siglo XX, y Robert Dahl, activo en la actualidad. Aún más claramente que una identidad teórica o metodológica, el movimiento conductista se identifica con el compromiso sustantivo por entender, empíricamente, la intersección entre ciudadanía e instituciones democráticas y liberales. Esta manera peculiar define también una apuesta al excepcionalismo del modo estadounidense de comprender la política.

El legado del movimiento conductista es doble: la aproximación empírica sistemática a la política y la representación "realista" de la democracia (o sí se quiere, la representación positiva de la democracia "realmente existente"). La

primera aportación es, de hecho, más conocida, ya que sobre ella se ha creado toda una "industria ligera" dedicada a realizar críticas, fundadas e infundadas, sobre el positivismo en las ciencias sociales. Pero no es un requisito compartir la filosofía positivista para coincidir con la afirmación de que "el conductismo fue tremendamente importante para el estudio científico de la política debido a que enfatizó, en muchas variantes, la observación precisa: la medición y el conteo de las observaciones y la presentación clara de las hipótesis y la necesidad de criterios no ambiguos para aceptar o rechazar las pruebas" (Farr, 1995: 279).

El movimiento conductista promovió la idea de la superioridad del método científico y de la indagación empírica sobre los métodos especulativos en el estudio de los fenómenos políticos. La convicción de que el conocimiento con métodos científicos era la mejor vía para coadyuvar al desarrollo de una ciudadanía y un gobierno democrático es común a los autores enrolados en el movimiento del análisis conductista de la política. Esta visión se justificó frente a los estilos subjetivistas asociados a las formas más antiguas de estudiar los fenómenos políticos.

Robert Dahl, quizás la eminencia más conocida y perdurable de la tradición conductista, escribió un ensayo ya clásico en el que ofrece una identidad al programa conductista. Esta identidad es la de ser una alternativa rigurosa, empíricamente sólida, metodológicamente sofisticada frente a lo que se consideraba como meras opiniones eruditas, pero exentas de los rigores de las pruebas empíricas, de los filósofos de la política.

Robert Dahl señala, teniendo en mente a los filósofos alemanes emigrados a los Estados Unidos durante el nazismo (Leo Strauss, Eric Voegelin, Hannah Arendt, Herbert Marcuse, entre otros) "la impaciencia del científico político empírico con el filósofo político, quien insiste en la importancia de los 'valores', surge en parte por el sentimiento de que el filósofo raramente completa su tarea" (Dahl, 1961: 771).

De aquí que la ciencia política estadounidense haya puesto tanta atención a las discusiones metodológicas, en un grado comparable al que los teóricos sociales europeos han puesto a las cuestiones epistemológicas. La superioridad de la metodología de la ciencia política sobre la filosofía era proclamada en 1956 por Harry Eckstein, quien hacia eco de décadas de consenso entre los practicantes de la disciplina. Según Eckstein: "la metodología es más que un asunto de métodos de investigación e incluye lecturas en los campos de la epistemología, la lógica, la filosofía de la ciencia y el conocimiento de otras prácticas científicas y sus historias. Sólo sobre estas bases la ciencia política podrá desarrollar un 'método único' y una teoría autoconsciente, construida y validamente entendida como 'el centro de la disciplina', antes que una mera ojeada a los 'grandes textos como fuentes de inspiración teórica" (citado por Gunnell, 1993: 244).

Dahl, en este ensayo seminal, observa que el credo conductista era un producto típico surgido de la cultura académica estadounidense. Sus valores máximos eran su pragmatismo, su orientación a los hechos y su confianza en la ciencia. Sin embargo, el resultado de la proclamación de la superioridad de la ciencia no fue el de servir de antídoto a los perniciosos excesos retóricos comunes a los "teóricos" y filósofos, sino la aparición del extremo opuesto: el cientificismo, es

decir, la confusión de la forma y la jerga técnica con la investigación científica (Sartori, 1984).¹⁷ Asociados al programa de la cientificación del estudio de la política aparecieron el lenguaje rebuscado, el culto a las técnicas cuantitativas y la pereza teórica (Ricci, 1984). Desde los orígenes de la ciencia política profesional estadounidense ha sido una constante esta vocación por diferenciarse de la filosofía política, o mejor dicho, establecerse sobre bases metodológicas firmes.

Más que nada, el conductismo parece detenerse en la falta de una elaboración sustantiva o reflexiva de la política. David Ricci describe su programa como un "empirismo descriptivo" (Ricci, 1985: 293ss), implicando el fracaso para construir un edificio teórico,¹ pero un balance muestra sus rasgos teóricos. El conductismo o revisionismo en la teoría política norteamericana se caracteriza por un rechazo a lo que se percibe como falta de realismo en las nociones tradicionales sobre la democracia moderna. Critica la idea de que existe o puede existir una ciudadanía idealmente informada o interesada en los asuntos públicos. Así como juzga la idea igualitarista (o amorfa) de la democracia y apunta la necesidad de ordenes jerárquicos funcionales y elites aptas y diligentes.¹⁸

¹⁷ En realidad, siendo el conductismo una etiqueta a una amplia tradición, incluía diversos enfoques y criterios teóricos. Como observó David Easton (1969), muchos autores de esta era asumían las teorías estructural funcionalistas del sociólogo Talcott Parsons y otras diversas versiones de una teoría de sistemas. Existió un conductismo metodológicamente "duro" y de vena positivista y cuantitativa. Aunque todas las versiones de la ciencia política de la época enfatizan la operacionalización de conceptos y los criterios de prueba empírica, sólo las versiones más duras merecen el nombre de positivistas o científicistas (véase Sanders, 1995).

¹⁸ David Ricci (1985) apunta la convergencia entre la nueva visión realista y conservadora de la democracia que surge en plena revolución conductista, con las ideas de la democracia dirigencial o elitista y la analogía entre el mercado y los procesos electorales. Los teóricos del conductismo tomaron la visión desencantada de la democracia liberal del economista y científico político austriaco Joseph Schumpeter, y los teóricos de la elección racional, su analogía del mercado y los procesos electorales.

El conductismo, se define por su revisión del concepto de democracia política y su búsqueda de enfoques desligados de la tradición normativa, representada por la filosofía política. De hecho, el rechazo de posiciones "metafísicas" y el recurso al método científico son asociados casi naturalmente en la tradición pragmática que estuvo en el origen de la ciencia política, y los enfoques positivistas de los años cincuenta (Crick, 1955, Neil, 1995; Gunnell, 1993).

Harold D. Lasswell (1902-1978) puede considerarse el heredero de Charles Merriam y el padre del movimiento conductista en los años cincuenta del siglo pasado. El énfasis de Lasswell en el estudio del poder político es subrayado en su declaración de que: "Cuando hablamos de la ciencia de la política, lo hacemos de la ciencia del poder" (Crick, 1955: 182).¹⁹ Lasswell muestra una visión instrumental acerca de cómo puede consolidarse la democracia en una era turbulenta como la que vivió. Para este teórico, dos cuestiones son decisivas: 1) los factores irracionales en la vida social y política, tanto en las elites como las personas comunes, y 2) la aparición de tecnologías de control político, como la propaganda.

En este sentido, Lasswell redescubre el papel e importancia de los símbolos y prácticas comunes en la política cuyo control sustituye el uso de la coerción por las elites. De lo cual, la democracia depende en gran medida de la disposición de estas última para usar símbolos y fomentar las prácticas democráticas. Pero por encima de las elites políticas estarán los "guardianes de la democracia" encarnados ahora como científicos. La amenaza que Lasswell percibe está en el irracionalismo arraigado en la naturaleza humana, y ni los regímenes democráticos pueden estar

a salvo de la patología del poder. El científico social es considerado como un guardián no sólo de la preservación de razón, sino de la misma democracia frente a sus enemigos de dentro y fuera.

Mas aún, Lasswell apunta que "los descubrimientos de la investigación sobre la personalidad muestran que los individuos son jueces pobres de sus propios intereses" (Ricci, 1985: 81). Lasswell no sólo se refiere al ciudadano ordinario sino también a los líderes. La experiencia del fascismo, el culto a la personalidad comunista reafirmaba la credibilidad de esta idea. Para afrontar la tarea de analizar estos fenómenos y ofrecer conocimientos útiles a la política, Lasswell propone una extraña reconciliación entre el psicoanálisis y el positivismo lógico, en la cual la ciencia política adquiere una tarea "terapéutica".

Aunque para algunos, las ideas de Lasswell parezcan absolutistas y antidemocráticas, es más realista pensar como lo hizo Bernard Crick, que resulta injusto acusar a Lasswell de cultivar ideales antidemocráticos. A la luz de los desarrollos de los Estados de Seguridad Nacional, las advertencias que Lasswell hacia hace seis décadas parecen actuales, pues muestran preocupación por los desarrollos de las tecnologías de control, coerción políticas y militares que observaba en el gobierno norteamericano durante el clímax de la Guerra Fría, y acuñó el término del Estado de Guarnición (*The Garrison State*) para advertir de los graves peligros que las nuevas tecnologías de la guerra y el control político

¹⁹ La fuente original es el libro de Lasswell, *Who, When, How Gets Power?*, publicado en 1936.

representan para las libertades ciudadanas y la salud democrática (H. Lasswell, 1941 y 1962).²⁰

También discípulos de Merriam en la universidad de Chicago, y portadores de su mensaje fueron Orlando Vladimir Key y David Truman. El primero es recordado por haber utilizado los más avanzados métodos estadísticos disponibles para el estudio de los partidos y los procesos electorales. Su interés estuvo en comprender la compleja realidad que va desde las preferencias electorales hasta la política interna de los partidos y su relación con el sistema político. Se le considera un innovador en el estudio moderno de la opinión pública.

Su obra más destacada fue *Southern Politics* (1956), donde con una maestría notable y recurriendo a encuestas y entrevistas, examina la política en un sistema, para fines prácticos, monopartidista, dominado por el partido demócrata, destacando las coordenadas del electorado y la raza, pero también la mecánica de los procesos de las elecciones primarias y en el ámbito estatal. Lo que Key produce es una representación empírica, realista de cómo funciona el proceso electoral. Lo que se presenta son ciudadanos inteligentes y generalmente orientados sobre asuntos públicos, pero interviniendo esporádica, aunque algunas veces decisivamente en estos procesos por medio de las elecciones políticas. Entre las intenciones del elector y los resultados electorales media un complejo aparato de activistas que manipulan y orientan la opinión pública.

La opinión pública es influida por diversas instituciones como la familia, la escuela y los medios de comunicación masiva. Así que la influencia de la

²⁰ La obra de Lasswell es enorme, recorre más de 50 años. Para un perfil intelectual véase

ciudadanía es mediada por varios procesos entre los cuales están las consideraciones sobre los intereses propios, pero también la percepción de los intereses nacionales. Junto a estos elementos, los partidos, los activistas y los políticos también contribuyen, aun sin quererlo, a formar una opinión pública racional. El trabajo de Key puede ser considerado como el inicio del análisis del comportamiento electoral y las fuentes de las preferencias de los electores. Key abandona la idea simplista de que el sufragio está determinado por la simple adscripción social. Quizás el aporte más perdurable de Key, sea su contribución a una teoría de la racionalidad del ciudadano.²¹

La contribución de David Truman consistió en una actualización de la propuesta que Bentley hiciera medio siglo antes. La política de grupos de interés reaparece como un fenómeno positivo para la salud del sistema democrático estadounidense. Minimizando las desigualdades de influencia y poder político que acarrea el ascenso de las modernas organizaciones sindicales y empresariales, Truman ve en ellas los elementos para un mecanismo democrático de pesas y balanzas. Sin embargo, para que el sistema funcione tiene que sustentarse en ciertas "reglas del juego" que básicamente representan una visión consensual acerca de la política democrática. Éstas implican conductas reservadas y prudentes en la arena política. A final de cuentas, la política de grupos se funda en valores democráticos. Como comentan Seidelman y Harpham (1985), Truman reintroduce en sus análisis el "*soul stuff*" que Bentley quiso expurgar, presentando una imagen donde los grandes grupos de interés servían a la democracia.

Gabriel Almond (1988).

Truman mostró miopía para observar procesos perturbadores de la política de los Estados Unidos, y mientras destacaba la eficiencia y contribución a la estabilidad de la distribución de poderes, simplemente ignoraba el proceso de concentración de poder en el Estado y que las grandes empresas transformaban al sistema político. La imagen positiva que Truman ofrece de los mecanismos del sistema democrático, basado en el consenso y el ajuste mutuo de intereses en el sistema estadounidense de mediados del siglo XX, no era producto de un sesgo cínico de David Truman. Al contrario, surgía de su ánimo de encontrar mediaciones entre las fuerzas extremistas que ponían en tensión a esa imagen de la democracia.

Por un lado, Truman reaccionaba con alarma ante el McCarthismo, y lo identificaba como un fenómeno de "política mórbida" de movilización de masas y la irresponsabilidad de las elites políticas, a las que había que contrarrestar recurriendo a la opinión pública y a la educación de las elites en los valores del consenso y prudencia liberales. Pero el temor a los extremos de la derecha hizo que no pudiera dar cabida en su obra a movimientos sociales democráticos que rompían con las reglas del juego (Katznelson, 1998).²²

Mas aque en la existencia unas reglas del juego consensuales compartidas previamente por todos los actores, como parece estar implícito en los argumentos

²¹ Por supuesto habría que mencionar que, junto a O. V. Key, destaca la contribución del sociólogo Paul Lazarsfeld, de la Universidad de Columbia (R.Y.Shapiro, 2001)

²² Edward A. Purcell Jr. apunta que "el McCarthismo contribuyó a que la teoría relativista (así llama Purcell al movimiento conductista) adquiriera sus orientaciones (proclives) hacia el *statu quo*, debido a que forzó a que muchos intelectuales vieran en las instituciones establecidas y presumiblemente pluralistas, obstáculos a la amenaza de un temible movimiento de masas absolutista" (Purcell, 1973: 242).

de David Truman, Robert Dahl orienta la ciencia política hacia la idea de que procesos de ajuste recíproco entre actores y sus intereses son el fundamento de la democracia. El consenso no es previo a la política sino su resultado posible. Mas que una perspectiva de orden, Dahl contribuye con una visión de progreso democrático. Bajo diferentes ropajes, la noción de que la democracia, realmente existente, se funda en el pluralismo de intereses es intrínseca a la idea liberal, lo mismo que a visiones más antiguas del republicanismo.

La característica particular de la versión pluralista de la ciencia política estadounidense es que surge frente a interpretaciones antidemocráticas o antiliberales del comunismo y de la extrema derecha. El pluralismo democrático es un concepto que refuerza la crítica a la concentración del poder y la representación monolítica del Estado y es su antídoto.

Es así como pluralismo y democracia se convierten en caras de la misma moneda casi naturalmente.²³ El pluralismo democrático puede definirse, entonces, como una teoría liberal y empírica de la democracia, que básicamente disuelve el término tradicional de "pueblo" en diversos componentes (ciudadanos, grupos, poliarquías, elites). Antes que nada reconoce la existencia de una diversidad de grupos de interés. Sin duda, el representante más sofisticado e influyente del pluralismo democrático es Robert Dahl.

La exégesis del pluralismo democrático de Dahl es ante todo una versión analítica y descriptiva, que pretende alejarse de la visión puramente normativa del

²³ Para Dahl, la visión pluralista surge contra la visión monística de la soberanía propuesta por Rousseau. El pluralismo no sólo avala la existencia de intereses fragmentados, sino que la postula como condición para la democracia moderna.

cómo debe ser la democracia. Sus criterios de evaluación son instrumentales y decisionales. Asimismo pretende ser una descripción empírica previa a cualquier énfasis normativo.²⁴ Robert Dahl elabora sus argumentos a partir de un estudio de la política local en New Haven, Connecticut, en donde no encuentra la concentración del poder que los estudios de C. W. Mills habían señalado unos años antes en el plano nacional.(1956). Lo que Dahl descubre no es una elite del poder, sino muchas elites políticas que comparten una amplia gama de influencias y poder en el nivel de la comunidad (Horowitz, 1976; Ricci, 1994).

Algunas de las ideas que Robert Dahl ofrece se han convertido en piedras angulares del estudio de las democracias modernas. La noción más conocida que introduce al análisis moderno es la de poliarquía (Dahl, 1971). La poliarquía define mejor que el término democracia el estado actual de los sistemas políticos pluralistas. La poliarquía es una noción que reconoce la discrepancia entre los ideales democráticos y las realidades. Éstas pueden democratizarse, en la medida en que cumplan reglas y criterios decisionales relativas a las elecciones, libertad de expresión y participación ciudadana, pero sobre todo, estas reglas admiten la inserción de nuevos grupos y nuevos reclamos sociales, políticos y económicos (Vidal, 1992).

Dahl insiste en que en un mundo de intereses e identidades diversos y complejos, no hay mayorías, sino únicamente minorías, y aun minorías dentro de las minorías: “De aquí que no podamos describir correctamente las operaciones

²⁴ Dahl, a pesar de haber abogado enérgicamente por un enfoque empírico y analítico de los procesos democráticos, nunca ha renunciado a la reflexión valorativa y a considerar las implicaciones morales de las diversas doctrinas políticas.

actuales de las sociedades democráticas en términos del contraste entre mayorías y minorías. Sólo podemos distinguir grupos de varios tipos y tamaños, que buscan, de diversas maneras lograr sus metas, usualmente a expensas, a menos en parte, de los demás" (Dahl, 1956: 131; Katznelson, 1998: 248).

Pero hay una tercera característica de la ciencia política "conductista", además de la vocación científica y empírica y del pluralismo o concepción "grupal" de la política. Esta característica está presente al menos desde los tiempos de Merriam, pero es hasta los primeros años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando adquiere un *status* teórico explícito. La ciencia política "conductista" comparte un enfoque "culturalista" de la política (Eckstein, 1988). El término "culturalista" implica simplemente la importancia de los llamados valores culturales en la configuración de las prácticas políticas. Este rasgo, que podría parecer a primera vista incongruente con el credo positivista, se convirtió en una bandera a partir de la fusión de la sociología estructural funcionalista de Parsons con la ciencia política (Barry, 1970).

La definición de David Easton ilustra el proyecto de la reconciliación del enfoque empírico de la conducta política y el estructural-funcionalismo o teoría culturalista de la política. Según Easton "la vida política consiste en aquellas acciones relacionadas a la adjudicación sancionada (*authoritative*) de valores" (Easton, 1953: 143-144). Por valores, Easton se refiere, por supuesto, a conductas, objetos y situaciones valorados subjetivamente, o si se quiere, según un marco de referencia cultural, por diversos actores. A las acciones específicas las explica

como "el sistema político", y éste será considerado en función de su grado de integración o equilibrio.

De manera similar, Gabriel Almond, quien escribió su tesis doctoral bajo la dirección de Merriam en la universidad de Chicago, propone, siguiendo las ideas del sociólogo Talcott Parsons, la noción de que la cultura política es el concepto analítico central para la comparación de los sistemas políticos, señalando que "cada sistema político está inmerso en un particular patrón de orientaciones de la acción política" (Purcell, 1973: 263). Más tarde, una nueva generación de politólogos daría inicio a las subdisciplinas de la política comparativa, establecida para estudiar el cambio político en el entonces llamado Tercer Mundo. Personalidades como David Easton, Gabriel Almond, Lucien Pye, Harry Eckstein, James Coleman, Seymour Martin Lipset, Samuel Huntington, entre otros, abandonarían el credo positivista para afiliarse a las teorías asociadas al sociólogo de Harvard, Talcott Parsons. Este giro metodológico da paso al llamado enfoque culturalista del cambio político (Eckstein, 1988; B. Barry, 1970; Bill y Hardgrave, 1981; también consúltese Vidich, et al. 1981).

El ocaso del pluralismo conductista

No puede desligarse el movimiento conductista de las ansiedades de la Guerra Fría (Katznelson, 1998). El cientificismo y la imagen de expertos desligados de la política mundana reflejan el realineamiento de los científicos sociales profesionales y el gobierno, durante y después la Segunda Guerra Mundial. Es en esta época cuando los científicos políticos abrazan el "manto de guardianes del orden liberal" (Katznelson, 1997: 243). Pero los científicos políticos conductistas:

“no son un grupo de conservadores o apologistas complacientes. Sus miembros apreciaban magníficamente los atributos positivos del sistema político, pero nunca produjeron un juicio puramente favorable. En un mundo peligroso y amenazante, ellos apreciaron con claridad las trampas y las crueles alternativas de la época, y generaron una renovada apreciación de lo que Dahl llamó ‘el (sistema político) híbrido estadounidense’. La mayoría fueron liberales del Nuevo Trato o fuertes igualitaristas (Dahl, por ejemplo, pronto mostró afinidades con el socialismo democrático). La mayoría de ellos se opuso a la guerra en Vietnam y apoyó los movimientos de derechos humanos” (Katznelson, 1997: 243).

El conductismo comparte con otros enfoques de la tradición liberal un modelo de la política en esencia simple y que se diferencia de las alternativas marxistas y aquéllas que se enfocan al estudio del poder de las elites políticas. Si para el primero la política se establece como las relaciones de dominio (sobre los instrumentos del Estado y los medios de producción) de la clase propietaria sobre las clases explotadas, y el segundo como las relaciones de dominación entre las elites y los grupos dominados. Para el pluralismo en general la noción de dominación se resuelve en la capacidad de influencia de individuos y grupos sobre las decisiones colectivas. Este modelo se repetirá, con diferencias, en el conductismo y en las teorías económicas de la política.²⁵

Sin embargo, a fines de los años setenta del siglo XX, cada uno de los supuestos básicos de la “revolución conductista” fue atacada. Por un lado, la reacción de los filósofos en defensa de los enfoques especulativos sobre la política

²⁵ En esta apreciación coinciden tanto Ricci (1984), como Seidelman y Harpham (1985).

recibió fuerza. Estudiosos de la historia de las ideas políticas tan contrastantes como el conservador Leo Strauss (1962) y el filósofo político Sheldon Wolin (1960, 1969), se opusieron a lo que consideraron un pernicioso énfasis en los métodos de observación empíricos basados en la separación valores-hechos, característicos del movimiento conductista. Tanto Strauss como Wolin defendían la tradición de la filosofía política. Sheldon Wolin acusó a los "conductistas" de extraviar la visión sobre los fenómenos políticos, y Leo Strauss, aún más lejos, atacando al *telos* de la modernidad implícito en el proyecto de la ciencia política de ser incapaz de comprender las verdades eternas contenidas en los textos clásicos de la filosofía (Strauss, 1962; Behnegar, 2003).

Ambos ataques no se dirigían directamente a minar los supuestos epistemológicos del positivismo, como lo harían algunos teóricos de la ciencia social, sino a rescatar discursos y perspectivas que veían a todas luces más completos y satisfactorios que las imágenes de la política derivadas de la filosofía liberal.²⁶

²⁶ El ataque contra las premisas positivistas se dirigía sobre todo a la variante "dura" del conductismo (véase Sanders, 1985). No es tema de este ensayo abordar el debate epistemológico de las ciencias sociales. Basta apuntar que entre los mismos filósofos de la ciencia cercanos a la tradición del positivismo como Popper y Hempel, se empezó a aceptar la noción de que la observación y por ende los datos serán precedidos, sino por teorías deductivas, si al menos por "intuiciones relevantes. En los años setenta hubo una ofensiva desde la filosofía de la ciencia social "interpretativistas" contra el positivismo en las ciencias sociales (véase, por ejemplo A. Ryan, 1976). Sin embargo no parece haber tenido un impacto directo en los programas de investigación de la ciencia política. Mientras que la obra de Kuhn, sobre el cambio de paradigmas, e Imre Lakatos, sobre los programas de investigación fueron influyentes en la transformación y énfasis hacia métodos y enfoques novedosos. Sobre la incómoda relación entre la epistemología o filosofía de la ciencia social y la ciencia política véase los trabajos de John G. Gunnell (1998). Pero es cierto que, a partir de estos debates se ha cultivado entre los politólogos un interés notable por discutir cuestiones normativas y propiamente filosóficas (Smith, 2001).

Por otro lado, jóvenes académicos identificados con la "nueva izquierda" cuestionaron la asociación de la ciencia política dominante con la promoción del *statu quo* político. Mientras los Estados Unidos se hundían cada vez más en el conflicto en Vietnam, y en un sin número de intervenciones abiertas y clandestinas en el extranjero; al mismo tiempo la Casa Blanca recurría a métodos propios de ladrones y *gangsters*, cuando su sociedad se sacudía con reclamos sobre los derechos humanos y cuestionamientos al racismo, al sexismo y a la pobreza. En esta rúbrica, el conductismo, como orientación ideológica para la ciencia política, fue simplemente rebasado por los eventos.

Pero una vertiente crítica provino de dentro del bando pluralista y liberal. Theodore Lowi (1979) encabeza un duro ataque contra el modelo pluralista diciendo que se había convertido en una apología del juego de poder de grupos privilegiados, capaces de establecer verdaderas "esferas de poder" aisladas del escrutinio público.²⁷ Para Lowi, el enfoque pluralista de la ciencia política resultaba una ideología falaz. La política basada en el liberalismo de los grupos de interés habría conducido a la parálisis de las políticas públicas asociadas a la promoción del bienestar social en los Estados Unidos.

El interés del ataque de Lowi al liberalismo de los grupos de interés tiene sentido en el contexto de la insatisfacción con los enfoques liberales. Lowi señala

²⁷ Theodore Lowi es uno de los más serios promotores de "el retorno al Estado" en la ciencia política de los Estados Unidos y merece un tratamiento especial. Su afirmación de que la ciencia política de los Estados Unidos ha sido un eco de las ideologías estatales, sin ser consciente de ello, ha escandalizado a Herbert Simon (véase el picante debate en el número de marzo de 1993 de la revista *PS*). La idea central de Lowi es que la ciencia política se ha encerrado en premisas ideológicas que no ha sido capaz de discernir y menos superar. Esta ideología es la "filosofía pública" de la política liberal de los grupos de interés (Lowi, 1967, 1979).

cómo la política de grupos de interés, bajo la cual el modelo pluralista había florecido en los pasados cincuenta años, al unísono se degradaba en un sistema ajeno al escrutinio público y a la noción misma de democracia. En palabras de dos comentaristas:

“La política pluralista funciona sólo en cuanto fragmenta y compartimentaliza las demandas por democracia y participación. Ella admite dentro de su círculo sólo a aquellos dispuestos a negociar alrededor de estrechos intereses materiales, no amenazantes. Evade las cuestiones acerca del propósito público de la ley y de la autoridad, y desestima el ejercicio del poder informal pero real ejercido por los estrechos gobiernos de las corporaciones en los Estados Unidos. Los grupos de interés fueron exitosos tan sólo cuando fueron burocráticamente organizados y dominados por las elites” (Seidelman y Harpham, 1985: 195).

La solución a este dilema condujo a otra sorpresa, a la “democracia jurisdiccional” que consiste en aislar al poder ejecutivo de las luchas facciosas de los grupos de interés, encausándolas, a la vez, a la esfera del poder legislativo. Lowi se enfrenta al hecho de que el dominio de la política por los grupos de interés, asociada a la política pluralista podría resolverse con una presidencia fuerte, sometida a claros mandatos legales, y a un Estado activo y progresista que enfrentar los reales problemas sociales.

Otro eminente ente autor, Charles Lindblom señalaba en su discurso presidencial ante la APSA en 1981 (Lindblom, 1982), el hecho de que la ciencia política ya no podía considerarse monolíticamente agrupada alrededor de premisas epistemológicas, teóricas e ideológicas. Lindblom apuntaba la validez de las

pretensiones de las nuevas generaciones. El mismo autor, en una retrospectiva elaborada años después, cuestiona los méritos científicos de la ciencia política de mediados del siglo XX: "Entre 1940 y 1950, la ciencia política produjo casi ninguna proposición con un alto grado de conclusividad" (Lindblom, 1997: 237).

Bajo esta línea, Lindblom se hacía eco de una vieja disputa en la ciencia política, entre la convicción democrática y el credo de la neutralidad valorativa. Más aún, la falta de una base teórica era destacada o cuando ésta estaba presente, era identificada con una ideología del *statu quo*; "Siguiendo el análisis funcionalista, la ciencia política encontraba, por ejemplo, que la apatía ciudadana era la fuente de la estabilidad, sin considerar que quizá también lo fuera de las fuentes de oportunidad para la explotación de las masas por las elites" (Lindblom, 1997: 247).

En efecto, en el enfoque pluralista de la política se destacaban los procesos de pesas y balances en el sistema político que permitían una relación virtuosa entre las elites políticas y la ciudadanía. La relativa moderación en la intensidad de la participación en sí misma era garantía del funcionamiento de las instituciones, pero era suficiente para mantener a raya cualquier abuso del poder. Pero los tiempos políticos mostraban una y otra vez los abusos del poder político y nuevas formas de influencia y dominación de los grupos económicamente poderosos. El "qué, quién y cómo" que Lasswell establece cómo la agenda de investigación para la ciencia política parece olvidar lo que se manifiesta como una complacencia mal justificada con el *statu quo*. Por un lado, apareció un interés por el estudio de las elites. Aunque la obra de Charles W. Mills (Horowitz, 1983) fue duramente atacada y desprestigiada por los académicos más conservadores, caló en las nuevas

generaciones y aun el marxismo recibió un aire nuevo, reinsertando asuntos marginados durante la hegemonía conductista y pluralista (véase Alford y Friedland, 1991).

En este ambiente de confrontación teórica, pero también ideológica, David Easton (1969) se ve obligado a reiterar que, aun abandonando las exigencias de una ciencia política de base positivista, el estatuto científico podía seguir siendo mantenido. La misma posibilidad de un análisis científico y objetivo "postpositivista" de la política fue proclamado insistentemente por diversas escuelas y autores, y en esta etapa de crisis de la ciencia política estadounidense, la discusión se articula desde varias direcciones (véase Easton, 1969).

Empero, la radicalización de la ciencia política tampoco logró establecerse firmemente en el ámbito de esta disciplina. En el contexto de las instituciones académicas estadounidenses, el radicalismo sólo podía prosperar si se comprometía con las reglas básicas de la profesión, pasando las pruebas de calidad científica y metodológica.²⁸

Ante la crisis del conductismo como enfoque hegemónico de la ciencia política emergieron nuevos programas teóricos. Tanto la teoría económica de la política, como los enfoques neoinstitucionalistas hacen reclamos sobre los límites y censuras del análisis pluralista. En el primer caso, se cuestionan, por vagos, los criterios de construcción de los mismos átomos del análisis pluralista, es decir, la

²⁸ La revuelta contra la hegemonía de la ciencia política conductista provino de jóvenes sociólogos y politólogos agrupados, en 1967, en el *Caucus for a New Political Science*, en la reunión anual de la APSA. Los miembros del *Caucus* no tuvieron éxito inmediato en modificar las directrices de APSA. El epíteto de *radicales* aparecería en ese entonces. Pero

unidad de los grupos. La teoría económica de la política abandona el enfoque basado en valores y la presunción apriorística de la existencia de “intereses colectivos”, tanto del pluralismo como del marxismo, para proponer un retorno a criterios utilitaristas e individualistas (M. Olson, 1965). El “retorno a las instituciones y al Estado” como conceptos centrales también inicia su marcha ascendente en las agendas de la ciencia política postconductista, ofreciendo una crítica al análisis pluralista, al enfatizar los procesos históricos, sobre todo los procesos de conflicto social y político, en la formación de las instituciones políticas, y en una aproximación a las teorías marxistas y weberianas (P. Pierson y Theda. Skocpol, 2001).

En suma, el paradigma pluralista fue atacado subrayando sus insuficiencias o anomalías para explicar procesos y apreciar actores políticos en un mundo cambiante. Tanto por sus contenidos ideológicos, como por sus modos teóricos y metodológicos, la revolución conductista y el modelo de la política pluralista fueron retados tanto por teorías que la acusaban de falta de rigor científico, como por aquellas que la acusaban de representar un cientificismo desligado de la evaluación valorativa. Pero en medio de estas disputas, la ciencia política estadounidense recibió del modelo conductista y pluralista los rasgos fundamentales de su identidad disciplinaria.

el radicalismo crítico dejarían huella. Entre los más destacados exponentes de la necesidad de una reforma interna en la APSA estaba Alan Wolfe (Ricci, 1985: 188).

CAPÍTULO 2

LA CIENCIA POLÍTICA ESTADOUNIDENSE Y LA IDEOLOGÍA DE LA MODERNIZACIÓN

Introducción

Al terminar la Segunda Guerra Mundial y en las dos décadas subsecuentes, la ciencia política estadounidense debió confrontar una serie de problemas inéditos desde el punto de vista conceptual y político. Estos nuevos conflictos emergían de la aparición en la escena mundial de países que no podían ser conceptualizados en los términos tradicionales de la política europea y estadounidense. Desde el punto de vista de la disciplina de la ciencia política, los regímenes socialistas, por un lado, y los emergentes sistemas de las naciones "atrasadas", por el otro, eran dos tipos de fenómenos que requerían un marco conceptual específico. La ciencia política estadounidense se había consolidado entre las ciencias sociales sobre el paradigma de la política pluralista, ajustada a los regímenes liberales y democráticos (Vidal, 2003). Los sistemas socialistas y sobre todo los sistemas políticos en vías de desarrollo o modernización en África, Asia y América Latina, planteaban sus propios problemas.²⁹ Las realidades globales que emergían de las cenizas de los imperios coloniales no eran fácilmente asimilables a una descripción

²⁹ Sobre los avatares de la "soviología" puede verse el texto de Gabriel Almond (1988).

de la política pluralista ni se acomodaban las imágenes de las democracias liberales de Europa Occidental y Norteamérica.³⁰

Es así como en este capítulo abordo, en su primera parte, el desarrollo de un cierto tipo de enfoques sobre la modernización política en este vasto conjunto de países. Enfatizo el camino establecido por la tradición “evolucionista” de la ciencia política de la modernización, la cual puede identificarse por tres rasgos. El primero es su coincidencia, más o menos abierta, con los objetivos mundiales de la política exterior de los Estados Unidos; en segundo lugar, el que sus representantes fueran y sean los pilares y fundadores de la subdisciplina de los estudios de modernización política en el Tercer Mundo, que se estableció con el nombre de “estudios de área”, y otras veces con el membrete más prestigioso de “política comparada”. Un tercer carácter, menos general, es que en casi todos estos planteamientos iniciales de la modernización se acogieron a la retórica de los conceptos y visión de la sociología establecida por Talcott Parsons. En su momento, la visión parsoniana amparó un enfoque de la modernización, más o menos lineal, que identificaba ésta con la “occidentalización”, y decididamente, la “americanización” de las sociedades (Parsons, 1964).

³⁰ Robert Packenham ofrece una viñeta de la nueva situación mundial en las áreas subdesarrolladas del mundo en la década de los años sesenta: “(M)uchos países subdesarrollados (la mitad en 1960, y menos de la mitad después de 1960) se volvieron independientes antes de 1945. A finales de 1960 había 75 países subdesarrollados y 31 países desarrollados. Veintiún países desarrollados (38%) eran democráticos. La proporción de países democráticos sobre los no democráticos no parece crecer entre 1945 y 1967. Más del 15% de los países subdesarrollados tenía un sistema político democrático en 1945. La proporción creció hasta aproximadamente el 25% entre 1950 y 1955; pero cayó en 1960 hasta el 16% o el 19%, dependiendo de quién hiciera la medición, y esta cascada continuó hasta el 13% o 17% al principio de 1967” (Packenham, 1973: 11).

.Pueden destacarse un conjunto de características de una tradición particular, dominante de la ciencia social estadounidense.³¹ Las teorías de la modernización que se analizan aquí, surgen de un dilema práctico e inmediato tanto para la institución académica de la sociología y la ciencia política, como para los encargados de conducir la política exterior de los Estados Unidos al término de la Segunda Guerra Mundial. La diversidad de regímenes políticos de cada región, y de las particularidades de cada país asiático, africano o latinoamericano, representaba un reto para la construcción de una teoría o un enfoque general de la modernización. A pesar de ello, se fue definiendo un canon particular e inconfundible, pero éste no fue un producto estrictamente intelectual, valga decir, teórico y académico. La característica de estas teorías es que nacen entreveradas con imperativos y exigencias de la política exterior de los Estados Unidos en la posguerra. Este aspecto es decisivo en la elaboración conceptual del paradigma de la modernización política en la ciencia política estadounidense.

En este sentido, el vínculo entre la academia y el gobierno fue un factor determinante en la formación del consenso básico entre politólogos, funcionarios civiles y militares. Este acercamiento fue posible por la percepción de la legitimidad de las metas estadounidenses en el mundo, por parte de un sector de la comunidad de científicos sociales y políticos.

³¹ Pero se deja fuera otro conjunto de teorías concernientes al problema de la modernización producidas por científicos sociales, orientados al enfoque histórico. Autores como Reinhard Bendix, Samuel Eisenstadt, Barrington Moore, Charles Tilly e Immanuel Wallerstein, produjeron modelos teóricos poderosos, antagónicos al evolucionismo parsoniano, y que a final de cuentas sobrevivieron al paradigma estructural-funcionalista. Sus trabajos también fundaron escuelas y tradiciones académicas importantes en los Estados Unidos y el resto del mundo, aunque es difícil saber si tuvieron algún legado en los

La caracterización de los procesos políticos en las sociedades atrasadas resistía a las categorías establecidas por la ciencia política liberal, pluralista y positivista. En general, las clasificaciones preexistentes en la ciencia política estadounidense, como la división de poderes, el sistema de partidos, la ciudadanía, la representación política ni tampoco las características más generales de la modernidad occidental, tales como la aparición de la urbanización, la industrialización y la secularización de la vida social, junto a la creciente pauta de racionalidad institucional o burocrática de los asuntos públicos, carecían de claros referentes empíricos en los países excoloniales de Asia y África o en las repúblicas latinoamericanas.

Más importante aún, la política en el “tercer” mundo ofrecía dos grandes retos. El primero fue que el proceso de modernización era más complejo y conflictivo de lo que proponían las categorías de la política liberal. Y el segundo, que tales conflictos y fricciones eran vistas como un campo de oportunidades para la expansión de la revolución, la inestabilidad y el comunismo. Tal situación requería más un estado social presente, que una teoría de la modernización como un proceso.

Los enfoques de la modernización política articularon conceptos como desarrollo político, construcción nacional (*nation building*), decadencia política (*political decay*), cultura política y, tardíamente, democratización política. Estos términos han ido formando la columna vertebral de los enfoques de la modernización. En esta línea, mas que una teoría unificada, constituyen enfoques

discursos académicos sobre la modernización en el Tercer Mundo (consúltese Skocpol, 1984).

parciales generalmente yuxtapuestos, desarrollados para responder a situaciones cambiantes, aglutinados por representaciones o imágenes de la modernidad política estadounidense. Es así como, las teorías de la modernización surgieron como una representación más o menos articulada, pero pragmática de los medios para alcanzar esa imagen. A la vez son construcciones teóricas elaboradas en el marco de la ciencia social profesional estadounidense de la segunda mitad del siglo XX, pero también son visiones sesgadas o ideologías de los científicos políticos sobre los fines de la modernización, aderezado por un sentido de amenaza urgente proveniente del cambio social y político radical o revolucionario.

La distinción entre sociedades tradicionales y modernas, si bien es imprecisa, abrió la posibilidad de producir un enfoque pragmático del cambio político en los países atrasados y no "occidentales". La ciencia social y política estadounidense innova en varios aspectos con respecto a los enfoques teóricos producidos por la ciencia social europea del siglo XIX y principios del XX (Wagner, 2001; Judd, 2001). Para empezar, la tradición europea había dado una atención mínima al problema de la modernización fuera de sus fronteras y experiencias. La experiencia imperial de los estados europeos no se reflejaba en la necesidad de un enfoque con aspiraciones de una teoría científica acerca de la modernización global.

Así que la ciencia social y política estadounidense tomó elementos clave de un conjunto tan heterogéneo de autores clásicos como Marx, Spencer, Tönnies, Weber, Durkheim, entre muchos otros, para integrarlos en una visión globalizadora, pero más que nada, en una misión teórica y política. La modernización en los países de la periferia mundial como objeto de investigación y objeto de

transformación daría a las teorías de la modernización política estadounidense una característica sin precedente en el ámbito de las ciencias sociales.

La dicotomía tradicional-moderno fue la base de la sociología y de la ciencia política de la modernización. Lo que interesaba era la construcción de teorías o modelos de la modernización política, sobre todo, porque desde un principio se reconoce a ésta como proceso general y hasta cierto sentido inevitable, enraizado en tendencias evolutivas y universales hacia la diferenciación y complejidad de estructuras sociales contiene tensiones profundas. La tarea de la ciencia política era elaborar un diagnóstico general y una teoría capaz de ofrecer guías para la acción. La modernización del Tercer Mundo surge como la gran tarea de la ciencia política de los Estados Unidos al final de la Segunda Guerra Mundial la cual se mantendría vigente durante toda la Guerra Fría y aun en los años posteriores.

En lo que sigue de este capítulo analizaré la construcción de los elementos básicos de lo que pueden llamarse las teorías estadounidenses de la modernización política. Son teorías derivadas de tradiciones sociológicas de la ciencia política, pero antes que nada, son enfoques estimulados por la urgencia de guiar la acción política. En este rasgo coinciden las teorías de la modernización revisadas y las primeras generaciones de estudios sobre la transición democrática. Su público son las elites modernizadoras, y en especial, las elites estadounidenses (Whitehead. 1998). Ambas clases de investigaciones comparten la urgencia práctica y ambos siguen, más que anteceden a la dirección a donde apunta la política exterior de los Estados Unidos.

Las categorías del desarrollo político, la cultura política y la democratización son los ejes alrededor de los cuales se articulan estas teorías de alcance medio. Afrontan problemas más o menos delimitados y de interés práctico de la política mundial. Son teorías particulares unificadas, sin embargo, por una visión política compartida del mundo o ideología política que surgen y se desarrollan en el "consenso liberal" (Packenham, 1973). Este consenso sustenta los vínculos entre la academia y el gobierno que se tejieron en diversos momentos del desarrollo paralelo de la ciencia social y política estadounidense, que algunas veces desembocaron en escándalos que pondrían a debate la cuestión de la ética profesional de la ciencia social en los Estados Unidos (Simpson, 1998; Horowitz, 1971, 1980). Este "consenso liberal", al decir de Robert Packenham, se refiere a la legitimidad de los fines de la modernización y de la legitimidad de los fines de la política exterior en ese proceso. La visión evolucionista implícita no es la de un determinismo puro. La modernización por rutas no occidentales o rutas liberales fue claramente entendida como rutas perversas de la modernización. Así que la misión de los Estados Unidos, su ciencia social y su política exterior, coincidieron fácilmente en una misión autovalorada como civilizadora en vez de imperialista.

La Primera Transición: el modelo básico de la modernización política

Un primer problema que surge en la construcción de una teoría de la modernización política es que debe abarcar una enorme variedad de situaciones políticas, con regímenes y formas de organización política con diferentes trayectorias históricas, constricciones geopolíticas y tradiciones culturales. Sin

embargo, ello no representó un obstáculo insuperable. La modernización fue concebida como un proceso universal asociado inicialmente con el desarrollo económico. El modelo básico de esta coparticipación entre despegue económico y modernización política debe su formulación inicial sobre todo a Walt W. Rostow. Este autor representa típicamente al académico que goza de poder político y que podía maniobrar con habilidad en el mundo de la alta política como asesor de los presidentes Kennedy y Johnson. En su libro titulado *The Stages of Economic Growth: A Non Communist Manifesto* (1960) Rostow argumentó en favor de un modelo evolutivo, que iniciándose en la sociedad tradicional, concluía en una sociedad desarrollada y moderna parecida a la de los Estados Unidos. Rostow impulsó firmemente la idea que los Estados Unidos deberían tomar un papel activo en la promoción de la modernización como una respuesta directa a la amenaza del comunismo mundial. Desde ese entonces, el vínculo entre modernización y anticomunismo sería durante las siguientes dos décadas un ancla para los intelectuales del desarrollo y la modernización.

Simultáneamente, los politólogos encontrarían una guía intelectual y sofisticada en la "gran teoría" de Parsons, sociólogo de la universidad de Harvard. Las ideas de este pensador sobre los procesos de evolución social, y su afirmación de la existencia de pautas universales de diferenciación de estructuras y funciones sociales de la modernización (Parsons, 1964; Wagner, 2001), sirvieron para que politólogos como Gabriel Almond, Samuel Huntington, Lucien Pye, entre otros, formaran un vocabulario analítico común y un consenso ideológico que ha dominado a la ciencia política estadounidense de la modernización.

En este sentido, Gabriel Almond fue un importante promotor de la nueva subdisciplina de la "política comparada". Bajo su autoridad se formó a fines de los años cincuenta y principio de los sesenta del siglo pasado el Comité para las Políticas Comparadas, del Consejo de Investigaciones de las Ciencias Sociales (*Social Science Research Council*, SSRC). En la concepción de los miembros de este Comité: "El proceso del desarrollo político es una continua interacción entre los procesos de diferenciación estructural, los imperativos de la igualdad, y las capacidades integrativas, responsivas y adaptativas del sistema político" (subrayados originales, en Bill y Hardgrave, 1981: 69).

El énfasis en la creación de capacidades políticas estatales (*Nation Building*) frente a las nuevas demandas sociales derivadas de la modernización serviría de principio para una teoría tutelar del desarrollo político. La base del éxito de la respuesta política a la movilización de expectativas sociales dependería de la aparición, pero sobre todo, de la creación y promoción de nuevas elites modernizadoras, preferentemente aliadas de los Estados Unidos.

La Ciencia Política y la Intervención Imperial

La construcción de un modelo básico o un consenso modernizador en la ciencia política estadounidense ocurría no sólo en los claustros académicos, sino también en las oficinas de las agencias del Departamento de Defensa. Este vínculo es inocultable y no se entendería la proyección del modelo teórico sin el apoyo del gobierno civil y militar estadounidense (Horowitz, 1971; Simpson, 1998).

En este contexto, la modernización fue concebida en términos de la eventual resistencia política nativa, y de las oportunidades en la Guerra Fría para proyectar la influencia estadounidense. Autores como Walt Rostow, Lucien Pye y Samuel Huntington fueron muy activos en tareas de asesoría a los departamentos de Estado y de Defensa y decididos promotores de la contrainsurgencia en América Latina y el Sudeste Asiático. Por ejemplo, Samuel Huntington, trabajando para el Grupo de Estudios Especiales, del Instituto de Análisis para la Defensa, del Departamento de esta institución, formuló las bases analíticas de las futuras políticas de intervención “no militar” y el análisis de los conflictos “no estratégicos” relacionados con el Tercer Mundo. El planteamiento de Huntington es el siguiente:

“La necesidad de la intervención militar directa por parte de las fuerzas militares de los Estados Unidos se incrementa conforme la probabilidad de la victoria de los grupos aliados a los Estados Unidos disminuye. Dado que muchos de esos grupos aliados con los Estados Unidos son los mismos que reprimen el cambio social, los Estados Unidos ha sido confrontado con un dilema particularmente severo si deseamos minimizar las oportunidades de ocurrencia de largas guerras civiles y revoluciones. La solución es la intervención preventiva estadounidense. Lo que se requiere es una estrategia de intervención premilitar, y una acción positiva para delinear el curso de la política y reforzar a los grupos comprometidos con nosotros, y reforzar la estabilidad antes de que se deteriore al nivel que requiera la intervención militar” (citado por Gendzier, 1985: 43).³²

Lucien Pye también fue un entusiasta promotor de la contrainsurgencia en el sudeste asiático, y promotor del militarismo modernizador en Indonesia, Tailandia y

³² El documento referido, publicado en 1961, se titula: “Inestability at the Non Strategic Level of Conflict” y fue preparado para el Proyecto Vulcano y el *Special Study Group del Institute of Defense Analysis*, en el departamento de Defensa de los Estados Unidos.

Burma. Grupos de trabajo en los que participaron destacados científicos sociales como Harry Eckstein, Clifford Geertz, Ithiel de Sola y Klaus Knorr, cobijados en el Departamento de Ciencia Política del *Massachusetts Institute of Technology* (MIT), con patrocinio del Pentágono, elaboraron las ideas centrales en la conducción de la política de contrainsurgencia y promoción de regímenes militares aliados a los Estados Unidos en el mundo (Simpson, 1998).

Este estudio es interesante porque avanza la idea de la necesidad de una intervención de los militares del Tercer Mundo en la política. El interés era que los militares politizados debían aliarse con la intelectualidad y los grupos profesionales, a fin de conducir el desarrollo por las peligrosas aguas de la modernización (Gendzier, 1998: 95ss). *Winning the Cold War*, como se tituló el documento elaborado en el MIT, resaltaba las ventajas, en términos de capacidad de manipulación y coerción política, de la politización de los militares en el Tercer Mundo, así como del cultivo de una alianza con la "inteligencia secular" de los abogados, ingenieros, economistas, agrónomos y administradores, bajo la premisa de que los militares tienen "el poder coercitivo necesario para mantener la estabilidad, y la inteligencia secular el conocimiento para realizar los cambios" (Gendzier: 1985: 65).

En un libro publicado dos años después, denominado *The New Emerging Nations* (1962) escrito a partir del reporte de MIT, Pye introduce el concepto de guerra interna. Sin embargo, es hasta 1965 que Harry Eckstein desarrolla el término como su contribución más particular a la doctrina de la Seguridad Nacional

de los Estados Unidos (Eckstein, 1972). El razonamiento era que la política en los países emergentes podía ser analizada como una arena militar entre dos jugadores, el régimen y la oposición, luchando ambos por los corazones y las mentes de las élites y las masas. Este modo de pensar, que Anatol Rapoport llamó neoclausewitziano, en referencia a las ideas del teórico militar del siglo XVIII, Carl Von Clausewitz (Rapoport, 1968), caracterizó la militarización de la política de la modernización, típica de esos años en la ciencia política de los Estados Unidos (Horowitz, 1972: 327ss). Por ejemplo, Lucien Pye (*Aspects of Development*, 1960) veía en los militares "la organización pública más modernizada en los países subdesarrollados", contrastando con las inseguridades de los líderes civiles. Por ello, los Estados Unidos debía cultivar relaciones preferenciales con las fuerzas armadas (Gendzier, 1985: 78).³³

El Desarrollo Político

Samuel Huntington establece en 1965, una primera diferenciación entre los conceptos de la modernización y del desarrollo político.³⁴ La identificación del

³³ Los vínculos entre programas de investigación de la sociología, la ciencia política, y el financiamiento proveniente de las agencias gubernamentales civiles y militares durante los años sesenta del siglo pasado, han sido estudiados ampliamente con detalle (veáse, Lambert, 2001; Merks, 2001; Simpson, 1998; Gendzier, 1985, 1998; Horowitz, 1971; Cumming, 1998; Worcester, 2001). Las agencias gubernamentales apoyaron e impulsaron estudios que les resultaban útiles, o al menos de interesantes, y algunos científicos sociales estuvieron dispuestos a satisfacer las necesidades de sus clientes en el gobierno (Merks, 2001). Pero de ello no se deriva que todos los estudios de los procesos de modernización fueran inducidos por las agencias de inteligencia militar y civil de los Estados Unidos.

desarrollo con la modernización, según Huntington, limitaba drásticamente la aplicabilidad del primero (Bill y Hardgrave, 1981: 67) Huntington escribe que:

“Así como la modernización política implica la extensión de la conciencia política en los nuevos grupos, el desarrollo político implica la creación de instituciones políticas adaptables, complejas, autónomas y coherentes que absorban y ordenen la participación de estos grupos y promuevan el cambio económico y social en la sociedad” (Huntington 1968: 266).

Como advierte el politólogo Karl Deutsch, la ascendente participación política podría muy bien generar una “revolución de frustraciones crecientes” (Bill y Hardgrave, 1981: 76). El asunto central parte del reconocimiento, que Huntington, en una formulación clásica, establece como: “la relación aparente entre pobreza y atraso, por una parte, y entre inestabilidad y violencia por la otra, es espuria. Lo que produce desorden político no es la ausencia de modernidad, sino los esfuerzos por lograrla. Si los países pobres parecen inestables, no es porque sean pobres, sino es debido a que tratan de enriquecerse” (Huntington, 1968: 48). Huntington concluye que “el principal problema de la política es el rezago en las instituciones políticas detrás del cambio económico y social” (Huntington, 1968: 5). La modernización contiene fuerzas desestabilizadoras que bien pueden desembocar no en el progreso político, sino a la “decadencia política” (*political decay*). En un tono que define claramente el ideario del liberalismo imperial, Samuel Huntington finaliza que, respecto a la modernización del entonces llamado Tercer Mundo, que: “El problema principal no es la libertad sino la creación de un orden político

legítimo... Los hombres pueden, desde luego, tener orden sin libertad, pero no pueden tener libertad sin orden" (Huntington, 1968: 266).

En este tono, no debe extrañar que Huntington continuamente enfatizará el papel medular del liderazgo político, civil y militar, señalando que "deben existir fuertes tendencias para extender y profundizar el control del liderazgo, no sólo sobre la vida económica y política sino también la vida social e intelectual" (R. Packenham, 1973: 229). También Huntington (1968) argumenta que la politización de los militares en el Tercer Mundo era consecuencia de la crisis de la política en el proceso de modernización. Los "regímenes pretorianos" son el resultado precisamente "del declive del orden político, el debilitamiento de la autoridad, efectividad, y legitimidad del gobierno" (Huntington, 1968: 194). Así como la estabilidad se vuelve el valor político superior, la creciente institucionalización debe servir para crear un orden represivo, en el cual la expansión de la participación se limite a las necesidades de la política modernizadora y, por tanto de sus elites conductoras. La recomendación explícita derivada de esta concepción de la modernización política en los países atrasados en ese momento incluía la aplicación de políticas destinadas a reforzar las divisiones en la sociedad, detener y regular el ingreso de nuevos grupos en la política, establecer limitaciones en la comunicación política, reducir la exposición a los medios de comunicación masiva y el acceso a la educación superior, y de la competencia entre diferentes elites políticas, minimizando la participación incontrolada de las masas. Estas prescripciones para las políticas estatales son los instrumentos políticos del desarrollo político estabilizador (Bill y Hardgrave, 1981: 78).

Sin embargo, Huntington es sorprendentemente vago en cuanto a su definición del término institucionalización; a veces parece referirse no a instituciones legales, sino únicamente a las administrativas y de control de la movilización.³⁵ En general, este pensador no ahonda en el problema de cómo las instituciones surgen y cómo se mantienen. El uso del término institucionalización se reduce a veces a la organización de los partidos, sindicatos y campesinos. Es decir, es sinónimo del control de las organizaciones políticas. El desarrollo político se identifica con "la institucionalización de la actividad las organizaciones políticas" (R. Packenham, 1973: 229).

En énfasis el control de la movilización política es característico de los teóricos del desarrollo político. En *Aspects of Political Development*, Lucien Pye arguye que:

"Simplemente abrir la puerta a una siempre creciente participación popular en la política a los iletrados e inseguros puede fácilmente destruir cualquier posibilidad de un gobierno ordenado. En las áreas en desarrollo hay un genuino problema para establecer una administración efectiva; existe una necesidad de un gobierno fuerte si ha de avanzarse sobre objetivos definidos" (Gendzier, 1985: 184).

Y esto se debe a la sencilla razón de que, como afirman Almond y Powell en su famoso manual, *Comparative Politics*, de 1966, "la construcción del Estado y la economía son lógicamente previos a la participación política y la distribución

³⁵ Bill y Hardgrave comentan (1981: 78, no. 115) que para Samuel Huntington, el aspecto más importante de la institucionalización es el que los sistemas de control político estatal logren mantener su autonomía por medio de la socialización de los nuevos grupos politizados, de tal manera que estos acepten los patrones establecidos de la autoridad política.

material, dado que la distribución del poder y el bienestar son dependientes de que exista un poder y un bienestar qué distribuir" (Gendzier, 1985: 188).

Los enfoques de la modernización que he examinado nunca tuvieron muchas dificultades para comprender la autonomía de la política y su influencia decisiva en la configuración del desarrollo económico y social. Eran teorías políticas no únicamente evaluativas, sino que también asumían, con frecuencia y sin titubeos el papel de ideologías y guías prácticas para la conducción de la política civil y militar exterior de los Estados Unidos. Al estar tan asociadas en su origen y estructura argumentativa con los programas de agencias militares y civiles dedicadas a promover los intereses de los Estados Unidos en el Tercer Mundo, es natural preguntar qué tipo de relación se estableció entre académicos y funcionarios. La respuesta depende de la preferencia ideológica o del lugar en que uno se encuentre en esta trama. Parece razonable argumentar que más que una conspiración o un sometimiento de los politólogos a los intereses estatales, surgió un consenso sobre los fines de la modernización y de la identificación de estos con la misión del liberalismo estadounidense (Packhemman, 1973: 298ss).

Las bases ideológicas de esa versión estadounidense del liberalismo, más cercanas a la visión del excepcionalismo y predestinación que de un claro compromiso con las libertades humanas, rara vez fue cuestionado. Irene Gendzier lo ha planteado en términos difíciles de confundir cuando afirmó que "en la Guerra Fría, los estudios académicos del desarrollo político sirvieron al Estado (EU) con una doble capacidad: Proveyeron información y legitimación" (Gendzier, 1998: 87) Más precisamente:

“Enraizada en una interpretación revisionista de la democracia liberal, las teorías del desarrollo político compartían la misma perspectiva con respecto a la naturaleza de la política, los peligros de la sociedad de masas y la dependencia de la personalidad y la psicología, así como la cultura, en sus interpretaciones y racionalizaciones del cambio político” (Gendzier, 1985: 6), y que: “El origen de las interpretaciones conservadoras de la política del Tercer Mundo son, en efecto, más cercanas a casa que a las sociedades del Tercer Mundo a las que se refieren” (Gendzier, 1998: 12).

La Cultura Política

Junto a la categoría de desarrollo político definido como la adquisición de capacidades para la institucionalización del cambio político, desarrollada por Huntington, la categoría de cultura política completaba la explicación pragmática de las mediaciones entre modernización y democratización. La categoría del desarrollo político abarcaba condiciones de cambio macropolítico y unidades de estudio estatales. El concepto de cultura política, en cambio, surgió para darle un fundamento microsocia l a los estudios de la política, aunque su unidad de análisis era, generalmente, la nación. Esta categoría permitió generar una escala psicológica comparativa del atraso y la modernidad. La definición de la cultura política es básicamente muy simple, y se refiere al conjunto de orientaciones valorativas, afectivas y cognitivas compartidas por una comunidad hacia el orden político. Sus antecedentes en el pasado se remontan a las filosofías que derivan el orden político de las normas culturales observadas a nivel microsocia l o personal. (Por ejemplo, en la antigua China, el moralista Confucio argumentó que el estado

de los asuntos del Imperio dependía de las virtudes morales y el tradicionalismo de la población). En el pensamiento político occidental los valores sustituyen a las antiguas virtudes. Así que la teoría de la cultura política, más que una innovación en el pensamiento político se destaca como un *tour de force* para operacionalizar protocolos de investigación empírica de vasto alcance, en el contexto de una teoría evolutiva de la política.

El término cultura política fue introducido al lenguaje de la ciencia social por Gabriel Almond, en un artículo publicado en 1956, seguido por un libro, ahora considerado un clásico, elaborado en coautoría con Sydney Verba (1963). Aunque en este texto los autores no abordaban explícitamente el problema de la modernización, dejaban entrever un modelo evolutivo basado, en apariencia, en las tipologías de Max Weber, según las entendía el sociólogo Talcott Parsons, es decir, como un conjunto de significados y orientaciones de la acción en la cual el sistema político está inmerso. Estas orientaciones podrían ser afectivas, cognitivas y evaluativas. De ellas se pueden derivar tres tipos ideales de cultura política: la parroquial, la súbdita y la cívica. Aunque estas variedades existen en diversas mezclas en el mundo real, es tautológico mencionar que la modernidad se identificó con la predominancia de los rasgos cívicos en las conductas sociales (Inkeles, 1974).

En esta versión, la cultura parroquial incluye orientaciones difusas e indiferentes hacia la política y se encuentra en sociedades primitivas, como los sistemas tribales africanos. La cultura súbdita corresponde a regímenes autoritarios, donde la gente observa los resultados de la política y apoya, o no, a los

líderes, pero no participa en los procesos políticos. En cambio, la cultura cívica es la más compleja e implica un amplio grado de participación ciudadana. Pero debe quedar claro que no cualquier tipo de participación. La cultura cívica, como la identificaron Almond y Verba, implica la predisposición a la negociación y el ajuste mutuo de expectativas entre los ciudadanos y la autoridad. También implica la "moderación" de tales expectativas (Almond y Verba, 1963: 476). La apatía ciudadana fue racionalizada en términos de estabilidad democrática. La pasividad política de la ciudadanía se estableció como un rasgo positivo, deseable, para la estabilidad democrática.³⁶ Sin embargo, en el enfoque de la cultura cívica propuesto por Almond y Verba, no quedó claro si los valores cívicos debían ajustarse al régimen o éste a los valores.³⁷

Aunque el texto de Almond y Verba no estaba dirigido explícitamente a servir como una guía en la nueva ciencia política de la modernización, los autores eran claros en que el vínculo entre cultura política y modernización se articulaba como la transición de la cultura súbdita y autoritaria hacia la cultura cívica y democrática (Almond y Verba, 1963: 27). Pero la relación evidente entre modernización del

³⁶ Bill y Hardgrave comentan que estas ideas sobre la cultura cívica sirven como una justificación ideológica para la apatía y la no participación en los sistemas democráticos (Bill y Hardgrave, 1981: 91).

³⁷ Brian Barry comenta que: "cuando se trata de explicar la cultura humana, los 'valores' y la 'cultura' merecen ser tratados por separado como factores causales. Esto es así aunque siempre tenga sentido preguntar cómo han llegado esos valores a adoptar la forma que tienen, y aunque la respuesta implique con frecuencia referirse a los intereses de quienes se hallan en condiciones de influir sobre ellos" (B. Barry, 1970: 112). En otras palabras, la variable de la cultura política se relaciona con la integración del sistema político y no con la dominación intra e intersistémica. Gabriel Almond se aleja sutil, pero decididamente del enfoque weberiano de la dominación, cuando reconoce sólo la primera parte de esa crítica al decir que hay una relación causal que va de las variables culturales al rendimiento (*performance*) de la estructura social y el sistema político (Almond, 1988).

Tercer Mundo y cultura política es establecido firmemente por Lucien Pye y Sydney Verba, en la introducción al libro *Political Culture and Political Development*, (1965) en los siguientes términos:

"(L)a teoría de la cultura política... se había desarrollado en respuesta a la necesidad de cerrar el abismo creciente en el enfoque conductista de la ciencia política, entre el nivel del microanálisis basado en las interpretaciones psicológicas de la conducta individual y el nivel del macroanálisis basadas en las variables comunes a la sociología política" (Pye y Verba, 1965: 8-9).

Bajo estas premisas, el análisis de las culturas premodernas rara vez se desligó de los prejuicios ideológicos. En primer lugar, los análisis sobre la cultura política iban más allá del nivel nacional y estatal. En ocasiones, pero no con demasiada frecuencia se hicieron trabajos sobre variaciones subculturales, por ejemplo, regionales o asociadas a la estratificación de los diversos grupos o clases sociales (Packenham, 1973: 89).³⁸

Más allá de las limitaciones metodológicas que impedían a la teoría de la cultura política ir más allá de su enfoque psicológico (con frecuencia aderezado de terminología psicoanalítica), ésta reflejaba prejuicios y arrogancia. Por ejemplo, Lucien Pye explica la resistencia de la población de Burma como un síndrome psicológico atribuible a los profundos sentimientos de desconfianza: "Cuando las personas son transformadas de tradicionales a modernas, serán probablemente hipersensibles a la percepción muy profunda de ser cambiadas y manipuladas por

³⁸ Hasta la fecha, la unidad de análisis de los estudios de valores y cultura política siguen siendo los Estado nacionales como puede observarse en los trabajos de Diamond (1993) o Inglehart (1997).

otros quienes siempre afirman que los están ayudando." Pye diagnosticó a los burmeses como personas ansiosas y miedosas (citado por Gendzier, 1985: 171).³⁹

Los estudios de cultura política producidos dentro del marco de la doctrina de la modernización tuvieron un claro favoritismo por imágenes consensuales de los valores culturales estadounidenses, descalificando la protesta social y política. Pero es innegable que la teoría de la cultura política establecida en los años sesenta por un puñado de científicos políticos estadounidenses, se estableció firmemente. La cultura como sustrato de la sociedad y de la política ha sido hasta la actualidad la premisa persistente en la ciencia política estadounidense de la modernización, formando un pilar, por lo que Harry Eckstein la ha bautizado como la "teoría culturalista de la política" (Eckstein, 1988). La generalización de esta teoría por Samuel Huntington en sus libros *The Clash of Civilizations* (1996), descalificando la posibilidad del acceso a la modernidad de la cultura musulmana, y *Who are we?* (2004), donde persigue los fantasmas de la amenaza mexicana contra la "cultura angloprotestante", son versiones delirantes de pseudo ciencia política, basada en la tradición culturalista..

³⁹ La descalificación psicológica de la protesta política es parte de los argumentos de Gabriel Almond en el libro de 1954, *The Appeals of Communism*, para explicar que la afiliación a partidos de izquierda radical está asociada a una desviación política y personal. Los radicales de izquierda de clase media son presentados "como aquéllos que sufren bajo presiones para justificar sus expresiones de resentimiento en términos morales y que son susceptibles de enfrentar sus problemas a través de la acción directa como la expresión del resentimiento a través de las drogas y la promiscuidad sexual" (Gendzier, 1985: 85).

La Segunda Transición: la democratización

Si la primera gran transición de la que se encarga la ciencia política estadounidense fue la modernización, la segunda es la democratización. Esta nueva ola de teorías es de hechura muy reciente. Todavía en 1968, Samuel Huntington argumentaba la improbabilidad de salidas democráticas al problema de la modernización (Almond, 1988: 229). Sin embargo, a finales de la siguiente década se inicia lo que denominó como "la tercera ola de democratización".⁴⁰

Esta ola estaba inmersa en una serie de cambios globales de diferentes ordenes que contribuyeron a la crisis política y económica de los regímenes socialistas y autoritarios. Los llamados regímenes burocrático-autoritarios ofrecían fracturas profundas en su capacidad de conducir las políticas económicas, generalmente asociada al activismo e intervención gubernamental en el área económica. Sin duda las presiones financieras agudizaron el deterioro de los regímenes autoritarios. Pero quizá más decisiva que las presiones de la economía global, fue la pérdida de capacidad de gestión frente a las demandas políticas internas la que precipitó la búsqueda de una transición o cambio de régimen político.

⁴⁰ Para 1990, en cambio, Samuel Huntington ofrece la siguiente viñeta de la situación del cambio de regímenes en los países emergentes: "el movimiento hacia la democratización era global. En 15 años (1975-1990), la ola democrática cruzó el sur de Europa, se dirigió a América Latina y hacia Asia y desmembró las dictaduras en el bloque soviético. En 1974, 8 de 10 países sudamericanos tenían gobiernos no democráticos. En 1990, nueve tenían gobiernos elegidos democráticamente. En 1973, de acuerdo con la organización *Freedom House*, 32% de la población mundial vivía en países libres; en 1976, como resultado del estado de emergencia en la India, menos del 20% de la población lo hacía. En 1990, contrastando, cerca del 39% de la población mundial vivía en sociedades libres" (Huntington, 1991: 25).

En un sentido estricto no hay una teoría de la democratización, sino un modelo consensual, compuesto por varios niveles de análisis. Pero más que una teoría se puede hablar de una agenda de democratización. Esto es debido a las dificultades para elaborar una teoría general deductiva, o en caso contrario, inductiva, basada en la generalización a partir de la observación de procesos específicos de transición. Por ello se puede hablar de una agenda genérica de la transición del régimen autoritario al democrático.

El enfoque estadounidense de la democratización puede considerarse como una segunda generación de los estudios de la modernización política. Incluso algunos de sus principales impulsores académicos son los mismos que elaboraron las agendas del desarrollo político. El enfoque de la democratización puede ser visto como una culminación de la agenda de la modernización política iniciada al finalizar la Segunda Guerra Mundial. La democratización aparece como la culminación de la modernización, y esta, con su carga de autoritarismo, como una fase previa. Este vínculo, con frecuencia es sólo implícito tanto en los substratos teóricos más generales (Parsons, 1964) y en las tipologías de la cultura política elaboradas por Gabriel Almond. Más aún, en los trabajos de Samuel Huntington no encontramos una afirmación explícita sobre el paso del autoritarismo a la democracia liberal.⁴¹ Entre los enfoques sobre la modernización iniciales y los de la

⁴¹ El mal llamado evolucionismo de las teorías de Parsons encontró refutaciones formidables en los trabajos de sociólogos e historiadores en los mismos Estados Unidos (ver supra, nota 1). Pero la cuestión enmarcada en el consenso liberal no es, si el vínculo entre modernización y democracia tiene un fundamento histórico sino en *la creencia* de que este existe (ver R. Packenham, 1973). Un grupo de autores resume esta creencia y sus consecuencias en las siguientes palabras "La suposición básica de la teoría de la modernización era que las sociedades se embarcan en un proceso general, en el cual la democratización es la faceta final. De aquí, el desarrollo de la democracia deberá ser la

democratización de las últimas dos décadas del siglo XX existen sin duda muchas diferencias. La primera y más evidente es el descrédito de los regímenes autoritarios a los ojos de la opinión pública, pero sobre todo de los administradores de la política exterior de los Estados Unidos. Al final de las administraciones agotadas por la invasión en Vietnam, la crisis de legitimidad de las intervenciones políticas y militares “no-estratégicas” estadounidenses en el Tercer Mundo, fue, entre otros factores, uno que dio lugar a un replanteamiento de la relación entre académicos y el *stablishment* de inteligencia militar y civil del gobierno estadounidense (Packenham, 1973: 287ss).

Pero existen notables diferencias entre los modelos de desarrollo político y los de la democratización política.⁴² En primer lugar, el enfoque de la democratización se ha centrado en las llamadas transiciones de regímenes autoritarios o comunistas a regímenes democráticos. Pero en estos estudios hay pocas referencias a la construcción de instituciones políticas estatales que postulaba la teoría del desarrollo político. El interés en los estudios de las transiciones democráticas estuvo orientado hacia el corto plazo (Whitehead, 1996, 1998, 2001). El énfasis en el desarrollo desapareció para dar lugar a un interés por la gobernabilidad, percibida, con frecuencia, como la simple ausencia de conflicto o

consecuencia inexorable del desarrollo. Según esto, las dictaduras pueden generar desarrollo, y el desarrollo debe generar democracia (...) La prescripción política para este modo de pensar racionaliza el apoyo a las dictaduras, al menos a las que son ‘capaces de cambio’, esto es, las que son anticomunistas” (Przeworski, 2000: 3).

⁴² Una diferencia es la disminución del papel de las agencias gubernamentales en el financiamiento de los estudios de área. El apoyo gubernamental a la investigación social también ha disminuido (Worcester, 2001). El apoyo proveniente de fuentes mixtas, privadas y gubernamentales estadounidenses, como el *National Endowment for Democracy* (NED), a organismos no gubernamentales (ONG’s), forma otra especie de fuente de financiación

la contención de las demandas populares, más que la perspectiva de la construcción de capacidades institucionales del régimen democrático. Este término, que ha adquirido una enorme popularidad entre los políticos profesionales, fue acuñado por un grupo de intelectuales, agrupados en la comisión Trilateral, destacando entre ellos, nuevamente Samuel Huntington, como una respuesta conservadora a la "sobredemanda" social de respuestas gubernamentales en los Estados Unidos y Europa Occidental a principio de la octava década del siglo XX.

Tampoco se puso mucha atención al problema de las capacidades estatales para el manejo o en el mejor de los casos, la inclusión de las demandas sociales, tan importante para la teoría del desarrollo político. Por último, las teorías de la transición desarrollaron modelos de negociación y pactos políticos teniendo en mente el éxito a corto plazo y pocas veces ahondaron en una teoría de los pactos políticos y sociales a largo plazo o consolidados.

El modelo general de la democratización puede analizarse desde varias perspectivas. La primera es la de las condiciones geopolíticas en que ocurre un proceso específico de transición al régimen democrático (Whitehead, 1996). Pero también hay un cambio respecto a la tolerancia de los regímenes autoritarios, especialmente los militares. Las agendas de apertura económica a la inversión corporativa transnacional, y el ataque a cualquier tipo de regulación estatal de la actividad económica (neoliberalismo), y la obsolescencia planificada del Estado nacional, florecieron simultánea y asociadamente a los anuncios de la transición

que no puede ser estudiada, aquí, pero el lector interesado puede ver el libro de Cavell (2002).

democrática. Este fenómeno, al que se le llamó: "El consenso de Washington" (Williamson, 1993) representó la simbiosis inicial entre neoliberalismo económico y la llamada transición democrática.⁴³

Pero algunos autores han sido sensibles a las restricciones geopolíticas y económicas de las transiciones en los países emergentes (Whitehead, 1996). La crisis de la viabilidad de los regímenes autoritarios no sólo fue producto de los cambios en el ambiente externo, como la política exterior de los Estados Unidos o la globalización del sistema financiero, sino de transformaciones políticas endógenas (Lipset, 1994; Huntington, 1991). Las condiciones sociales, económicas y culturales que generalmente se mencionan son, de hecho, las mismas que se apuntan en las teorías de la modernización. Por ejemplo, en 1991, Huntington apuntó el requisito aparente de que existiera un nivel mínimo de ingresos *per capita* de tres mil dólares, asociado a la posibilidad de las transiciones democráticas en el Tercer Mundo (Huntington, 1991: 62-63). Por supuesto, estos argumentos tenían una larga trayectoria. En 1959, Seymour Martín Lipset había elaborado un argumento sobre las condiciones sociales de la democracia (1959), señalando que ésta sería más viable si se cumplían metas previas de desarrollo social y especialmente en la educación. La novedad en los años noventa fue que más de la

⁴³ Sin embargo, la demostración de un vínculo virtuoso entre la democracia política, y en general, el régimen político y el desarrollo económico es, contra lo que pudiera pensarse, elusiva y fragmentada como apuntan los datos duros elaborados por Adam Przeworsky, y sus colaboradores (2000). Pero *la creencia* de que un régimen democrático y el crecimiento económico van de la mano es común y persistente entre los politólogos estadounidenses (El lector puede confirmar la existencia de la creencia común en autores como R. Dahl, 1971; G. Almond, 1991 y M. Olson, 1993).

mitad de los países del mundo cumplían esa meta, y en principio, calificaban para la transición democrática.

Pero el aspecto más interesante de estas teorías es que ofrecieron explicaciones pausadas de los procesos políticos que precipitan e inician la transición del régimen autoritario al democrático. El trabajo que originó este enfoque es el de Dankwart Rustow, quien introdujo en 1970 el modelo básico, que llamó "dinámico" de las transiciones a la democracia (D. Rustow, 1970). Rustow se preguntaba cuáles son las condiciones que hacen posible la democracia y cuáles son las que la hacen prosperar, distinguiendo la iniciación de la consolidación del nuevo régimen, como procesos analítica y políticamente diferenciados. Rustow estableció así el modelo estándar de la transición, compuesto de cuatro etapas: iniciación o crisis del régimen autoritario, liberalización, alternancia electoral y consolidación.

Esta seriación, aunque confusa (Whitehead, 1996), es la que han seguido la mayoría de los estudiosos de la democratización. Los tres primeros momentos, crisis, liberalización y alternancia, han recibido bastante atención y sobre ellos se ha construido el *corpus* de la literatura especializada. Por ejemplo, el trabajo de Samuel Huntington (1991) enfatiza las etapas de inicio y liberalización política que corresponden a la crisis de los regímenes autoritarios. El asunto central de este estudio es observar cómo se logran establecer los arreglos aceptables para los bandos en pugna en la transición, los reformistas y los miembros del antiguo régimen. Es decir, las transiciones son definidas como procesos negociados que culminan en convenios de pactos políticos entre diversas fuerzas políticas

existentes al momento de la transición, y no en controles institucionales de la actividad (*accountability*) política (Przeworski, 1999).

En este sentido, Samuel Huntington ofrece unas “guías para reformadores” basadas en consideraciones pragmáticas sobre la manera de enfrentar cinco distintas agendas de la transición. Estas serían: 1) reformar los regímenes autoritarios, 2) derrocar los regímenes autoritarios, 3) negociar cambios de régimen, 4) enfrentar los crímenes de los regímenes autoritarios, y 5) reducir el poder de los militares y promover su profesionalización (Huntington, 1991). Para Huntington, el problema del control de los procesos políticos ha sido central en todo su trabajo, y en su examen de los patrones de transición democrática pone atención a los riesgos de que las cosas vayan demasiado rápido. Por ello, recomienda atemperar los alcances del cambio de régimen frenando la participación social (Huntington, 1997).

Con un énfasis similar al de Huntington en su enfoque de la transición como una sucesión de estados de crisis, liberalización y alternancia, el trabajo colectivo coordinado por Guillermo O'Donnell y Phillippe Schmitter (1986) se enfoca a examinar la concurrencia de actores políticos, tanto en los bandos reformistas como en los representantes del viejo orden, interesados en lograr transiciones a sistemas electorales competitivos, por medios pacíficos y relativamente ordenados. La idea de los estudios ofrecidos en estos volúmenes era práctica, No hay un interés en el largo plazo y su enfoque se dirige a las elites políticas existentes, tanto a las reformadoras, como a las que representan el *statu quo*, sin mucha consideración al problema de la inserción de nuevos grupos en el proceso de la consolidación.

El interés en el pacto inicial de la transición ocupa el centro de la atención de esta primera generación de estudios sobre la democratización. Sin embargo, esta aproximación a los pactos políticos no recibió un tratamiento teórico o formal. La meta era práctica y simple: el establecimiento de regímenes de elecciones competitivas, con los menores costos políticos para los actores involucrados. El resultado de estos estudios fue que desarrollaron una mínima capacidad para las consecuencias de cada tipo de arreglo característico en las experiencias nacionales de transición. Es decir, estos trabajos fueron guiados por un optimismo que ocultó muchas variables y factores que concurren en la política. Pero en muchos casos, a decepción sucedió al optimismo, y daría paso a una visión más bien pesimista sobre la democracia realmente existente en América Latina (Karl, 1990).

Sin embargo, como Dankwart Rustow observó, las condiciones de la transición difieren de las de la consolidación. Una transición relativamente pacífica y ordenada del viejo orden autoritario al del régimen democrático no significa que éste adquiera capacidades de desarrollo político, tales como la eficiencia, la legitimidad y la estabilidad. Así que las condiciones de la llamada consolidación requieren un marco analítico específico. Al respecto, unos años después, Juan Linz y Alfred Stepan (1996) trataron de plantear el problema de la consolidación de las jóvenes democracias buscando las condiciones que harían posible su supervivencia y replanteando el paradigma de la "transitología". Para estos autores deberían presentarse al menos cinco grandes condiciones políticas generales para poder hablar de la existencia de un régimen democrático consolidado: 1) una sociedad civil vibrante, 2) una sociedad política autónoma, 3) el imperio de la

legalidad, 4) un Estado funcional y, 5) un conjunto de reglas, instituciones y regulaciones que sustenten la actividad económica.

En especial, por sociedad política autónoma, Alfred Stepan entiende la presencia fortalecida de partidos políticos, reglas electorales, liderazgos políticos, alianzas interpartidistas y legislaturas eficaces (Stepan, 2001: 89). Sin embargo, la regla fundamental es que sin un conjunto de instituciones estatales firmes no hay posibilidad de que la democracia se asegure: "*no State, no Democracy*. Elecciones libres y limpias son una condición necesaria pero no suficiente de la democracia" (Stepan, 2001: 18; Vidal de la Rosa, 1995). La construcción de los Estados nacionales y la construcción de los regímenes democráticos deben ir de la mano si los regímenes democráticos han de consolidarse. Esta identidad entre consolidación y cambio de régimen también ha sido subrayada por Lawrence Whitehead al señalar el abuso retórico de los términos "transición" y "consolidación" (Whitehead, 2001), lo cual es otro modo de decir que el modelo de democratización debe insertarse en un modelo de desarrollo nacional.

En general, los estudios sobre la transición democrática (la "transitología", como la llama Alfred Stepan) no han logrado ofrecer una teoría unificada que establezca con firmeza las relaciones causales del proceso de democratización o las condiciones que determinan la viabilidad de un proceso específico (Laitin, 2001; Whitehead, 1996, 2001). Lo que existen, en cambio, son aproximaciones parciales que señalan un conjunto de variables particulares y de condiciones específicas de la viabilidad de las nuevas democracias liberales en el mundo. Igualmente, deberían existir explicaciones a las transiciones que desembocan y pueden generar

retrocesos políticos (*political decay*), como el deterioro de la capacidad estatal para mantener márgenes de autonomía en el contexto de las relaciones internacionales, la pérdida de mecanismos de arreglo de los conflictos y en general la exclusión de segmentos significativos de la población del proceso político. de manera similar a los procesos que planteaba la teoría de la modernización, en ausencia de instituciones adecuadas.⁴⁴

El examen de las condiciones sociales y culturales de la consolidación democrática también se ha replanteado, siguiendo el modelo esbozado por Seymour Martin Lipset en los años cincuenta (Lipset, 1959, 1994). Las consideraciones estructurales también empiezan a ser reconsideradas. Por ejemplo, David Laitin observó recientemente que: "las democracias liberales sobreviven en aquellos países donde las clases medias no están divididas por cuestiones religiosas, lenguaje, regionalismos, o diferencias rurales y urbanas. Unas clases medias no temerosas de los trabajadores, quienes sin muchas luchas, son incorporados en el sistema electoral. Los trabajadores ganan en dignidad lo que pierden en ingresos, y no responden a los llamados de los sindicatos radicales" (D. Latin, 2001: 637).

Junto al énfasis en una sociedad integrada alrededor de las clases medias, el papel de las clases trabajadoras ha sido recientemente revalorizado como un componente en la formación del régimen político (Laitin, op. cit.; Collier, 1991),

⁴⁴ Siguiendo el argumento de Linz y Stepan (1996), los problemas de la "consolidación" (p. ej.: los estudios sobre presidencialismo y parlamentarismo, democracia asociativa y representativa, bicameralismo, etcétera), probablemente deben plantearse fuera del paradigma de la "transitología" y acercarse al estudio convencional de la política comparada democrática, ya que aquella supone un estado de cosas político de excepción.

aunque muy pocas veces se discute el grado de inclusividad social, económica y política asociada a la vigencia, efectividad y legitimidad de las instituciones democráticas.

Conclusión

La reconstrucción de las teorías de la modernización política que he presentado puede resultar polémica al insistir en que la continuidad entre las teorías del desarrollo político y la democratización no es sólo una serie de construcciones teóricas, cuyo origen está en motivaciones académicas y en la búsqueda de conocimientos por sí mismos. Al contrario, esta búsqueda ha sido motivada por la urgencia de los problemas políticos en los países en desarrollo vistos desde la perspectiva de la academia y el gobierno estadounidenses.⁴⁵ Es decir, han configurado una especie de doctrina, y un catálogo de agendas del cambio político. Así que en este capítulo he tratado de mostrar la continuidad ideológica en tres momentos de la visión de la ciencia política estadounidense sobre de la modernización de los países atrasados. De existir esta continuidad, no debería sorprendernos si observamos que con frecuencia los mismos autores han mantenido el liderato de las teorías del cambio político en el mundo atrasado o en desarrollo, durante cuatro décadas. Personas como Samuel Huntington, Lucien Pye o Gabriel Almond han sido activos constructores del canon disciplinario en los estudios de la modernización política. Ellos han compartido una visión acerca de la

⁴⁵ Lawrence Whitehead (1998) apunta que debemos incluir en este consenso también a las élites dirigentes de estos países.

supremacía mundial del liberalismo estadounidense y lo han establecido como patrón para comparar los grados de desarrollo, modernidad y democracia.⁴⁶

Pero tampoco podrían soslayarse las diferencias entre las tres teorías que hemos abordado. Estas son manifiestas entre la teoría del desarrollo político y la de la democratización, donde existen distinciones sustantivas acerca de la forma de entender los componentes de la modernización de los sistemas políticos, y acerca de los fines del proceso político. Entre ambas hay disimilitudes que se aprecian mejor cuando las observamos como enfoques ideológicos, es decir, si atendemos tanto a sus características teóricas, como a su elaboración como discursos pragmáticos, o al decir de Robert Packenham, las consideramos como versiones pragmáticas de la doctrina de la modernización. El elemento que permite hablar de su continuidad es la manera en que los valores enarbolados en la investigación académica, como los de la objetividad y la neutralidad valorativa, pudieron reconciliarse con los del compromiso y el activismo de la política exterior de los Estados Unidos.

Estas doctrinas han prevalecido no sólo por los méritos intrínsecos de una visión liberal del mundo, sino porque también se han impuesto, sucesivamente, como las agendas intelectuales del cambio político, acompañando y colaborando al

⁴⁶ Se debe señalar que la narrativa de este trabajo se ha limitado a delinear lo que podríamos llamar el canon de la modernización. Sin embargo, también debemos apuntar la presencia de enfoques e investigaciones sobre la política en los países atrasados que no han compartido todas o partes de esta tradición canónica. Se puede decir que también existe una tradición "postmodernizadora", si se me permite la expresión, de la historiografía y la ciencia política, menos preocupada por la urgencia para modernizar que por la búsqueda de alternativas al modo imperial, y sobre todo, en sus consecuencias, a veces devastadoras, para las culturas y grupos nativos. Un ejemplo actual lo ofrecen los trabajos de James C. Scott (1990; 1998).

triunfo de los Estados Unidos durante y al final de la Guerra Fría. Éstas se han proclamado como ideologías imperialistas, y a veces como visiones compasivas acerca de las oportunidades del mundo atrasado. Así que incluir a las teorías de la transición democrática en la perspectiva general de la ciencia política sobre la modernización se justifica por las continuidades analíticas, ideológicas y políticas, al menos desde el punto de vista de la diplomacia estadounidense. Sin embargo, nada más lejano a la verdad que sugerir que la ciencia política ha sido meramente una ideología (instrumental) que refleje nítidamente las políticas del Estado estadounidense. Esta apreciación sobre la relativa autonomía del discurso académico, es la que le confirió a la ciencia política estadounidense de la modernización su autoridad y prestigio. No se estableció una relación de sujeción, sino de consenso de valores. La tarea, en texto se reduce a hacer constar la presencia de un eje ideológico –el consenso liberal- en las prácticas de los científicos sociales y politólogos. Pero también es momento de recordar que la relación entre académicos y políticas gubernamentales puede abarcar un enorme número de sucesos y percepciones. En la mayoría de los casos, los académicos han establecido sus agendas de investigación con independencia de las políticas estatales. En esta línea, como apuntó hace tres décadas Robert Packenham, ha existido un consenso liberal básico, compartido por varias generaciones de científicos sociales y administradores gubernamentales, funcionarios de fundaciones y administradores de los proyectos de investigación (Packenham, 1973). Este consenso radica en dos ejes. El primero es el de la validez de la visión y de los fines que han guiado la conducta de los Estados Unidos en la configuración de la modernización en los países atrasados. El segundo es acerca

de que los medios empleados sean igualmente válidos. El consenso liberal en la superioridad política (y moral) de esta visión, y en la misión tutelar, a veces francamente imperialista de los Estados Unidos, parece arraigado en la larga historia de las teorías de la modernización política, y aún de la democratización, elaboradas por la ciencia social, y en particular, la ciencia política estadounidense.

CAPÍTULO 3

LA TEORÍA ECONÓMICA DE LA POLÍTICA

La teoría económica de la política o teoría de la elección racional ha sido el enfoque más exitoso en la ciencia política estadounidense en la segunda mitad del siglo XX. Su sorprendente éxito académico presentó un reto y una exigencia de renovación en la forma de concebir y más precisamente, de analizar los eventos sociales y políticos.

La irrupción de la teoría económica de la política en los ámbitos de la ciencia política profesional fue más visible por la heterodoxia con que abordaba temas monopolizados por la filosofía y la ciencia política durante décadas. El éxito disciplinario de esta teoría económica de la política sin duda estuvo relacionado con la emulación de los estilos profesionales practicados por los economistas y el aura de rigor científico que acompaña a esta disciplina. Su ascenso es parte de un fenómeno general derivado del éxito profesional de la economía y surge en una época en que la ciencia económica triunfó no únicamente en las luchas por el prestigio profesional y la influencia política, sino también imponiendo una imagen de ciencia dura o exacta. Los rasgos asociados a su práctica, como el énfasis en el carácter de verdadera ciencia y el recurso a métodos de cálculo propios de la microeconomía (Sweedberg, 1990).

La invasión de la ciencia económica al ámbito del análisis político surgió a mediados del siglo XX. Su inmediato éxito es notable y muy pronto se colocó

como un real adversario teórico. A diferencia del modelo conductista, con su énfasis en los “valores” como coacciones interiorizadas de conductas aceptables o funcionales, consolidado bajo la égida del estructural-funcionalismo de Talcott Parsons y sus discípulos, la teoría económica de la política da un papel privilegiado a un tipo de acción social. El modelo económico de la política parte de una premisa simple y axiomática de la conducta: la utilidad racional asociada a conductas maximizadoras. En suma, la idea del *homo oeconomicus* se transplanta hacia el análisis de los procesos políticos. En otras palabras, la teoría económica de la política afirma que la acción racional es el fundamento ontológico de la verdadera ciencia política y social.

Una segunda diferencia, esta vez metodológica con el modelo conductista, es que mientras éste se aferra a criterios de descripción empírica, a veces cercanos a los criterios positivistas, los modelos de la teoría de la elección racional son decididamente racionalistas, deductivos y axiomáticos.

A partir de la irrupción de la teoría económica de la política o teoría de la elección racional, la disciplina de la ciencia política vio redefinirse un vasto campo de cuestiones teóricas y filosóficas, en las cuales el concepto de racionalidad, como adecuación eficaz de los medios a los fines de la acción social, se ha erigido en el eje de las disputas teóricas y metodológicas de la disciplina. La teoría de la elección racional aspira a descubrir leyes en la conducta humana, en vez de contentarse con descripciones y fugas de la imaginación. Los métodos y estilos de la economía, específicamente de la economía neoclásica se asimilaron al instrumental conceptual del politólogo. Algunas veces hasta se llegó a decir que la economía, como disciplina científica colonizaba a la ciencia política y a la

sociología.⁴⁷ Pero aunque el “imperialismo” de la ciencia económica neoclásica es un fenómeno nuevo en las ciencias sociales, la tradición filosófica en que se funda es añeja. De hecho es al menos tan antigua como las llamadas tradiciones clásicas de la sociología. Sus fuentes se remontan a los orígenes del liberalismo y en particular de la tradición utilitarista británica (Plamenatz, 1966; Goodin, 1995). Del simple postulado de la interacción estratégica entre individuos que sostienen preferencias racionalmente, surge un vasto panorama de problemas teóricos sobre la formación de las instituciones políticas, y predicciones acerca de diversas alternativas o estados de equilibrio.

En esta propuesta predomina la idea de que la unidad básica de análisis es el individuo racional. Como es bien sabido, entre esta postulación de la racionalidad y las alternativas que podríamos llamar morales o que suponen una motivación altruista, se ha establecido una larga disputa entre lo racional, como la acción guiada por fines prácticos y adecuada a su consecución eficiente, y lo razonable, como la capacidad de discernir entre valores sociales y personales superiores (la justicia, la libertad, el bien social (Stichcombe, 1990). Siendo que éste no es lugar para abordar este debate, queremos sólo señalar que el principio utilitario de la ciencia política no establece, como la tradición utilitaria original, una filosofía moral y un postulado sobre la existencia del bien público. Los enfoques racionalistas de la política plantean simplemente un principio operativo de la acción individual, que llevado a sus conclusiones lógicas, revela como

⁴⁷El “imperialismo económico” coloniza no sólo las ciencias políticas sino también la sociología. Denis Mueller, refiriéndose a la teoría de la elección pública, prima hermana de la teoría de la elección racional, dice sucintamente que aquélla puede “ser definida

problemáticos una larga serie de fenómenos sociales tradicionalmente pasados por alto. Estas problemáticas de la acción colectiva centran la agenda de la teoría de la acción racional en el análisis político⁴⁸.

No faltan los autores que ven en la teoría de la acción racional, especialmente en los enfoques sobre la acción colectiva, nuevo vino en viejos odres. La cuestión central a todas las teorías de la elección racional se remonta a las paradojas que frecuentemente surgen en la acción colectiva. El dilema de una sociedad ordenada a partir de intereses individuales irreductibles, que se remonta a Thomas Hobbes, plantea, para los teóricos de la elección racional, *el problema del orden político*. Igual que ellos, también la sociología funcionalista de Parsons expuso el mismo problema. Pero las respuestas que cada enfoque ofrece no pueden ser más diferentes. Para los teóricos de la elección racional, la fuente del orden debe encontrarse en la suma de los intereses individuales y no en normas coactivas internalizadas, como pautas culturales. Para los utilitaristas contemporáneos, los "parsonianos" sugerían el problema correcto pero la solución equivocada (Barry, 1970).

La teoría de la elección racional busca encontrar soluciones al problema de la anarquía y el conflicto que se prevé que surge del choque de intereses. El orden social y político debe derivarse lógicamente a partir de elaboraciones del mismo concepto de racionalidad egoísta. A diferencia del enfoque sociológico del

como el estudio de las decisiones de no-mercado (*non market*), o simplemente la aplicación de la economía a la ciencia política" (Mueller, 1996: 1).

⁴⁸La crítica al utilitarismo desde el punto de vista normativo o moral es la otra área de enorme importancia por ejemplo, las críticas que hace John Rawls (1995: 27), pero ello sólo afecta indirectamente el debate en el terreno de la ciencia política.

consenso de valores, los teóricos de la elección racional retoman como premisa, una noción utilitaria de racionalidad .

La segunda consideración es que la teoría de la elección racional parte del postulado del individualismo metodológico. Es decir, la unidad básica de análisis es el individuo racional. Esta idealización de la unidad de análisis sirve de fundamento para explorar unidades macro-políticas, como los grupos y el mismo Estado. Compartiendo problemas y premisas con la ciencia política convencional, la teoría de la elección racional se diferencia por su convicción de que los fenómenos sociales pueden y deben ser estudiados a partir de modelos matemáticos.

Básicamente, la teoría de la elección racional es una teoría de la acción bajo dos clases de restricciones. La primera se deriva de la economía neoclásica y se define como el principio de escasez. El segundo conjunto de restricciones es de tipo exógeno y se relaciona con el ámbito institucional de la acción (Levi, 1997). Asume que los actores interactúan estratégicamente en orden de *competir, cooperar o coordinar* sus acciones (Hardin, 1990: 359). El interés reside en analizar estos modos de la acción en el marco de la interacción estratégica.⁴⁹ .

Por supuesto, es fácil criticar la propuesta de la elección racional diciendo que, al menos de vez en vez, las personas no actúan racionalmente, es decir, no actúan conforme a un criterio de congruencia y de coincidencia entre sus intereses y sus actos, entre sus fines y sus medios. La teoría de la elección racional, sin embargo, no presume conocer los fines ni juzgarlos, sino simplemente derivar los

resultados de cierto tipo de interacción en el que estén en juego intereses y preferencias diversos.

Lo que sí se puede decir, es que la teoría de la elección racional efectúa una idealización extrema de la racionalidad de la acción social en orden de juzgar comportamientos diversos. La pretensión de universalidad, aunque algunas veces se presenta como una proposición empírica, en realidad es una idealización hipotética y heurística (J. Friedman, 1996; Green y Shapiro, 1994).

Si nos conformamos con esta versión "suave" del concepto de racionalidad utilitaria, entenderemos por qué esta teoría se ofrece como capaz de estudiar la conducta de diversos actores bajo muy diversas condiciones, desde legisladores negociando hasta campesinos interactuando con hacendados o gobiernos, o estos últimos atrapados en el juego de intereses o sociedades arrastradas en remolinos de autodestrucción.

A su favor, la teoría tiene el que nadie haya logrado hasta hoy probar que los individuos, o actores sociales no actúen racionalmente en coyunturas decisivas, especialmente cuando lo que está en juego es de valor considerable. Al contrario, los teóricos de la elección racional sostienen que muchas conductas aparentemente irracionales tienen motivaciones racionales y en consecuencia pueden ser explicadas dentro del esquema de la elección racional (Tsebelis, 1990: 24). Establecer empíricamente hasta dónde y cuándo la acción racional prevalece sobre conductas "no racionales", bien podría ser la tarea de los críticos tanto como

⁴⁹ Margaret Levi (199: 24) observa correctamente que la teoría de la elección racional no está atada a criterios de maximización de utilidad o riqueza. Sin embargo, han sido pocos los autores que han tomado nota de este hecho.

de los exponentes de la teoría de la acción racional (Barry, 1970; Green y Shapiro, 1994).

La teoría de la elección racional no restringe a un contexto histórico la acción instrumental. Se trata de un postulado ideal de una conducta universal, cuya ocurrencia empírica está por determinarse. Partir de un enunciado abstracto y general no se refiere sólo a un tipo ideal, que comparta con otros tipos de acción del campo de estudio. En este sentido la racionalidad no es un atributo histórico, sino lógico. La pretensión de que el postulado de racionalidad es un concepto lógico da a esta teoría su fuerza pero también la expone a muchas críticas, fundadas e infundadas. En segundo lugar, la teoría tiene la ventaja de que no da por sentada la existencia de ordenes sociales e instituciones específicas (por ejemplo, el Estado), sino que las presenta como el resultado de la agregación específica de intereses de actores individuales. La tarea de la teoría es derivar la existencia de determinada estructura social (v. gr. el Estado) o la cooperación y el conflicto de formas específicas de interacción social. La paradoja de individuos racionales y sociedad irracional indica una visión heurística que guía el interés de la teoría. Al hacer esto permite, al menos en potencia, trabajar con argumentos contrafactuales, es decir, con hipótesis formales, de manera rigurosa. Por ejemplo, permite establecer discrepancias entre las predicciones y los fenómenos observados.

La teoría de la acción racional también ha sufrido un ajuste de sus ambiciones. Al menos algunos de sus autores, como Riker y sus discípulos, pretendieron argumentar en favor de una teoría universal, discutiendo que esta teoría se asemeja a los modos y protocolos de las ciencias "duras." Pero lo cierto

es que no existe una teoría unificada, sino una serie enfoques teóricos de mediano alcance que comparten una serie de enunciados básicos provistos por algunos teoremas de la economía moderna. Sin embargo, parecería que predomina una visión más discreta sobre los alcances y logros de la teoría, que en la mayoría de los casos ha vuelto los ojos a versiones ideográficas o históricos-culturales más tradicionales de las ciencias sociales.

Paradojas de la acción colectiva

La metodología favorita de los teóricos de la elección racional es la llamada teoría matemática de juegos de estrategia. Esta teoría se remonta al siglo XIX, pero fue desarrollada por Franz Von Neumman y Hans Morgersten (Davis, 1971), durante la Segunda Guerra Mundial. La teoría de juegos de estrategia es aplicada a diversas disciplinas (Shubik, 1992) como la economía, la estrategia militar (Rapoport, 1968) y, por supuesto, la política. En esencia, un juego de estrategia postula que existen una o más soluciones, que pueden ser competitivas o cooperativas, y en los cuales puede haber uno, dos o más jugadores. Para la teoría lo importante no es el contenido del juego o las apuestas, sino su estructura lógica.

El tipo de juegos más atractivo para la ciencia política no ha sido, contra lo que se pueda pensar, el de las situaciones de conflicto, sino los de cooperación. El conflicto es una situación generalmente evidente. Pero el orden político y social requiere explicaciones complejas. El problema básico es explicar el surgimiento de la cooperación entre individuos egoístas. En la teoría de juegos, el modelo

preferido para abordar este problema es el llamado *dilema del prisionero* (Lichbach. 1996). Este juego representa una idealización de situaciones que aparecen con frecuencia en el mundo real. Pongamos un ejemplo. En él, dos actores, *incomunicados entre sí*, deben tomar una decisión de la cual depende su libertad, y la decisión de cada uno afectará el futuro del otro. Es decir, ambas decisiones son interdependientes entre sí.

Esta situación representa una interacción estratégica. Si el primer prisionero dice la verdad (por ejemplo, que es culpable) y el segundo miente (por ejemplo, diciéndose inocente y culpando al otro). El primer prisionero verá aumentada su condena; si en cambio decide falsear su testimonio cuando el otro dice la verdad, obtendrá la liberación inmediata; si ambos mienten, ambos mantienen el término inicial de su condena. Pero si ambos dicen la verdad, ambos se beneficiarán con una reducción de la condena inicial de cada uno. Decir la verdad es la jugada ganadora únicamente si ambos deciden decirlo. Si, en cambio uno de los dos está dispuesto a mentir, el que decida decir la verdad verá empeorada su situación.⁵⁰

⁵⁰ La expresión matemática de la teoría de juegos es muy compleja y rebasa nuestro estudio. La representación simple del juego entre dos personas se llama matriz, y es de la siguiente forma:

El dilema del prisionero
jugador # 1
(columnas)

		Cooperar	Traicionar
Jugador # 2 (hileras)	Cooperar	P=3, P=3 Premio por cooperar mutuamente	E=0, T=5 Pagos al engañado y tentación de traicionar
	Traicionar	T=5, E=0 Tentación de traicionar y pago del engañado	C=1, C=1 Castigo por traición mutua

De tal manera que decir la verdad, en el ejemplo, conlleva un riesgo enorme, debido a la incertidumbre respecto a las intenciones del otro. Sin embargo, en la práctica sucede que a veces se dan soluciones cooperativas. Un ejemplo de éstas es ofrecido por Robert Axelrod (1984), quien encuentra, por medio de simulaciones de computo, que es posible que los actores egoístas aprendan a cooperar después de intentar varios juegos. Sin embargo, en la mayoría de los casos, lo que un teórico de la elección racional espera es encontrar soluciones derivadas de ajustes a las reglas del juego.

Una solución al juego se denomina un estado de equilibrio. De tal manera que la meta de la teoría es predecir estados de equilibrio. De hacerlo, la ciencia política podría dejar de ser un ejercicio de narrativa para pasar a ser una ciencia predictiva. Éste ha sido el *telos* de los teóricos de la elección racional. Para lograrlo es necesario que puedan establecer formalmente la secuencia que va de las fines a los resultados políticos. Pero postular que las intenciones (la maximización de los beneficios de la acción intencional) sea la única o hasta la más importante causa de los procesos políticos, es una pretensión que hasta ahora nadie ha podido sostener.

Sin embargo, la intención del análisis de la elección racional en la política es precisamente el de construir mecanismos causales que vayan desde el nivel individual de la acción hasta los resultados de equilibrio o estados políticos. Una condición de equilibrio sería aquella en la que ninguno de los actores, siendo

(Adaptado de Robert Axelrod, 1984: 8). Existe una variedad enorme de juegos de acuerdo con su estructura lógica -por ejemplo, número de jugadores, grado de incertidumbre, distribución de pagos (aquellos donde las pérdidas del jugador x igualan a las ganancias

racionales, desearía modificar a riesgo de perjudicar su posición actual. Peter Orderhook explica la relación entre el concepto de equilibrio y la construcción de proposiciones del tipo de leyes científicas como sigue:

“Un equilibrio es una predicción, para una circunstancia especificada de antemano, acerca de las elecciones de las personas y los correspondientes resultados. Esta predicción generalmente toma la forma de sí el contexto institucional de la elección es... y si las preferencias de las personas son... entonces las únicas elecciones y resultados que pueden mantenerse son...’ Así que, el equilibrio reemplaza como explicación a las interpretaciones periodísticas de los eventos y a las correlaciones estadísticas entre factores ambientales y resultados políticos” (Citado por Green y Shapiro, Op. cit.: 24).

La teoría de la acción racional concibe las instituciones como una suerte de equilibrio (Alt y Alsesina, 1994; Ayala Espino, 1996). Algunas veces el interés es acerca de los procesos que llevan a estos estados de equilibrio, pero también éstos se toman como previos a las acciones, sirviendo como estructuras organizadoras de las elecciones.

La noción de equilibrios en la teoría de la elección racional es en ocasiones confusa, ya que no puede desligarse de juicios de valor. Algunas veces la teoría de la acción racional concibe las instituciones como equilibrios subóptimos (North, 1990; Immergut, 1998). Pero estos equilibrios no son necesariamente justos ni equitativos; simplemente reflejan una situación donde ningún actor, siendo racional acerca la evaluación de sus oportunidades y capacidades, puede obtener algo más, y sí en cambio, menos. Además se juzga

del jugador y, llamados de suma nula, y aquellos donde la suma no es igual a cero).

un equilibrio como estabilidad y se presenta como un bien *per se*,⁵¹ igual que las teorías conductistas.

La teoría postula la solución de equilibrios, y su tarea es la predicción de estos equilibrios en el proceso político. Así que con frecuencia se ve asociada a los enfoques de las políticas públicas. En este terreno es donde la teoría política de las elecciones racionales ha logrado sus mayores éxitos. Por un lado, elegantes teorías acerca del origen del Estado emulan al antiguo contractualismo liberal, con soluciones *hobbesianas*, donde el Estado es un actor coercitivo, o mejor, un conjunto de instituciones que operan desde la óptica de funcionarios y políticos maximizadores de poder, o bien, por el otro lado está la existencia de soluciones armónicas en el espíritu de Locke o Tocqueville.

La novedad reside en la intención de dar forma matemática a viejas cuestiones de la teoría política. La formulación matemática de los predicados en la ciencias sociales, incluyendo la ciencia política, puede ser vista como una herramienta útil, al permitir la presentación de los problemas con la mayor precisión y claridad (Rapoport, 1983). Sin embargo, con frecuencia los practicantes de la teoría de la elección racional no ve la matematización como una herramienta, sino como la sustancia misma de su tarea. Esto ha sido el motivo de que algunos observadores vean en la teoría de las elecciones racionales un

Nuestro interés se reduce a ilustrar el modelo más elemental.

⁵¹ Brian Barry (1970) encuentra que la sociología política de base teórica estructural-funcionalista sistemáticamente confunde estabilidad con un valor positivo en sí. Lo mismo pasa con la TER y la noción de equilibrio, que de ser una noción descriptiva, pasa a ser un valor normativo indiferenciado.

enfoque que prioriza la elaboración de métodos sobre la búsqueda de problemas sustantivos (Green y Shapiro, 1994; Friedman, 1996).

Principales contribuciones

Sin embargo, la teoría económica de la política o teoría de la elección racional ha ido estableciendo su propio canon y panteón. Anthony Downs es, quizás, el primero en introducir el enfoque económico de manera sistemática al estudio de los procesos políticos. Downs escribió en 1956 su disertación doctoral bajo el título de *An Economic Analysis of Democracy*⁵² Su meta era comprender las reglas de comportamiento del electorado y el gobierno, suponiendo que ambos actúan bajo criterios estrictos de racionalidad y maximización de utilidades.

El gobierno busca conservar el poder y para ello busca obtener votos. No hay ambigüedad en la proposición respecto al comportamiento de los políticos y funcionarios gubernamentales para los cuales su meta principal es mantener el dominio. En un sistema democrático los políticos profesionales deben recurrir a la captura del sufragio de los ciudadanos. Estos, en cambio, buscan aumentar su bienestar e influir en la conducta del gobierno.

Aunque legal y teóricamente los ciudadanos sean políticamente iguales, Downs muestra cómo, de acuerdo a criterios de racionalidad, la mayoría de ellos no votará y ni siquiera se interesará en informarse políticamente. Dado que la información tiene costos, pocos invertirán tiempo y recursos para adquirirla y preferirán regular sus decisiones por las señales de otros actores. Entre los

⁵² El director de su tesis fue Kenneth Arrow y uno de sus lectores fue Robert Dahl.

votantes y el gobierno están los grupos políticos, los partidos y los "compradores de favores." Estos son concebidos como organizaciones maximizadoras y egoístas, que más que representar los intereses de los electores, buscan incrementar su peso e influencia política.

Downs muestra cómo un sistema bipartidista conduce a procesos específicos, diferentes a los que se alcanzan en un sistema multipartidista. Los partidos buscarían maximizar el número de votos a favor. Al hacerlo se irían acercando entre sí, en busca de los votantes indecisos, situados generalmente en el centro del espectro.

En un sistema democrático, de competencia electoral, los partidos tienden siempre a acercarse hacia un punto medio. Siguiendo las premisas de racionalidad conductual, Downs deduce una serie de agudas observaciones acerca de la conducta de ciudadanos, partidos y gobierno. El modelo de democracia que Downs ofrece empieza con un supuesto de igualdad política a nivel del votante individual, que termina en un modelo de desigualdad política:

"Los costos de información previenen que nuestro modelo de gobierno pueda funcionar por el consentimiento de los gobernados en un sentido estricto. Esto no significa que el gobierno tome decisiones sin considerar los deseos de las personas afectadas por tales decisiones; por el contrario, puede ser extremadamente sensible a los deseos del electorado. Sin embargo, debido a la misma estructura de la sociedad, cada decisión gubernamental no puede resultar de una consideración igualitaria de los deseos de las personas, quienes son afectadas de forma igual por esas decisiones. Cuando agregamos esta disparidad inherente de influencia a las disparidades de poder causadas por la desigual distribución de los ingresos, nos hemos

alejado un largo trecho de la igualdad política entre los ciudadanos"
(Downs, 1957: 257).

Downs muestra las imperfecciones de cualquier sistema democrático posible, basado en criterios de igualdad política y acción racional. La tesis del autor es enormemente sofisticada y llena de sutiles y sofisticados señalamientos. Sin embargo, él mismo no pensaba que estaba fundando una escuela teórica, ni que ofrecía evidencias irrefutables.

El libro de Downs invita siempre a conclusiones plausibles, y nunca parece buscar un sistema de predicción empírica o una ciencia exacta. Vio su trabajo como un ejercicio intelectual, y probablemente no imaginó el impacto de su obra. Downs además se hizo una pregunta muy simple pero sin respuesta en el contexto de los axiomas de la teoría de la maximización de utilidades individuales: ¿por qué el ciudadano típico vota? En esta línea, el elector individual tiene un impacto mínimo en los resultados electorales. De tal manera que al votar obtiene muy poca influencia en los resultados de las elecciones, y en cambio debe hacer una inversión de su tiempo y esfuerzo (p. ej. la de ir a votar o informarse acerca de los programas de los partidos). Aunque suene sorprendente, la teoría de la elección racional no tiene aún una respuesta satisfactoria que no implique violar los mismos axiomas de ésta. Dennis Mueller resume la situación en los siguientes términos:

“Una importante implicación de la teoría de la elección racional de la política es que resulta irracional para un individuo votar si el acto de votar es predicado sobre la suposición de que el voto

individual afectará el resultado de las elecciones. Dada esta observación, votar puede ser aplicado en términos de la satisfacción de otras motivaciones distintas a las asociadas a los resultados de las elecciones" (Mueller, 1986: 464).

Una lectura astuta de esta paradoja indicaría simplemente la importancia de los comportamientos individuales no egoístas en los procesos democráticos. Aunque también es una advertencia sobre la fragilidad del supuesto de la participación ciudadana sobre bases racionales en la política democrática. Sin embargo, la teoría de la elección racional implica precisamente lo contrario. Es decir, Downs apunta al hecho de que, siguiendo los principios del análisis económico, los sistemas democráticos no se fundan en principios racionales. Al postular simplemente que los individuos actúan siempre por motivos racionales y egoístas, deriva las conclusiones necesarias (Mueller, 1986: 2).

Anthony Downs tuvo el mérito de imaginar situaciones típicamente políticas, de forma similar a la manera en que Arrow demostraba que no era definible un estado social único sin violar los principios de la elección individual racional. Downs demostró que no era posible imaginar una solución mayoritaria sin recurrir a la competencia partidista y al hecho de que son los partidos los instrumentos de agregación de preferencias individuales. Al hacerlo, se violaban las exigencias de elección racional individual.

Más cercana al análisis de procesos económicos, la teoría de la elección social ha desarrollado un enfoque de los procesos de creación de déficit fiscales en la democracia, basándose en un modelo de comportamiento burocrático

clientelar. Los modelos de "buscadores de renta" (*rent seekers*) explican el comportamiento de muchos procesos políticos.⁵³

Lo que hace Mancur Olson (1965) en un trabajo considerado un clásico de la teoría de la elección racional, es atacar la idea de que los grupos tienen cohesión sin que medien una serie de "estímulos selectivos". En realidad, los grupos políticos se mantienen cohesionados gracias a que aparecen "empresarios políticos" hábiles para ofrecer estos "estímulos". En un trabajo posterior, Olson (1982) aplicó su modelo al comportamiento de las economías avanzadas, tratando de mostrar, usando argumentos desarrollados en su libro anterior, acerca de la proliferación de grupos de interés "rentistas" (*rent seekers*) creada por estos empresarios políticos, que el exceso de éstos demandando bienes de los gobiernos deteriora a la larga la capacidad de la economía para controlar la inflación.

Una variedad de la teoría de la elección racional es la teoría de las elecciones públicas, cuyos objetos de estudio son las fallas de las instituciones de "no-mercado" o gubernamentales. Esta teoría surgió como una respuesta a la de las "fallas del mercado", de inspiración keynesiana. Para los teóricos de la elección pública, las instituciones de gobierno y los procesos democráticos están fatalmente condenados a la ineficiencia, a menos que se establezcan límites constitucionales que impidan su crecimiento.

La teoría del Estado predador o parásito, tiene en el premio Nóbel de economía de 1996, James Buchanan, un exponente muy decidido. Para

⁵³ José Ayala Espino (1996) hace un recuento muy didáctico de esta escuela. Véase también a su máximo exponente, James Buchanan (1990). Mueller ofrece una exposición

este autor las burocracias y los partidos pueden ser observados como *maximizadores* de utilidad. Su interés es adquirir e incrementar poder e influencia. Un medio para lograrlo es la creación de clientelas sociales que permitan reproducir los programas y aumentar los presupuestos públicos. El único resultado posible en estos enfoques es el déficit fiscal. Inevitablemente los programas públicos conducen a dinámicas populistas.

De aquí que Buchanan proponga soluciones drásticas, como el establecimiento de límites constitucionales a los déficit públicos y la creación de reglas que impidan que mayorías simples puedan alterar la distribución de la renta. Buchanan es un explícito exponente de una teoría positiva al servicio de un credo conservador. Las restricciones legales a los déficit públicos son las soluciones preferidas.

Otro autor importante de la teoría de la elección racional es el fundador de la escuela de Rochester, William Riker (1982, 1986). Este autor fue uno de los más decididos abogados de la teoría positiva de la elección racional. Para Riker, la ciencia política debe ser una ciencia dura, que se parezca lo más posible a la economía neoclásica, y se diferencie de las narraciones periodísticas y de las correlaciones estadísticas típicas de la ciencia política previa a la teoría de la elección racional. Para ello insiste en un enfoque axiológico y predictivo (Amadae y Bueno de Mesquita, 1999).

William Riker parte, como otros teóricos de la elección racional, de la existencia de paradojas en los procesos de elección social. La paradoja de

sistemática de estos temas (1989).

Condorcet, desarrollada en la era moderna por Kenneth Arrow y Duncan Black independientemente, establece la probabilidad matemática de que ocurran incongruencias en procesos de elección colectiva donde varios individuos eligen entre diversos pares de alternativas. Si el principio de racionalidad está garantizado por la transitividad de las alternativas individuales, las elecciones colectivas pueden mostrar ciclos no transitivos. Más aún, según el economista Kenneth Arrow, la aparición de ciclos en los cuales se rompe el principio de transitividad es inherente a todos los procesos de elección social. En otras palabras, no es posible garantizar un criterio de bienestar común, ya que existen varios criterios para decidir tal preferencia social. Por ejemplo, un ciclo donde no hay una opción ganadora, sería aquel en el que las elecciones conduzcan aun ciclo $a > b > c > a$.⁵⁴ En un proceso de elección donde los miembros del grupo son muchos y las opciones disponibles a cada uno también, la probabilidad de ciclos como el anterior aumenta. La única manera de evitar su aparición es reduciendo el número de los miembros del grupo que puede elegir y/o reduciendo las alternativas disponibles. Ambas formas de inducir orden en los procesos de elección colectiva potencialmente caóticos establecen el problema de la creación de las reglas del juego. Estas reglas son los principios de las instituciones y

⁵⁴ En un lenguaje un poco más preciso, se puede decir que el teorema de Arrow establece que no hay, en general, una forma de ordenamiento de diversos estados sociales que pueda ser derivable de los ordenamientos individuales de tales estados, sin violar algunas normas aparentemente simples. Dado que los ordenamientos de preferencias individuales no están restringidos, no existe un orden social que tenga las siguientes propiedades: 1) Si al menos una persona prefiere x a y , y nadie prefiere y a x , entonces el orden social debe mostrar la característica de que las x superan a las y 's (*dominio paretiano*); 2) si el ordenamiento social de las x 's sobre las y 's, y de las y 's sobre las z 's, las x 's deben superar a las z 's (*transitividad*); 3) el ordenamiento entre x y y no puede ser afectado por la introducción de una w arbitraria (*independencia de las alternativas irrelevantes*); 4) ningún individuo puede imponer sus preferencias (*no-dictadura*) (véase Brennan, 1995).

explorar éstas implica recurrir al análisis deductivo y lógico de la teoría. La manera en que los actores o jugadores políticos se imponen a sí mismos restricciones, creando estas reglas del juego es el objeto de análisis de la teoría. Estas formas de reglamentación son necesariamente contractuales y configuran la naturaleza del juego político.

La paradoja de Condorcet ha sido el motivo de miles de artículos y soluciones. La de Riker es particularmente ingeniosa. Para Riker, la inestabilidad de los ciclos de votación contrasta con la estabilidad y orden que con frecuencia se observa en la política real. El *teorema del caos* dice que esta estabilidad se debe a la capacidad de los agentes políticos para manipular las agendas, es decir, restringir las opciones disponibles a los demás actores del juego político. La manipulación de agendas es un arte estratégico, que nombra *herétesis* (Riker, 1983). En palabras de dos de sus discípulos, "Riker contrasto la *herétesis* con la retórica. Así como esta última involucra la persuasión, la *herétesis* implica la manipulación estratégica del marco en el cual los resultados de la política son alcanzados" (Amadae y Bueno de Mesquita, 1999: 285).

Las acciones *herestésicas* incluyen la votación estratégica (expresar preferencias por las alternativas menos favorables, a fin de evitar resultados aún peores), la manipulación de las agendas políticas, evitar el desperdicio de votos para un ganador garantizado, con el propósito de alcanzar un objetivo secundario, crear ciclos de votación para debilitar a un ganador actual, alterar la secuencia de la votación e interferir con las nuevas iniciativas.

Un juego político siempre será susceptible de ser manipulado, igual sea un proceso de elecciones, o las negociaciones en los comités del Congreso. Al

mostrar las imperfecciones de los procesos democráticos, Riker logró, como otros teóricos de la elección racional, obsequiar un panorama desilusionante de los procesos democráticos que induce a pensar que la solución es controlar a los políticos. En su libro, *Liberalism against Populism* (1982), Riker emprendió un ataque contra las teorías de la voluntad popular de Rousseau, apoyando en cambio una versión más conservadora y limitada (Amadae y Bueno de Mesquita: 286).

En esta versión, el voto no garantiza la expresión de las preferencias de los electores, debido precisamente a que la expresión de preferencias está recordando el enunciado de Condorcet, expuesta, por definición, a ciclos y manipulación. Pero si el voto no es expresión de la soberanía popular, el populismo que podría derivarse de las ideas de la Voluntad General, como las enarboladas por él filósofo francés Jean Jacques Rousseau, está condenado a derivar en una dictadura. En cambio: "La interpretación liberal del voto permite que los procesos electorales sean útiles y significativos aun ante la presencia de ciclos, manipulación y otras clases de 'errores' en las votaciones. Dado que precisamente esos ciclos, manipulación y 'errores' son los que vacían al populismo de significado, el hecho de que el liberalismo pueda tolerarlos demuestra que puede sobrevivir a las revelaciones de la teoría de la elección social, mientras el populismo no" (Riker, 1982: 244).⁵⁵

⁵⁵ Que William Riker estableciera una dicotomía entre liberalismo y populismo como las únicas aproximaciones posibles al problema de la democracia no es extraño a la tradición de la ciencia política estadounidense (véase el capítulo 1) y revela que las presuposiciones ideológicas del "liberalismo natural" o absolutista que Louis Hartz caracterizó como la esencia del "americanismo" siguen repitiéndose una y otra vez hasta hoy.

Después de 40 años, las teorías de elección racional de la política han mostrado con frecuencia una imagen desalentadora de la política democrática. Dennis Mueller resume la cuestión diciendo que “La mayoría de estos estudios muestran descripciones descorazonadoras sobre cómo las instituciones funcionan y no funcionan” (Mueller, Op. cit.: 464). Teorías como las de Riker muestran graves defectos en los sistemas democráticos basados en el principio de mayoría. Estos son manipulables por las elites políticas y siempre están en riesgo de generar mayorías despóticas. Las soluciones son establecer umbrales muy estrictos para definir una mayoría.

No es difícil encontrar similitudes y continuidades entre los problemas originalmente acotados por la ciencia política conductista y los de la teoría de la elección racional. Ambas comparten su temor a la participación de las “masas” (y cualquier reclamo redistributivo de bienes políticos y económicos), es decir, en la política democrática las interpretaciones del “populismo” se observan como un adversario del liberalismo político.

Críticas y perspectivas

Existen varias críticas a la teoría de la elección racional. Una ellas podría denominarse ontológica y se dirige a cuestionar el realismo de la noción de racionalidad. Este juicio coincide con la teoría de la elección racional en la centralidad del criterio de racionalidad y en el individualismo metodológico, pero cuestiona la premisa maximizadora estándar de la teoría de la elección racional. La crítica indica que si bien la noción de acción racional es fundamental para la ciencia social, deben explorarse mucho más bajo los supuestos de la noción de

racionalidad en términos su realismo. Esta clase de cuestionamientos a la teoría ha sido expresada por autores como Mario Bunge (1999a, 1999b) y Herbert Simon (1985), quienes han señalado las inconsistencias de las nociones de maximización racional de utilidades en la acción económica y política. El asunto no radica en negar la prioridad de la acción racional, sino en detenerse a pensar en qué criterios básicos para determinarla, como el de utilidad, no tienen una definición lógica ni mucho menos científica.(Bunge, 1999b: 199).

Estas críticas apuntan la necesidad de contemplar nociones más realistas de la racionalidad, que comprendan los elementos psicológicos y culturales asociados a la conducta social. Herbert Simon, en particular, ha argumentado a favor de una teoría de la racionalidad cognitiva o acotada (*bounded rationality*), que difiere de las versiones más ortodoxas, como la postulada por Riker. El problema de la imputación de racionalidad de la acción social, sea económica o política, ha pasado a ser un problema puramente lógico para entrar a la investigación empírica e histórica, como se apuntará en el próximo capítulo.

El concepto de acción racional ha sido un eje de los debates de la ciencia social. Pero el problema de la imputación sigue siendo difícil de precisar. El estiramiento del concepto es común y trivializa el dominio de la teoría de la acción racional. La racionalidad se imputa a las conductas. No es un valor, en el sentido filosófico, el que guía la acción, sino que es un atributo de la conducta, si tiende a maximizar sus ganancias y disminuir sus pérdidas frente a un estado de cosas especificado. Así que muchos comportamientos animales parecerían racionales desde el punto de vista de que maximizan aleatoriamente, o bien por medio de códigos genéticos establecidos en la evolución, sus posibilidades de supervivencia

o bien se resuelven en estados de equilibrio (por ejemplo, ecosistemas de predadores y presas). En estos casos el concepto de racionalidad es exógeno, ya que no depende de si los sujetos saben o intentan actuar racionalmente, según la estipulación de una maximización del ratio costo/beneficio del abanico de alternativas distribuidas en un horizonte temporal. No es necesario imputar motivos racionales. Y si esto es así la racionalidad se imputa según sea o no funcional a un estado de equilibrio (es decir, una configuración social más o menos estable en el tiempo). Pero esta posibilidad de comprender la acción racional no es la que la teoría sostiene al menos explícitamente. La teoría propone una noción de racionalidad desde el actor mismo. Es decir, éste actúa consciente de sus alternativas. Y esta es una imputación ontológica central a la tradición liberal, y en particular al utilitarismo. Suponer que en cualquier lugar y momento los seres humanos no sólo actuamos racionalmente, sino que son las decisiones instrumentales las únicas que realmente cuentan y deben ser atendidas por la ciencia social, es un recurso a la reducción conceptual. Y es una propuesta radical y extraña que podría ser desechada si no fuera porque tiene un tremendo atractivo analítico. Para empezar, desechar la postura utilitaria en la ciencia social y política simplemente apelando a una pluralidad de motivos parece frívolo.

Ciertamente el problema de la acción racional ha sido central en el desarrollo de los debates de la filosofía y la ciencia social moderna. La teoría de la elección racional privilegia la acción racional del actor individual. El énfasis en el actor individual como principio de partida ha definido el programa del individualismo metodológico. Al ofrecer este frente teórico, la teoría de la elección racional ha obligado a una renovada discusión. Por un lado, la teoría de la

elección racional puso en jaque muchos supuestos de la acción colectiva, que como el *éter* en la física del Siglo XIX, eran argumentos *ad hoc* para llenar huecos o anomalías en la teoría. El caso más notable fueron las críticas de Mancur Olson a la noción de interés colectivo o interés común en la acción de los grupos (p. ej.: las clases sociales). Los argumentos de los teóricos de la elección racional fueron fuertes debido a que obligaban a razonar en un terreno de argumentos formales.

La teoría de la elección racional se encuentra muchas veces ligada a la analogía entre el mercado, los procesos sociales y políticos. El tratar la política como una operación de mercados que tienden al equilibrio ha llevado a confusiones. De igual manera, se ha señalado que los teóricos de la elección racional profesan con frecuencia credos ideológicos conservadores, y que sus trabajos reflejan aversión a formas democráticas de participación o modificación de la distribución de la riqueza (Hirshman, 1991; Almond, 1990). Sin embargo, el atractivo de esta teoría de la elección racional ha trascendido sus fobias ideológicas.

Cuando se abandona la idea de que la teoría de la elección racional puede fundamentar una teoría axiomática de la racionalidad instrumental como base para todas las explicaciones de la acción social y la política, no existe ninguna dificultad para fusionar enfoques de la teoría de la elección racional con narrativas históricas y culturales (Bates, Greif, Levi y Rosenthal, 1998; Kisler, 1996; Lichbach, 1996). El reconocimiento de los límites culturales o temáticos de las teorías ha llevado a intentos de extender los proyectos de investigación de los temas tradicionales (elecciones, reglas de decisión en las legislaturas, etcétera)

hacia áreas asociadas al análisis comparativo (Bates 1996; 1997 y 1998; Popkin, 1979).

Los estudios de Samuel Popkin son un ejemplo de la utilidad del enfoque de la elección racional para estudiar aspectos de la economía campesina. Estudiando sociedades campesinas vietnamitas, Popkin muestra cómo en estas los granjeros toman consideraciones egoístas para participar en la actividad comunitaria; las relaciones de clientelismo también son claramente delineadas como negociaciones de actores utilitarios. El enfoque que usa Popkin, que denomina "economía política", contrasta con el enfoque de la economía moral, que enfatiza la cultura y tradiciones como cimiento de la vida campesina, pero más que un antagonismo, sugiere complementariedad.

Robert Bates y Barry Weingast también merecen ser mencionados por su contribución al estudio de los procesos políticos, sobre la base de una sucesión de decisiones explicables para la teoría de juegos de estrategia. Recurriendo a los casos de la quiebra de la antigua república de Yugoslavia y a la guerra civil en Zambia, Bates y Weingast reconstruyen los momentos críticos que los actores confrontan, mostrándolos como actores maximizadores de utilidad. En esta narración, la historia surge en función de decisiones racionales embebidas en matrices culturales. Bates y Weingast integran al análisis de la elección racional, el análisis de las ideologías y los símbolos culturales reconociendo la compatibilidad entre el análisis de la persecución maximizadora de intereses y los enfoques que subrayan la contextualización cultural de esos intereses (Bates, y Weigast, 1995).

La teoría de la elección racional apunta a la predicción de equilibrios, siendo que estos no implican un estado social mejor o peor. Simplemente hablan

de un estado social donde no existe incentivo para ningún actor de cambiar su estrategia, a riesgo de deteriorar su posición actual. Las rupturas de las situaciones de equilibrio se explican por la existencia de condiciones subóptimas, donde hay incentivos para modificar el hecho por al menos un actor. De esta manera, la teoría de la acción racional describe situaciones estratégicas.

Sin embargo, no todas las situaciones de creación de equilibrios o de rupturas del equilibrio pueden deberse a la acción racional, y menos a comportamientos voluntarios. Un ejemplo de ello es el tipo de sucesos que caracteriza la teoría de la evolución *darwiniana*, donde las conductas maximizadoras del potencial de supervivencia no pueden imputarse a intención alguna, y menos a una intención racional.

El atractivo de la teoría de la elección racional se ha elevado a medida que los procesos de democratización y el imperio del liberalismo pluralista se han ido imponiendo mundialmente. No sólo en los estudios de la transición se ha recurrido a los enfoques de la teoría de la acción racional, con resultados más o menos satisfactorios, sino también a los procesos de funcionamiento consolidado de instituciones clave como las legislaturas, la relación con el ejecutivo, los mecanismos de decisión en las burocracias y más recientemente, los procesos de control y vigilancia social respecto a las burocracias encargadas de las políticas públicas (Alt y Alesina, 1998; Przeworski, et al., 1999; Shepsle, 1997). En la última década, las agendas de trabajo en que se incluyen programas de la teoría de la elección racional se han ampliado en tanto que la teoría se ha incluido en un conjunto de instrumentos metodológicos plurales. Así que la teoría de la elección

racional ha sobrevivido renunciando a sus ambiciones de ser una teoría científica exclusiva y única.

La teoría de la elección racional tiene un ámbito de aplicaciones amplio, pero aún no delimitado. La perspectiva generalmente aceptada le otorga un poder y alcances enormes ,pero definitivamente limitados. Por ejemplo, Jon Elster piensa que el estudio de las normas corresponde a una teoría distinta de la elección racional (Elster, 1990). Las normas, hábitos y ceremonias que regulan la vida colectiva, que ciertamente constituyen un aspecto de la vida política, pueden ser originadas en contratos utilitarios, pero muy probablemente sobrevivan como construcciones culturales con vida propia. Esta posibilidad de diferenciar entre intereses y normas ha permitido una revalorización de las instituciones sociales y políticas.

En su influyente revisión de las teorías estadounidenses de la democracia, Brian Barry (1970) insistía en la necesidad de establecer límites analíticos al alcance de la teoría de la elección racional. Algunos autores han sugerido un marco analítico basado en la intensidad emocional de la acción o el valor de las preferencias para distinguir el ámbito de la acción racional en la vida social (Green y Shapiro, 1994). Lo que se observa es un acuerdo emergente en que la teoría de la elección racional es una teoría de alcance medio, con características especiales. El valor de la teoría sigue siendo su invitación al análisis formalizado, matemático de los mecanismos de la acción social. O en palabras de Mario Bunge, "aunque la teoría de juegos no describe, ni explica, ni predice el comportamiento político, tiene un cierto valor heurístico y analítico. En particular puede servir para (a) plantear problemas y desplegar, analizar y comparar

estrategias, y (b) establecer situaciones experimentales para estudiar la propensión de los animales (en especial los humanos) a cooperar, desertar o trampear” (Bunge,1999b : 202).

La segunda crítica fundamental a la teoría de la acción racional apunta la falta de consistencia respecto a las normas de la evaluación del logro científico. Como apuntan Green y Shapiro (1994), ha estado más comprometida con la elaboración de modelos formales que con la consistencia empírica. La búsqueda de teorías unificadoras es tradicionalmente menos obsesiva en la ciencia social de los Estados Unidos (con la notable excepción de los esfuerzos de Talcott Parsons), a diferencia de las prácticas teóricas europeas, especialmente alemanas o británicas. Aunque existen algunos adalides de la teoría de la elección racional que han tomado la búsqueda del Grial de la ciencia política definitiva, actualmente esas pretensiones son consideradas arrogantes e insensatas. No existe una teoría de la acción racional, sino un conglomerado de teorías de alcance medio que comparten algunos principios teóricos y visiones acerca de la naturaleza y metas de la ciencia social. Estas convicciones compartidas son pocas, pero exigentes. La referencia a principios axiomáticos de análisis de la acción social, como el racionalismo o racionalidad utilitaria, el principio del individualismo metodológico, la utilización de métodos deductivos, formales y matemáticos (generalmente tomados de la microeconomía) son características típicas de las cuales se proclama su superioridad científica.⁵⁶

La teoría de la elección racional ha logrado motivar nuevas discusiones de relevancia, en cuestiones filosóficas y epistemológicas de las ciencias sociales,

igual que en la validez de sus recursos metodológicos. Uno de los principales efectos ha sido establecer un campo de discusión habitado por dos enfoques de la ciencia social: el análisis y cálculo de la acción, y la interpretación de los valores.⁵⁷

Más recientemente se ha puesto atención a la historia. La búsqueda de soluciones a las críticas ha llevado a algunos eminentes exponentes de la teoría de la acción racional a buscar explicaciones al problema de las normas, la cultura y la ideología. Esta nueva área de estudio se aborda en el siguiente capítulo.

⁵⁶Para un análisis elaborado e influyente ver Green y Shapiro (1994).

⁵⁷Brian Barry (1970) establece la dicotomía de la ciencia política que privilegia el análisis de los valores y la cultura, con la que enfoca el estudio de los intereses y la acción racional. Siguiendo a Barry están Claus Offe (1998) y Hall y Taylor (1996) que se hicieron eco, años después, de esta distinción. Véase también Little (1991).

El neoinstitucionalismo y la ciencia política

Introducción

En este capítulo abordo los nuevos enfoques teóricos que comparten el membrete de neoinstitucionalistas. Mas que una teoría, el movimiento neoinstitucionalista representa una convergencia de diversos enfoques teóricos hasta ahora separados e irreconciliables, y que algunos autores proclaman como “la nueva revolución en marcha de la ciencia política” (Goodin y Klingemann, 1996: 25). El movimiento neoinstitucionalista parece menos una revolución que una continuación de los viejos problemas establecidos por las tradiciones antecesoras, como el pluralismo y la teoría de la elección racional, y aún el marxismo. A diferencia de estos paradigmas clásicos de la segunda mitad del siglo XX, el neoinstitucionalismo simplemente afirma la importancia de las instituciones en la prefiguración de los intereses, motivos y prácticas de la política.

De tal manera que muchas de las proposiciones y pretensiones revolucionarias de las escuelas neoinstitucionalistas no se explican debido a que “descubran” las instituciones en el análisis político, sino porque “le corrigen la plana” a las teorías precedentes. Esta situación, además, sólo es posible en el contexto de la trayectoria de la ciencia política estadounidense. El neoinstitucionalismo surge a mediados de la década de los ochenta como el

sucesor de los paradigmas "behavioristas" predominantes en las medianías del siglo pasado, pero también como una solución a las batallas entre paradigmas y viene a llenar una necesidad de conciliación en la fuertemente escindida ciencia política.

Algunas cuestiones merecen atención para entender mejor los motivos iniciales de este movimiento intelectual. La primera es intelectual. Se imputa a las teorías que preceden al movimiento neoinstitucionalista una omisión en el tratamiento de las instituciones. Las teorías conductista, de la elección racional y la marxista pusieron demasiada atención en los actores, sus motivos y sus intereses. Pero al dar por sentado la visibilidad de estos motivos e intereses, se descuidó el complejo proceso con que se forman las identidades políticas y sociales.

En consecuencia las instituciones, al prefigurar las preferencias, intereses y motivaciones empezaron a tener un reconocimiento especial en la ciencia social y esto se reflejó en varias disciplinas. Por ejemplo, en la economía surgió el nuevo institucionalismo bajo la premisa de que a) el mercado se sostiene en instituciones sociales; b) el mercado es una institución social (véase Ayala Espino, 1996). Lo mismo sucede en la sociología (Brinton y Nee, 1998) y por supuesto la ciencia política. "Con el ascenso del neoinstitucionalismo -afirman los editores del aplaudido *New Handbook of Political Science*- viene una renovada apreciación por la historia y los acontecimientos, las reglas y los regímenes, como las fuerzas restrictivas (*constraining forces*) de la vida política" (Goodin y Klingemann, 1998: 17) Así que la nueva revolución en la ciencia social, y en particular la ciencia política, partía de un diagnóstico del cual no hay, ni por error, consenso.

Pero un segundo rasgo del nuevo movimiento merece atención y es su preferencia por enfoques eclécticos (Goodin y Kilngemman, 1996). El nuevo institucionalismo es una reacción académica a la fractura entre las diversas corrientes de investigación social y política en las academias estadounidenses. En efecto, si en los años setenta del pasado siglo abundaban las quejas acerca de la crisis de la ciencia social, las guerras culturales y las "mesas separadas" en la ciencia política, el neoinstitucionalismo se presenta como un terreno común de discusión y avance para esta disciplina (Hall y Taylor, 1996). En el nuevo movimiento prevalece un clima de tolerancia, con frecuentes guiños entre practicantes de diversas escuelas de investigación, y un abierto clima "postpositivista" (Goodin, 1996: 22).

El costo de esta situación de apertura es un frecuente "estiramiento" del significado del término "institución". En general, el concepto "institución" es usado como equivalente de "reglas del juego". Las instituciones son reglas "congeladas" que dan sentido a la acción y ordenan la secuencia de los procesos políticos. Esta definición es muy fructífera, aunque también conlleva el riesgo de que "explique todo y no signifique nada" (Rothstein, 1998: 145). La definición mínima de las reglas del juego permite un pluralismo en la ciencia social de los Estados Unidos, aunque deja un enorme territorio sin definir.

En efecto, el movimiento neoinstitucionalista no tiene un centro ni temático ni teórico ni metodológico bien identificable. El eclecticismo ordenado prevalece dentro de un mínimo de acuerdos. Así que el "redescubrimiento de las instituciones" en la vida política proviene de al menos tres fuentes teóricas. Los nuevos institucionalismos de raigambre sociológica, económica o histórica, tienen

sus preferencias y afinidades temáticas, teóricas y metodológicas e incluso sus preferencias políticas e ideológicas, compartiendo un mínimo de acuerdos sobre el significado de hacer ciencia política a finales del siglo XX y a principios del actual.

A pesar de que los enfoques neoinstitucionalistas difieran de aspectos sustantivos y con frecuencia hasta en la identificación de lo que es una institución, coincidirían en los siguientes puntos.

1)-El retorno a las instituciones políticas significa identificar la política en las instituciones. Si en los enfoques pluralistas las instituciones son sólo campos neutrales, en los nuevos planteamientos no lo serán más, pues logran ser producto de relaciones de poder, aunque la identificación de la noción de poder varíe y la intensidad de significación por igual.

2) La definición de instituciones implica ciertamente un retorno al Estado, como especialmente la sociología neoweberiana histórica establece en firme con su proclama de *bringing back to the State*. Es así como la noción de instituciones políticas como campos de poder se amplía para abarcar aspectos vedados normalmente a la ciencia política más tradicional.

3) El intento de caracterizar las reglas del juego institucional de manera más o menos explícita y formal.

Los cuatro neoinstitucionalismos

El movimiento neoinstitucionalista surge simultáneamente desde varios frentes. En 1985 James March y Johan Olsen publican su ensayo, ya clásico (March y Olsen, 1984), en el que proclaman la necesidad del retorno a las

instituciones, marcando la presencia de la escuela organizacional y culturalista. Ese mismo año, un grupo de investigadores asociados en el *Social Science Research Council* publica el libro *Bringing the State Back In*, (Evans, et al., 1985) estableciendo la agenda para el retorno a la tradición weberiana y marxista.

En ese mismo periodo Oliver E. Williamson publica su libro *Las instituciones económicas del capitalismo* (1989). Seis años más tarde, Douglass C. North, quien obtiene el Premio Nóbel de economía en 1993, publica *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico* (2001). Así que puede decirse que en el surgimiento del movimiento no hay un orden de precedencia. Empecemos con el neoinstitucionalismo económico y más precisamente, el neoinstitucionalismo de elección racional.

Elección racional e instituciones políticas

El enfoque económico de la política, también conocido como teoría de la elección racional o teoría de la elección pública, ha ganado adeptos e influencia en el medio académico. Las primeras aproximaciones económicas a la política se remontan hasta hace ya cinco décadas. Los trabajos de Downs sobre los ciclos de mayoría electoral y la conducta del votante medio, son considerados seminales y los de William Riker y la llamada escuela de Rochester (de Mesquita, 1999), tienen la característica de señalar que la solución a los problemas de ciclos de preferencias reside en la creación de instituciones. Éstas "orientan" y regulan las conductas al establecer reglas y limitar las alternativas disponibles a los actores.

Aunque Anthony Downs señaló la existencia de posiciones privilegiadas de algunos actores para aprovechar las reglas del juego, poco avanzó en indagar cómo estas instituciones se forman y cómo prefiguran las preferencias. Riker, en cambio, estudió los procedimientos de decisión con detalle. Sin embargo, en ningún caso fueron más allá de un enfoque contractual de las instituciones que son creaciones de contratos entre agentes racionales. Su naturaleza es voluntaria y perfectamente discernible.

.De la misma manera, las teorías de James Buchanan y Gordon Tullock explican la tendencia a los déficit fiscales del Estado por medio de un modelo de burocracias maximizadoras y clientelas políticas que francamente descalifican cualquier intento de promover soluciones estatales a los problemas sociales. Las teorías de fallas del Estado aparecen como un complemento y hasta una respuesta a las teorías más tradicionales de las fallas del mercado, en las que durante décadas se justificó la intervención estatal en la economía.⁵⁸ Ninguna de estas teorías daba un estatuto especial a las instituciones. Éstas, igual que en los enfoques pluralistas, eran consideradas foros neutrales y con reglas inertes.

Esta situación empieza a cambiar conforme se fueron haciendo visibles las deficiencias del enfoque original de la teoría de la elección racional. En primer lugar, las personas cooperan con frecuencia sin ser coaccionadas. En segundo lugar, las personas racionales no disponen ni de la información ni el tiempo para instalar reglas y/o descifrarlas en cada interacción. En tercer lugar, las mismas metas de la acción son establecidas antes de la expresión de intereses o

⁵⁸ Una exposición clara de la teoría de las elecciones públicas es ofrecida por Ayala Espino (1996) y por Denis Mueller (1989)

preferencias de los individuos. Bajo estas consideraciones, el problema teórico era dar explicación de las instituciones políticas.

En este sentido, el trabajo de Douglass C. North es de gran interés. Este autor parte del hecho de que la operación del mercado, en si una red o institución, ocurre en un ambiente de instituciones políticas y valores sociales. Aislado éstas, declara que las instituciones afectan al mercado. .El mercado no puede funcionar por sí sólo fuera de un entramado institucional. North define explícitamente las instituciones como las reglas del juego social, político y económico:

"Las instituciones son las reglas del juego en una sociedad o, más formalmente, son las instituciones ideadas por el hombre, que dan forma a la interacción humana. Por consiguiente, estructuran incentivos en el intercambio humano, sea político, social o económico. El cambio institucional conforma el modo en que las sociedades evolucionan a lo largo del tiempo, lo cual es la clave para entender el cambio histórico." (North, 2001: 13)

La cita anterior resume un proyecto de investigación cuya intención es especificar bajo qué condiciones se comporta la economía, o más concretamente la economía de mercado. Las instituciones son juzgadas de acuerdo con su contribución positiva o negativa al crecimiento económico. La clave es la especificación de derechos de propiedad. Las instituciones se acercan al punto óptimo en tanto establecen estos derechos con claridad y seguridad.

El desarrollo del capitalismo en Europa occidental y luego, en los Estados Unidos, puede explicarse entonces como la interacción entre un conjunto de instituciones que establecen derechos de propiedad y la eficiencia económica. Las

instituciones resuelven el problema de los costos de transacción derivados del intercambio de información incompleta en el mercado. Al establecer reglas, el comportamiento de los actores económicos obtiene confianza. Sin embargo, las instituciones mismas pueden ser fuente de costos económicos. North desarrolla una serie de argumentos políticos para explicar esta compleja interacción. Para empezar, las instituciones ya no son entes o conjuntos de reglas neutrales. North introduce indirectamente la consideración del poder de los actores y las organizaciones al comienzo del establecimiento de las reglas. Por ello las instituciones políticas no deben considerarse eficientes y óptimas, sino sólo, a lo más, funcionales. North afirma con notable claridad y fuerza que:

"las instituciones no son creadas por la fuerza ni tampoco para ser eficientes socialmente; mas bien estas instituciones, o cuando menos las reglas formales, son hechas para servir a los intereses de quienes tienen el poder de negociación para idear nuevas normas" (North, 2001: 29).

Por supuesto que las instituciones pueden ser creadas a partir de la fuerza de negociación. Baste pensar en la constitución impuesta por las fuerzas de ocupación estadounidenses en Japón al finalizar la contienda armada en 1945. Pero North tendría razón si completara su afirmación diciendo que la estabilidad de las instituciones no deriva de la fuerza en sí. Lamentablemente North no intenta definir o clarificar el significado que da al término "poder de negociación".

La estabilidad de las instituciones depende entonces de varias consideraciones. La coerción es una de ellas, pero North considera que esta es ineficiente económicamente. Este punto podría parecer bastante debatible a la luz

del conocimiento de la historia. North simplemente dice que "la facultad coercitiva del Estado ha sido empleada a lo largo de gran parte de la historia en formas que han sido enemigas del crecimiento económico" (North, 2001: 27)

El argumento de North, aunque sesgado a las consideraciones de la eficiencia económica, y funcionalidad al mercado, tiene importancia en la medida en que introduce la política en el análisis económico. Las reglas del juego o instituciones, son producto de relaciones de fuerza entre organizaciones con capacidades de negociación disímiles y asimétricas. Sin embargo, no se juzga la validez de un conjunto de reglas por su equidad o justeza, sino por su eficiencia y contribución al crecimiento económico. North no llega a identificar la eficiencia del mercado con la del sistema político, pero se acerca mucho.

"La evolución de la política a partir de gobernantes individuales absolutos a gobiernos democráticos es concebida típicamente como un paso hacia una mayor eficiencia política. En el sentido de que el gobierno democrático da un porcentaje cada vez mayor al acceso del pueblo al proceso de una toma de decisiones políticas, elimina la capacidad caprichosa de un gobernante para confiscar riquezas, y desarrolla un cumplimiento obligatorio por un tercero de contratos con el poder judicial independiente, de lo cual resulta sin duda hacia una mayor eficiencia política." (North, 2001: 72)

Aunque la afirmación contenida en la cita sea plausible, no es más que una conjetura. No obstante, ésta identificación de la simbiosis fáctica entre democracia liberal y capitalismo *eficientes* parece ser un artículo de fe persistente en la ciencia política estadounidense.

Otra área de estudios que probablemente tiene un gran futuro es el *problema del agente y el principal*. Bajo este termino, se ofrece una aproximación al problema central de todo gobierno, y en especial de todo gobierno democrático, que es el de la rendición de cuentas y el control que el *principal* (los electores, los políticos o los congresistas) ejerce sobre los *agentes* (los congresistas y los políticos, los burócratas de cualquier nivel de gobierno, etcétera) (McCubbins, 1984; Shepsle, 1997). El enfoque del agente y el principal aborda un problema de importancia, pues facilita la comprensión de los mecanismos del proceso político y el diseño de medios adecuados para la creación de instituciones políticas. Un ejemplo de la aplicabilidad de esta orientación se encuentra en los trabajos encabezados por Adam Przeworski para el estudio de los procesos de democratización (Przeworski, 1999).

Otra área que la teoría de la elección racional ha invadido es la de los estudios de política comparada. En ella destaca George Tsebelis. Este autor ofrece una tipología de instituciones políticas, que convive como conjuntos de reglas. Hay instituciones eficientes, que se definen como aquellas en que la situación de todos mejora. Las instituciones redistributivas son aquellas en que las ganancias y las pérdidas son asimétricas. Es decir, las instituciones funcionan favoreciendo a un sector de la sociedad. Las instituciones redistributivas pueden ser consolidadas cuando un sector de la sociedad o una mayoría de ella mejora su condición en detrimento de la otra. Este tipo de instituciones corresponde a las descritas por Marx en el capitalismo moderno. Y por último, las instituciones distributivas de nuevo trato, en el cual hay una constante renegociación de los pagos y las reglas del juego social.

Tsebelis desarrolla el argumento de la complementariedad entre los enfoques conductistas más convencionales y los de la teoría de la elección racional. Ello significa delimitar el campo de acción legítima del análisis de la elección racional. Tsebelis dice que "la teoría de la acción racional no puede describir la dinámica" (Tsebelis, 1990, p. 28). Al proponer un concepto de racionalidad inmerso en la conducta humana, como sustituto al modelo universalista de racionalidad, el autor establece los límites dentro de los cuales la teoría de la acción racional es válida y dice:

"No afirmo que la elección racional pueda explicar cada fenómeno y que no haya campo para otras explicaciones si no sólo que la elección racional es un mejor enfoque para las situaciones en las que la identidad de los actores y sus fines están establecidos y las reglas de la interacción son precisas y son conocidas por los agentes interactuantes" (Tsebelis, 1990: 32).

Pero además de esta tranquilizante invitación al diálogo entre enfoques encontrados, Tsebelis arguye con fuerza sobre las ventajas del método de la teoría de la elección racional. De tal manera que si calificadores históricos, temporales culturales o raciales no entran directamente en las explicaciones de la elección racional, es factible que descripciones de eventos históricos sean traducidos al lenguaje matemático y formal de la teoría. Esto es posible si se trata el problema en términos de estática comparada. Hecho esto, muchas acciones aparentemente no racionales aparecen como racionales. Por ejemplo, mientras un estudioso de la resistencia campesina a la modernización como James Scott ve "discursos ocultos" de resistencia, los teóricos de la elección racional como

Samuel Popkin o Robert Bates verán conductas de elusión de riesgos (Tsebelis: 22).

El neoinstitucionalismo enraizado en los postulados de la teoría de la elección social parte de la paradoja que enfrenta al llevar sus premisas al extremo de la racionalidad. El llamado problema de la acción colectiva parece inasible sin alicientes externos, como el Estado. El problema es el del origen y sostenimiento de la cooperación social entre individuos egoístas. Para la teoría institucionalista de elección racional, la solución a este problema ha concentrado energías inmensas. El trabajo de Elinor Omstrom (1990; 1998) merece mención, ya que se enfoca hacia soluciones cooperativas espontáneas dentro de los grupos sociales. Es como si se buscara en las asociaciones voluntarias observadas por Alexis de Tocqueville en los Estados Unidos de la primera mitad del siglo XIX, la solución al *dilema hobbesiano* del Leviathan.

Elinor Omstrom combina una singular perspicacia como observadora y una notable sofisticación teórica. Examina que en el caso de la administración de recursos comunes, donde el acceso es abierto a todos, las soluciones encontradas en el mundo real no son provistas ni por la administración estatal, ni los derechos de la propiedad privada (como sería el caso de las teorías postuladas por North) sino por la propiedad comunal. Estas soluciones no se ajustan a las premisas de la teoría utilitaria de la elección racional, pero tiene importancia en el desarrollo de una teoría empíricamente fundamentada de la cooperación voluntaria, restringida a los grupos pequeños. Cuando emerge la asociación voluntaria, esta funciona como un *forum*, una institución que permite la toma de decisiones de cada participante en comunicación directa con otros. La solución

institucional al dilema de los bienes colectivos encuentra una expresión contingente, pero mucho más generosa que la ofrecida por los autores utilitaristas.

Neoinstitucionalismo y la teoría de las organizaciones

En un ensayo ya clásico, James March y Johan Olsen (1985) anunciaban que el futuro de la ciencia política residía en un retorno al estudio de las instituciones. No se referían a un imperativo temático, pues las instituciones políticas han sido el centro de atención de los más diversos pensadores desde hace milenios. El interés de March y Olsen era subrayar el estatuto teórico de las instituciones políticas *per se*.

Las teorías conductista y de la elección racional enfocaban la acción y la interacción en pos de objetivos visibles. La forma y dinámica de las instituciones eran el resultado (dependientes) de, en el mejor de los casos, la interacción, y simplemente un escenario de fondo de tales acciones. Para los nuevos institucionalistas, las instituciones políticas debían ser vistas como entidades con cierta autonomía y una inercia propia. Su análisis no podía dar por sentada esta inercia, sino observar cómo interactuaban los actores y sus objetivos con esta lógica paralela. El resultado de esta dinámica es el tema del neoinstitucionalismo o teoría organizativa de la política.

March y Olsen ofrecen un enfoque de la vida interna de las instituciones públicas y privadas en el que el criterio de racionalidad es relajado hasta casi desaparecer en medio de las rutinas, la inercia, los valores comunes y las

costumbres. Las instituciones son entes que parecen actuar independientemente de los individuos que las forman. De hecho las instituciones configuran las preferencias individuales, y por tanto sus acciones, de manera profunda. El resultado de esta versión es una visión pesimista sobre la capacidad de los actores para realizar cambios profundos en la dinámica institucional. La descripción de las instituciones como "sistemas de adaptación rutinaria" implica que :

"las instituciones se protegen a sí mismas, en parte mostrándose resistentes a muchas formas de cambio, y en parte desarrollando sus propios criterios de pertinencia y de éxito, de distribución de recursos y reglas constitucionales. Las rutinas se sustentan por estar comprendidas en una estructura de rutinas por la socialización y por la manera en que organizan la atención. También el orden proveniente del desarrollo del significado tiende a ser estable. El significado (...) se sustenta en la presión social y la educación" (March y Olsen, 1997: 113).

En este mundo de inercias, el concepto de racionalidad utilitaria tan caro a los teóricos de la elección racional se ha diluido hasta hacerse invisible. Aunque originalmente March y Olsen derivaron su crítica al modelo utilitario de racionalidad de los trabajos de Herbert Simon sobre la racionalidad acotada y los criterios de satisfacción de la acción intencional, en el modelo de las instituciones que presentan éstas son autónomas de las fuerzas sociales. Una vez establecidas, las instituciones son meta organismos que establecen sus fines, sus valores y sus significados por sí mismas. La implicación para las políticas públicas y el diseño de instituciones es desoladora. "Pues en política pública no se sabe

cuál es la pregunta hasta que no se conoce la respuesta" (March y Olsen, 1997: 57)

La descripción que March y Olsen hacen de las burocracias es deprimente, pero deja un hilo de luz si es leída como la posibilidad de un enfoque crítico de las instituciones "desde fuera" de sus rutinas. Es decir, la comprensión de la dinámica institucional exige antes que nada un esfuerzo de reflexión "trascendente" de las limitaciones que impone "pertenecer a la institución". Para March y Olsen las instituciones adquieren una fuerza de "hechos sociales" estableciendo identidades y normas que acatar. La única posibilidad de cambio proviene entonces de establecer una lógica de pertinencia, una lógica de acuerdos acerca de lo "que es correcto" y una lógica de modificación colectiva de las identidades y significados.

Esta idealización de la política, en donde su misión es establecer instituciones que guíen significados y normas pertinentes, puede entenderse no sólo como una visión ingenua, sino también conservadora, del orden organizacional. Pareciera que la única posibilidad de cambios en las reglas que esta teoría juzga positivamente son aquellos en las que las identidades aparentes o explícitas de los agentes son sometidas a ajustes por la vía de la introspección. Sin embargo, el argumento no es insensato y sigue sus propias premisas. Si las organizaciones prefiguran identidades e intereses, la forma de cambiar las organizaciones es por la vía del acomodo y reajuste mutuo de expectativas de los actores. El mismo razonamiento será utilizado por los autores en un libro más reciente dedicado al problema de la gobernación (*governance*) de la democracia

(March y Olsen, 1995). Los acomodados recíprocos, antes que las decisiones unilaterales, surgen como la vía política idónea. Así, el problema del poder en términos de defensa y promoción de intereses encontrados y asimétricos pasa a convertirse en la lógica de la construcción de significados.

Neoinstitucionalismo y sociología política

El énfasis en la interpretación de significados en el movimiento institucionalista se ha extendido mas allá de su área natural del enfoque sociológico de tal manera que la exclusión entre los modelos institucionalistas basados en la lógica de los intereses y la utilidad, y los sustentados en la lógica del significado empieza a ser relegada en favor de modelos compuestos por ambos enfoques (May, 1996; Offe, 1996). Este es el resultado central de la insistencia en la comprensión de las instituciones políticas y sociales como constructoras de identidades. Incluso los abogados de la teoría de la elección racional han cedido ante estos argumentos y han propuesto acomodados y complementos a los modelos hasta hace pocos años irreconciliables (Bates, et al., 1998; Bates y Weingast, 1995)

Especialmente los modelos de análisis institucional "sociológicos" han elaborado alternativas a los modelos utilitarios. Coincidiendo en "la importancia de las reglas de juego" de la política, han insistido en el criterio de "adecuación" o legitimidad. Los editores de una colección de ensayos representativa de este enfoque resumen de la siguiente manera su programa:

“El nuevo institucionalismo en la teoría de la organización y en la sociología comprende un rechazo de los modelos del actor racional, un interés en las instituciones como variables independientes, una nueva orientación hacia las explicaciones cognitivas y culturales y un interés en las propiedades de las unidades de análisis supraindividuales que no pueden ser reducidas a agregados o a consecuencias directas de los atributos o motivos de los individuos” (Powell y DiMaggio: 1991: 42)

El interés central de estos enfoques sigue siendo el de la estabilidad y convergencia de formas organizativas en determinados ambientes institucionales. Estos procesos son una mezcla de procesos espontáneos y procesos de dirección o regulación estatal. El papel integrador de las instituciones políticas es destacado antes que su papel desintegrador, a pesar de que se reconoce que la definición de persistencia de formas institucionales es generalmente ineficiente o “subóptima”.

El problema del poder unilateral y la coerción explican esta persistencia. Powell y DiMaggio evocando las ideas de Antonio Gramsci, escriben que:

“Los esfuerzos por incorporar el poder en las argumentaciones institucionales comienzan con dos sencillas observaciones: 1) los actores en las instituciones clave obtienen considerables beneficios por la conservación de esas instituciones, y 2) cuando los campos organizativos son inestables y las prácticas establecidas no están bien formadas, la acción colectiva exitosa suele depender de la definición y elaboración de reglas del juego ampliamente aceptadas. En consecuencia, la adquisición y mantenimiento del poder dentro de los campos organizativos requiere que las organizaciones dominantes continuamente pongan en práctica estrategias de control, más notoriamente, ya sea mediante la

socialización de los recién llegados para compartir una forma de ver el mundo o mediante apoyo del Estado y de su brazo judicial" (Powell y DiMaggio, 1991::71).

El campo de la política no es el que interesa a los neoinstitucionalistas es, entonces el de las luchas entre actores, grupos y clases por la definición de las reglas del juego, es decir, el poder institucional. En otras palabras, las instituciones políticas pueden ser analizadas como provisoras de campos asimétricos de poder. Thomson y Faith afirman que:

"Las instituciones sociales proveen un campo asimétrico, en el cual los individuos que ocupan posiciones elevadas en la jerarquía, pueden hacer compromisos, y los que se encuentran en la base de la misma, escoger sus estrategias. En otras palabras, el liderazgo define las reglas del juego y los castigos para la desobediencia, y los miembros de la organización deciden cuando conformarse o no a las reglas" (Tsebelis, 1990: 109).

Otra aportación importante a la teoría del poder institucional fue ofrecida por Imre Immergut en su análisis de las políticas públicas de la salud francesa. Para esta autora el problema no es sólo identificar los grupos con poder de veto en la elaboración de estas políticas, sino los "puntos de veto" en las mismas instituciones (Immergut, 1992). Estos puntos de veto son condiciones críticas cuya modificación moviliza fuerzas políticas a favor o en contra. Y se encuentran en todos los Estados y sistemas políticos.

El neoinstitucionalismo sociológico se ha orientado hacia dos temas. El de las condiciones en que surge la cooperación social, que en el trabajo de Robert Putman ofrece un novedoso enfoque sobre el problema de la cultura cívica. Desde

la perspectiva de la teoría de la elección racional Elinor Ostrom también ha abordado el asunto en un entorno específico de administración de recursos colectivos, y James Coleman ha desarrollado una teoría formal completa (Coleman, 1990). Putman destaca por su forma de abordar las instituciones en términos de tradiciones de participación cívica en la vida comunitaria. En una investigación realizada en Italia, Putman y sus asociados (Putman, 1993) encontraron que fuertes tradiciones de participación comunitaria en los procesos de toma de decisiones administrativas se asocian positivamente con la eficiencia institucional. La conclusión reafirma la importancia de los temas toquevillianos en la elaboración de un concepto institucional de "capital social". Más recientemente, Putman ha aplicado su método a examinar los altibajos de la tradición cívica en la sociedad estadounidense contemporánea (Putman, 2000).

Neoinstitucionalismo histórico

La participación social intensa es también revalorada positivamente en muchos trabajos del enfoque neoinstitucionalista histórico. Éste se denomina de esa forma por su interés en reconstruir los procesos políticos que configuran las instituciones políticas. Su objeto de estudio es la formación del Estado, y ello le da a esta variante de análisis su característica especial en el contexto de la ciencia política estadounidense. Bajo el lema de traer de nueva cuenta al Estado al análisis político, los autores asociados al enfoque histórico han cuestionado un rasgo persistente en la ciencia política de los Estados Unidos desde su fundación

hace un siglo.⁵⁹ No deja de ser sorprendente que el programa de "retorno del Estado" a la ciencia política haya ocurrido en el clímax de las llamadas políticas neoliberales, y neoconservadoras, de reducción del tamaño y tareas asociadas al bienestar social de los Estados capitalistas. Exactamente cuando los Estados perdían capacidad de intervenir en la regulación de los mercados y establecer políticas de bienestar, bajo el ataque de la derecha conservadora, la propuesta teórica parecería quijotesca. En efecto, el institucionalismo histórico ofrece una teoría de la realimentación entre la sociedad civil y el Estado moderno y una particular teoría del estado democrático basada en la capacidad construcción de identidades ciudadanas por medio de las luchas sociales. En general, los teóricos del institucionalismo histórico observan que la creación de las modernas democracias surgió del juego de fuerzas de los Estados en busca de maximizar sus capacidades en el ambiente geopolítico. El desarrollo de capacidades infraestructurales es el aspecto más sobresaliente en la formación de los distintos tipos de sociedad civil y ciudadanía. Esta no es una categoría que pueda ser examinada fuera del proceso de formación estatal. Pero a diferencia de los marxistas, los nuevos enfoques subrayan los aspectos contingentes en la formación de los Estados modernos.⁶⁰

La visión del institucionalismo histórico discrepa en elementos sustantivos de las versiones asociadas a la teoría utilitarista y la versión cuasi durkheimniana

⁵⁹ No todos están de acuerdo en la novedad de la propuesta de traer al Estado a la ciencia política. Gabriel Almond, un constante combatiente de las nuevas modas en la ciencia política, ha cuestionado la novedad del neoinstitucionalismo histórico (Almond, 1998; la respuesta se encuentra en Nordingler, et al. 1989).

⁶⁰ Politólogos ingleses como Michael Mann (1986, 1988, 1993,) y John A. Hall (1989) deben ser mencionados en esta tradición.

del capital social. Bajo esta línea “la democracia, después de todo, floreció históricamente después de un siglo de largos conflictos entre grupos sociales y entre autoridades estatales y sus sujetos. En un sentido muy real, los primeros regímenes parlamentarios liberales y las primeras democracias fueron producto del conflicto organizado y la desconfianza” (Skocpol y Fiorina, 1999: 14). De tal manera, que es entre las demandas de diversos grupos sociales y las respuestas estatales como se puede estudiar tanto la formación de los intereses e identidades sociales como la configuración de las instituciones gubernamentales y estatales. El enfoque se ha orientado más recientemente a estudiar los distintos modelos de políticas públicas en distintos contextos, especialmente en los Estados Unidos (Skocpol, 1992 y 1999).

Igual que en la versión sociológica, el neoinstitucionalismo histórico carece de un conjunto de herramientas universales y de conceptos, como las de las teorías más deductivas –como la de la elección racional. Sus métodos son más inductivos y contextuales. Generalmente no se exploran situaciones de equilibrio estático sino, *procesos* de formación institucional. La elaboración de las políticas públicas no es analizada sólo como un problema de eficiencia, sino de complejas tensiones políticas.

Conclusión

El movimiento neoinstitucionalista en la ciencia política se distingue por la convergencia sobre dos ejes. El primero es la delimitación temática. Aunque no existe una definición universal de “instituciones” (Immergut, 1998; Hall, 1996),

todos los autores incluidos en el neoinstitucionalismo coinciden en analizar el origen, la permanencia el fin de una amplia lista de instituciones políticas. Estas se conciben con amplitud, desde las estructuras de los Estados nacional y sus instituciones intermedias como legislaturas, poderes ejecutivo y judicial, y burocracias encargadas de ejecutar políticas públicas de diversa índole,⁶¹ hasta incluir las asociaciones políticas voluntarias, y movimientos sociales de diversas filiaciones e identidades.

El neoinstitucionalismo delimita sus temas a lo largo y ancho de todo el espectro social y político, partiendo de un sólo acuerdo. Las unidades de análisis son las instituciones políticas y en su análisis confluyen distintos fenómenos y teorías, actores y situaciones. Esta apertura convierte al neoinstitucionalismo en un foro de diversas denominaciones teóricas y políticas. En el institucionalismo caben, hasta ahora, las teorías deductivas y lógico-matemáticas de la elección racional, tanto como las variantes del interpretativismo sociológico y el constructivismo postmoderno. El riesgo es que en este esfuerzo de apertura la noción de instituciones políticas se “estire” tanto que abarque todo y nada a la vez (Roshtein, 1998).

El segundo eje de coincidencia es metodológico. Todos los participantes en este movimiento intelectual coinciden en la necesidad de desarrollar enfoques de alcance medio. La bandera metodológica de todas las variedades de neoinstitucionalismo es la claridad analítica y el detalle empírico. La teoría de la

⁶¹Para un panorama muy reciente de este “retorno al Estado” en la ciencia política estadounidense, véase el volumen editado por Ira Katznelson, sobre “el estado de la disciplina” (2002) .

elección racional ofrece el rigor lógico y la claridad del lenguaje matemático. En la versión neoinstitucionalista de esta teoría se tiende a reconocer los límites de estos métodos, como hace Tsebelis (1990) resolviendo una cuestión pendiente desde los orígenes de la teoría de la elección racional. En todo caso, el movimiento neoinstitucionalista se establece en el terreno de las teorías de medio rango y la indagación empírica (Smith, 1987 y 2001).

El neoinstitucionalismo sociológico da muestras de apertura a los enfoques de la teoría de la elección racional y es frecuente encontrar llamados a la reconciliación entre los métodos formales y las narrativas constructivistas (Brinton y Nee, 1998; Bates, 1995, 1998a, 1998b; Kisler, 1996; Van Der Berg, 1998). Sin embargo, el asunto central ha sido la búsqueda de enfoques que puedan dar *explicaciones causales* de los mecanismos de la acción social en ámbitos de restricción institucional (Boudon, 1998a y 1998b).

En todo caso, el movimiento neoinstitucionalista se establece en el terreno de las teorías de medio rango y la indagación empírica (Smith, 1987 y 2001). La persistente discusión acerca de los criterios de validez de los métodos es un rasgo típico de la ciencia política estadounidense, y el caso del neoinstitucionalismo no podría ser la excepción. Construir acuerdos básicos acerca de en qué consiste un criterio causal plausible recorre los debates una y otra vez, y el resultado de este ha sido la convergencia en abandonar la búsqueda de leyes generales y centrarse en la de mecanismos y narrativas causales (Bates, Greift, Levi, et al. 1998; Hedstrom y Sweedberg, 1998; Tilly, 2001; y los ensayos del Simposio sobre sociología histórica y teoría de la elección racional en la *American Journal of Sociology*, Nov. 1998).

El asunto no resuelto aún es el de la política ideológica de la ciencia política. Ciertamente las variedades del nuevo institucionalismo se distinguen fácilmente por sus preferencias en el espectro político. Y más específicamente en el espectro político liberal. Es fácilmente reconocible, por ser explícita, la preferencia de los teóricos de la elección racional por las variantes *madisonianas* de protección de los derechos de las minorías privilegiadas y *lockeano* en la protección de los derechos de propiedad. Igualmente, es reconocible su gusto por las políticas conservadoras y su desinterés por los problemas de desigualdad y justicia social. Al otro extremo están los practicantes del nuevo institucionalismo histórico, que se sitúan a la izquierda del espectro liberal de la democracia.

El neoinstitucionalismo se ha establecido en el análisis de las reglas del juego político. Esto, inevitablemente lo enfrenta a cuestiones normativas y valorativas. Cada variedad de neoinstitucionalismo muestra preferencias por ciertos valores sobre otros: eficiencia económica, justicia social, estabilidad y gobernabilidad y cambio, son valores que con frecuencia se contraponen. Este conflicto es en sí mismo objeto de análisis institucional. En cualquier campo de acción donde las reglas son asunto de debate público, se discute sobre la legitimidad y justeza de éstas. Sin embargo, el neoinstitucionalismo se mantiene firmemente en el terreno de la ciencia política empírica, donde encuentra mejores posibilidades de generar conocimientos objetivos sobre el poder político, dejando a la filosofía política los debates sobre el significado y la jerarquía de los valores políticos.

Conclusiones generales

En este capítulo final abordo algunos problemas que han ido apareciendo en los anteriores apartados. Se refieren a la tesis de la identidad de la disciplina de la ciencia política, la cual afirma que es una disciplina pluralista y que este rasgo es el que explica su vitalidad y si se quiere, es la fuente de su progreso. Para ello me alejo un poco de la forma de tratar los problemas de los capítulos anteriores. En este último ensayo me ubico en las fronteras disciplinarias. La relación entre la ciencia política y la filosofía recibe algún tratamiento, del cual estoy cierto, es insuficiente. Al final del capítulo, se incluyo algunas reflexiones sobre el estado de la disciplina en el mundo y en México,

Los enfoques de la ciencia política que seleccioné en esta investigación constituyen el núcleo de la disciplina a través de los años. En este sentido, el movimiento conductista establece las reglas del juego de la disciplina y es fácilmente identificable, mientras las teorías de la elección racional y los nuevos institucionalismos surgen en parte como respuesta al primero. Sin embargo, el resultado no ha sido una sucesión de paradigmas, sino la emergencia de una pluralidad de proyectos teóricos. Este pluralismo se ha convertido en una característica inconfundible de la disciplina.

Pero hacer un balance final de los temas tratados en este trabajo tiene sus dificultades. La ciencia política no tiene un eje teórico ni epistemológico, ni metodológico. Prevalece un "eclecticismo ordenado", como mencionan Goodin y Klingemann (1994: 2). Para algunos comentaristas no podía ser de otra manera (Ricci, 1981: 189), mientras que para otros esta condición es un rasgo de debilidad

y fracaso. Basta echar una mirada a otras disciplinas de las ciencias sociales y de la biología e incluso a la filosofía, para notar que la pluralidad teórica y el eclecticismo son rasgos de una condición normal. Lo que une a la diversidad de la ciencia política como una disciplina es la vocación por la explicación científica y la delimitación temática. Sin embargo, ni la primera ni la segunda ha permanecido sin cambios. A lo largo de su trayectoria, esta disciplina ha visto modificarse las imágenes de la ciencia y las de su principal objeto de estudio: la democracia política (Smith, 1994). Antes de examinar estas transformaciones, permítaseme ahondar en el argumento inicial acerca de la dificultad de elaborar una visión unificada o sintética, si se quiere, metateórica, de la disciplina.

La ciencia política es una disciplina que ha alcanzado la madurez institucional. Ha establecido sus reglas y delimitado sus campos de trabajo. De hecho, el eje argumental de este ensayo es este: que ha labrado una identidad disciplinaria inconfundible. A pesar de ello, no existe una unidad ni teórica, ni epistemológica ni metodológica. Y esta característica es la que merece ser destacada como la fuente del progreso de la disciplina.

La ausencia de un eje teórico único no es una peculiaridad ajena a las ciencias sociales. Tal vez la economía sea la disciplina que muestra un molde teórico central dominante, más definido, y una sucesión de lo que Thomas Kuhn llamó, refiriéndose a la física y la biología, paradigmas. Cualquier economista está familiarizado con la idea de que el paradigma *keynesiano* fue suplantado por el *neoclásico*, aun cuando reconozca variantes y sutilezas entre ambos (Brenner, 1991). Sin embargo, en la sociología la búsqueda de teorías unificadoras o síntesis teóricas es una notable particularidad, aunque muchos sociólogos

contemporáneos se tengan que resignar al pluralismo (Collins, 1994; Dogan, 1994).

Pero en la ciencia política la situación tiene características peculiares. Existe una reconocible pluralidad de enfoques como el conductismo, que es el primer enfoque dominante, seguido por la posición retardadora de la teoría de la elección racional y los nuevos institucionalismos. Aunque no se puede hablar estrictamente de que *una* teoría suceda a otra. El primer lugar, el conductismo no es precisamente una teoría, sino un movimiento académico, aglutinado sobre ciertos consensos acerca de la imagen de la ciencia social y de los protocolos de la investigación empírica. Es también un movimiento que se funda en las bases liberales de la política en el siglo XX; es decir, no es una teoría, sino una orientación institucional y profesional para la ciencia política.⁶² Su rasgo inconfundible es la defensa del estudio científico de la política. Ese es su legado, aunque la imagen de la adecuación o justificación de la ciencia haya cambiado en el curso de los debates de la disciplina. En segundo lugar, el *conductismo* alberga una visión liberal, en el sentido de que concibe su contribución al régimen democrático. Es una corriente cuyos miembros creen fervientemente en la contribución de la ciencia social a la vida pública. En pocas palabras, en su generalidad recurrió a la imagen positivista de la ciencia social, y de la vida pública representada por el *statu quo* estadounidense antes, durante y después de las dos grandes guerras mundiales.

⁶² Se identifica al estructural-funcionalismo como la teoría de la ciencia política a partir de los años cincuenta (Barry, 1970), pero esta teoría nunca alcanzó un grado de hegemonía. Sólo en la doctrina de la modernización, el *parsonismo* es decisivo, especialmente en la noción de *cultura política*.

Por, otro lado, aunque la identificación del movimiento conductista como una práctica positivista es muy común, hay razones para ofrecer una caracterización más atenuada. El positivismo llega a la ciencia política cuando ésta ya había establecido sus principales características profesionales e institucionales.⁶³ Es hasta principios de los años cincuenta cuando sociólogos como Talcott Parsons y politólogos como David Easton ofrecen programas teóricos de corte marcadamente positivistas. En esa época se publicaron varios textos metodológicos imbuidos en el programa positivista para ambas disciplinas (Gunnell, 1986; Vidich, et al. 1984). Sin embargo, parece más certero decir que la disciplina de la ciencia política recurrió a un manto de justificación filosófica que el positivismo podía proveer, en busca de autoridad cognitiva, antes que a una verdadera guía para la indagación sustantiva (Gunnell, 1986).

La ciencia política y la filosofía política

El gran debate que se suscitó en los años sesenta contra el positivismo en las ciencias sociales mostró que una posición *estricta y exclusivamente* empírica de la ciencia social era insostenible. El abandono de la imagen de la ciencia depurada de toda presuposición abrió la puerta para diversas críticas a las prácticas de la corriente conductista. Por ejemplo, se acusó a muchos exponentes de esta corriente de ser defensores del *statu quo* y renunciar a la tarea crítica de la

⁶³ De acuerdo a Edward Purcell (1973: 236), el positivismo fue establecido como norma filosófica de la ciencia política sólo como una prolongación del naturalismo pragmatista, especialmente el de John Dewey. Y como afirma Ferrater Mora, para Dewey el naturalismo representaba más una "actitud" que una "doctrina" de la filosofía de la ciencia (Ferrater Mora, 1994: 2508).

ciencia social. Una corriente de crítica ideológica y ética se volcó contra la bandera de la neutralidad valorativa y la indiferencia política. Para muchos, el *conductismo* se había vaciado de contenidos morales propiamente humanos (por ejemplo: Ricci, 1981: 296ss) y políticos. Empero, el ataque a la ciencia política sobre bases filosóficas y éticas tenía un eslabón débil.

No se puede hablar de la ciencia política, en singular, para una crítica externa, propia de la filosofía de la ciencia. En esta línea, el filósofo Sheldon Wolin, a principios de los años setenta, podía hablar del paradigma *conductista* y articular un ataque contra la ciencia política sobre esa premisa (Wolin, 1999). Este pensador quiere subrayar los aspectos arbitrarios en la hegemonía conductista,⁶⁴ sobre todo frente a la pretensión de algunos exponentes de este movimiento, de declarar a la filosofía como cosa del pasado. Paradójicamente, Wolin termina por reconciliar la teoría tradicional y la nueva ciencia política, afirmando que ésta contenía elementos “subversivos” que mostraban anomalías en la teoría “normal” de la democracia, como aquellos que ponían en duda la competencia o racionalidad del electorado.

Pero si Wolin tenía que reconocer implícitamente que el programa científico de la ciencia política podía sobrevivir a sus premisas liberales, que en la terminología de Wolin constituía una especie de “paradigma orgánico” de la ciencia política, otros filósofos se centraron en atacar un aspecto específico del

⁶⁴ El argumento de que el liberalismo ha disuelto la posibilidad de la política en el proceso organizativo es compartido por filósofos tan diversos como Wolin y Strauss, (y antes su tutor, Carl Schmitt), Hannah Arendt, y Max Weber entre otros. Así que el ataque filosófico al programa de la ciencia política fue una continuación del ataque al liberalismo político. Por supuesto las alternativas o las rupturas con el liberalismo no siempre fueron claramente especificadas (excepto por Schmitt que se volvió defensor del régimen nazi).

programa positivista de la ciencia social, como el de la separación entre valores y hechos. Este tipo de ataque fue muy común, aunque heterogéneo. Para algunos, representaba la oportunidad de introducir nuevas cuestiones "antipositivistas", enfocando el carácter interpretativo e intencional de la actividad científica. Otros filósofos, en cambio, se enfocaron a atacar al mismo programa de la ciencia social. Se decía que no podía desligarse de las valoraciones de las observaciones empíricas, ya que aquéllas tenían un carácter inmanente a los hechos. Ante esta clase de argumentos, el positivismo, como programa epistemológico de la ciencia social, en tanto reafirmaba la línea divisoria entre hechos y valores, al mismo tiempo se iba haciendo insostenible. Un crítico como Charles Taylor decía que el programa positivista era un asunto de valores mal representados, que abría la posibilidad de otros marcos valorativos y por lo tanto fácticos (Taylor, 1991). A estas posiciones, basadas en la preeminencia de la interpretación antes que la mera descripción de los hechos sociales, Daniel Little las llamó "antinaturalistas" para enfatizar la oposición a la tradición naturalista, realista y empirista de la ciencia social (Little, 1991: 232ss).

En la misma línea de ataque a la ciencia política positivista, pero en el otro extremo ideológico se encontraba el filósofo conservador Leo Strauss, quien veía una real herejía en la "tradición" filosófica inaugurada desde Maquiavelo y que culminaba, según él, en Max Weber (Strauss, 1999; Behenegar, 2003). La tradición weberiana y su programa de una ciencia libre de valores, y por supuesto la nueva ciencia política conductista no hacían más que reforzar la división entre valores y hechos. Este programa es típico del pensamiento de la Ilustración y el

liberalismo (Pettit, 1993). De esta manera la crítica de Strauss y Voegelin concluía en un ataque a la misma idea de modernidad.⁶⁵

Pero Leo Strauss acusó a los nuevos científicos políticos de "ceguera moral" (Strauss, 1991: 108), (siendo que él mismo –junto a sus seguidores neoconservadores- ha sido acusado del mismo pecado (Drury, 1997)). Tanto Strauss como muchos otros vieron en la postura positivista una puerta al relativismo de los valores. Este supuesto peligro del relativismo valorativo de la nueva ciencia política también estaba presente detrás de la búsqueda de valores absolutos (como los que enfatizaban Strauss o Voegelin) y por cierto, en los postulados interpretacionista y fenomenologista, de los cuales Taylor ha sido abanderado. En este sentido, el ataque contra el positivismo y la tradición a que pertenece continuó desde otros frentes, como la denuncia hecha por Isaiah Berlin (1984) de la existencia de posiciones cognitivas privilegiadas por encima de la pluralidad de perspectivas e intereses, característica del mundo del liberalismo político.

A veces el clamor filosófico contra la ciencia política positivista y conductista pareció no sólo ser una reivindicación de la filosofía, sino simplemente un rechazo a la idea de modernidad política, con sus nociones de democracia y

⁶⁵ La crítica de Strauss a Weber no puede simplificarse y representa el ataque más sofisticado del pensamiento conservador al liberalismo democrático implícito en el postulado de una "ciencia libre de valores". Strauss observó que Weber nunca explicó que quería decir con "valores", al referirse la posición del observador científico, aunque es conocido que Weber simplemente se oponía a la anteposición de preferencias ideológicas en la tarea de observación y análisis (Gunnell, 1986: 156-157). Pero en el fondo Strauss simplemente quería apuntalar su disposición a creer en la existencia de "valores eternos" confrontados al "relativismo igualitario" (implícito en la distinción entre "valores" y "hechos"), también identificado como "la peor forma de pensamiento democrático" (Tarcov y Pangle, 1993: 877; Strauss, 1970; Behenegar, 2003: 65ss).

pluralismo, y por cierto, también, de ciencia social (McAllister, 1995). A pesar de la heterogeneidad de voces, todo este alboroto rindió algunos frutos. En primer lugar, la crítica a la ciencia política, en gran parte provocada por emigrados alemanes - como Strauss- (Gunnell, 1986: 13; y 1993: 147ss), fue un estímulo para lo que se ha llamado "el resurgimiento de la teoría política" (Velasco, 1991; Skinner, 1974; Gunnell, 1993).⁶⁶ En segundo lugar, la reivindicación de la filosofía política tradicional frente a la ciencia política ha obligado a la distinción entre paradigmas intradisciplinarios de las teorías científicas, valga decir, empíricas, de la política, y las teorías y filosofías "normativas" (o no comprometidas con los requisitos de prueba y error empíricos asociados con las primeras).

La relación entre la ciencia política y las diversas expresiones de filosofía normativa ha sido, en general, mala y llena de desencuentros. Estos se reflejan en las clasificaciones subdisciplinarias que dan a la teoría política normativa un sitio menor en el *corpus* disciplinario. La distinción entre Teoría (la clasificación en el organigrama de la *American Political Science* [APSA]) como un campo subespecializado de la ciencia política y teoría política, como la continuación de la tradición filosófica sobre la política, es indicativa de este divorcio (Gunnell, 1984). A pesar de los malentendidos ha surgido un clima de convivencia, ante la falta de posibilidades de una fusión metateórica. Empero nadie pone en duda la constante realimentación entre las dos tradiciones: la empírica y la normativa. Esta última ofrece continuas críticas y revalorizaciones de conceptos fundamentales, recurrentes en las presuposiciones de la ciencia política. En palabras del mismo

⁶⁶ "Existe un claro sentido de que la noción contemporánea de teoría política fue inventada en el contexto de los debates sobre el conductismo, y el declive y resurrección

Sheldon Wolin, "las teorías políticas se ofrecieron como representaciones simbólicas de lo que la sociedad sería si pudiera ordenarse" y no como una representación que se limitara a "cuadrar" con los hechos (Wolin, 1999: 185). Complementariamente, la tradición científica ofrece argumentos lógicos y empíricos que con frecuencia han sido ineludibles para la filosofía política moderna.⁶⁷

Disciplina y teorías políticas

De cualquier manera en la ciencia política de los años setenta y ochenta del siglo XX, no existían uno, sino varios paradigmas en competencia. Además del conductismo, la teoría de la elección racional había sentado sus reales con firmeza en los departamentos de ciencia política de los Estados Unidos. Y las llamadas teorías neoinstitucionalistas completaban el cuadro, aunque no había un triunfador palpable. Frente a este estado de cosas, Harry Eckstein, un destacado exponente del conductismo, clamaba por poner fin a lo que parecía una real "guerra de paradigmas" (Eckstein, 1998; Lindblom, 1981). Y de alguna manera estos llamados a la paz tuvieron sus efectos, ya que más que una sucesión de

de la teoría política" (Gunnell, 1993: 25).

⁶⁷ Este es el caso, entre muchos, de los teoremas de Arrow que afirman la inexistencia de un criterio general de interés social o colectivo. Bajo esta demostración, y la restricción a los criterios de equidad que impone el *óptimo de Pareto*, cualquier argumento sobre el *bien común* debió replantarse desde el principio. Este es el caso del resurgimiento de la tradición utilitaria y la crítica neokantiana de John Rawls (Kymlicka, 1991). Puede decirse que el trabajo de Rawls está dirigido a refutar el imperativo relativista del principio de Arrow, introduciendo argumentos éticos suprautilitarios consistentes con el liberalismo político (Tuck, 1973). El texto de Kymlicka muestra que la filosofía política angloparlante puede ser más sensible y atenta a los razonamientos de los científicos sociales, lo cual aparentemente no es el caso en la filosofía continental europea (véase también Putman, 1997). Para una crítica de las debilidades, incluyendo las *factuales*, en las grandes teorías

paradigmas marchando sobre el cadáver de los derrotados, la ruta más civilizada de la "hibridización" teórica empezaba a funcionar.⁶⁸

En el conductismo es más fácil identificar un núcleo ideológico y metodológico que uno teórico, en el sentido de que no existe una teoría unificadora externa a la investigación. Estas han estado orientadas por sus problemas característicos (*problem ladden*; por ejemplo los determinantes de la conducta electoral) antes que por la construcción teórica como un fin en sí mismo (*theory ladden*), como ha sido con frecuencia el caso en la teoría sociología contemporánea. Esta característica sobrevivió al *conductismo* en muchas formas. Pero la teoría de la elección racional (TER) nació, en cambio, orientada por una especie de narcisismo teórico. Esta teoría encierra una multitud de aproximaciones teóricas integradas por unos cuantos principios bastante simples.⁶⁹ De hecho este rasgo ha sido la fuente de los más duros cuestionamientos acerca de la pertinencia disciplinaria de la TER para la ciencia política (Green y Shapiro, 1994).

La teoría de la elección racional representa una anomalía por su vocación analítica, más cercana a la economía que a la sociología. Pero el que la ciencia política encuentre en otras disciplinas fuentes de inspiración no es raro. Ya antes, en el movimiento conductista, Charles Merriam y Harold Lasswell estaban convencidos de que la construcción teórica en la ciencia política debía derivarse de la psicología. Pero esta tendencia a alimentarse de fuentes disciplinarias

véase Smith (2001) y Van Der Berg (1998); sobre la conveniencia de que la filosofía política sea más sensible a los "hechos" véase Galston (1993).

⁶⁸ Tomo este término de Dogan y Pahre (1991).

externas es señal de madurez y de precariedad a la vez. El recurso a la interdisciplinariedad es una fuente de progreso (Dogan y Pahre, 1991), pero también de timidez teórica. Por ejemplo, el debate sobre el principio de racionalidad que centra las discusiones de la TER es un debate acerca de la validez de los teoremas de la economía o los de la psicología cognitiva (Friedmann, 1996, Simon, 1985). El eclecticismo teórico y las incursiones transdisciplinarias han sido el rasgo constante de la trayectoria disciplinaria del que se ha hecho una virtud antes que un defecto. En palabras de John Gunnell "la ciencia política, más que otras ciencias sociales, fue, desde el principio, más una empresa controladora (*holding*) para algunos campos vagamente relacionados de investigación y programas de investigación que una disciplina con un centro teórico" (1986: 18).

Esta situación es aún más palpable en los nuevos institucionalismos. Ahí la orientación es claramente enfocada hacia "problemas", antes que a la búsqueda de una síntesis teórica. Esta renuncia es sólo aparente y hasta engañosa. Los nuevos institucionalismos son un campo fértil de debates teóricos, metodológicos y valorativos. Los "valores" no son sólo parte del bagaje del observador, sino parte del fenómeno mismo. Los valores, como "objeto de investigación", están implícitos en la misma definición del término Institución política; éstas son conjuntos de reglas en campos de confrontación y acuerdo político.

En suma, "(La) ciencia política contemporánea es decidida y sustancialmente postpositivista" (Goodin y Klingemann, 1994). Este criterio para

⁶⁹ Tanto así que un texto muy exitoso afirma que la TER es un instrumento analítico antes que una teoría unificada (Shepsle, 1998).

establecer un antes y un ahora, es un legado de viejas disputas. Pero, en este contexto, los adjetivos de positivismo y postpositivismo son modos de calificar estilos de trabajo, mas que categorías filosóficas precisas.

Disciplina y pluralismo metodológico

Así que más que una sucesión de paradigmas, caracterizada por crisis intermedias y respuestas, en "la ciencia política ha habido en las últimas dos décadas debates intensos y una coexistencia de enfoques. Esto es posible, en mi opinión, por un consenso básico de la ciencia política, el de que cualquiera que sea la posición ideológica, valorativa o teórica que se adopte, el debate debe ceñirse a ciertas *reglas del método*. Estas reglas, como he mencionado, son "postpositivistas". Permítaseme desarrollar esta idea, que tiene un motivo táctico, tanto como metodológico.

En un ensayo conocido, Gabriel Almond resumió la situación que prevalece adentro de la disciplina de la siguiente manera. Los politólogos se agrupan en "mesas separadas". La pluralidad de los enfoques teóricos es, por decirlo así, endémica. Ante esta pluralidad Almond los clasifica por sus atributos metodológicos mas que teóricos. Esta forma de hacer las cosas es característica de alguien adiestrado en la convicción de que en la ciencia, sea social o de cualquier otra naturaleza, lo que importa es el método (Verba, et al. 1994). Para Almond, la ciencia política se agrupa en aquella que busca mecanismos como "relojes" o configuraciones como "nubes", elusivas y cambiantes. Los "relojes" de la TER son los primeros que vienen a la mente con la búsqueda de regularidades

y el establecimiento de cadenas causales que es la meta de esta ciencia social para sus practicantes. Para los que buscan "nubes", en contraste, lo importante es interpretar lo cambiante de las situaciones y el aspecto estético de los procesos en cuestión. No hay regularidades o no vale la pena establecerlas, sino interpretar y entender los fenómenos bajo observación.

En este sentido encontramos a un exponente destacado de la TER como William Riker en un extremo, proclamando que la ciencia política aspira a un rigor y una universalidad comparable a la de la física teórica. En el extremo opuesto podría situarse el antropólogo político Clifford Geertz, denostando contra el positivismo en las ciencias sociales (Geertz, 1983). Sin embargo, quienes descomponen y recomponen "relojes" y quienes sueñan con las "nubes" comparten una regla disciplinaria que es inescapable, que consiste en que cualquiera que sea su edificación teórica, deben poner a prueba sus ideas y deben referirse a "algo", es decir, a algún fenómeno. Ambas deben apegarse a ciertas normas de realismo y empirismo (Little, 1991; Bunge, 1999b).⁷⁰ En suma, la ciencia política ha inducido, como disciplina, prácticas de investigación orientadas hacia problemas, antes que hacia teorías (Hedström, 1998).

La tripleta de clases de métodos formales (econométricos y estadísticos), cualitativos (comparativos) e interpretativos, completa el arsenal de la formación

⁷⁰ La cuestión de la constitución de los "algos" sociales es un asunto irresuelto ahora y probablemente también en el futuro. Pero la ciencia política presupone que los objetos políticos existen antes de ser constituidos por una filosofía de la ciencia social. Es decir, "es su carácter ser objetos convencionales preconstituidos por convenciones separadas de las del interprete, descriptor y evaluador." A esta posición se la llama "realismo convencional" (Gunnell, 1986b: 212ss; Gunnell, 1998; Searle, 1995). Pero si Gunnell recurre a una justificación en la filosofía del lenguaje, otros lo hacen en otras fuentes de la

profesional. Por ejemplo el texto *Analytic Narratives* (Bates, 1998b) sugiere completar a la TER con una dosis de interpretación y atención a los elementos subjetivos de la acción. En otro contexto, un exponente de la TER reconsidera aspectos fundamentales de la noción de *contrato*, para dar cabida a “la cultura” y las ideologías (Bates, 1988). En el nuevo institucionalismo de North se acepta el problema de la ideología y las normas en su función constitutiva de las decisiones económicas. Jack Goldstone (1988) recurre a métodos conocidos como *path analysis* para examinar procesos políticos revolucionarios (1998), y de manera similar Charles Tilly (2001) argumenta en favor de explicaciones basadas en mecanismos causales. Esta posición se acerca a la de algunas filosofías de la ciencia postpopperianas, en el sentido de que no exigen teorías generales ni la búsqueda de leyes generales y ni siquiera está la demanda de predicción (King, et al. 1991). Y también se asemeja a la posición defendida por Robert K. Merton sobre la institucionalización de la ciencia (1967; Boudon, 1998; Bunge, 1999b; Little, 1991). El “recurso del método” de la ciencia política estadounidense contemporánea enfatiza la existencia de una pluralidad de tradiciones teóricas y programas metodológicos.⁷¹ No bastaría un cambio en la visión de la política

filosofía de la ciencia. La fundamentación en metaprácticas diversas sólo reivindica la autonomía de la práctica de la ciencia política (véase Dryzek y Leonard, 1995).

⁷¹. El pluralismo es un dato de la institución de la ciencia política estadounidense. La búsqueda de “fundamentos” teóricos parece simplemente inútil si se está de acuerdo con la siguiente expresión:

“Es improbable, por diversas razones, que el universo pluralista de las ciencias sociales, tanto como e los subcampos especializados como los de la teoría política, se vuelvan más homogéneos o paradigmáticos. En primer lugar, el carácter convencional e histórico de las cuestiones sustantivas está caracterizado por la diversidad, el cambio y la ideología que se reflejan en el mundo de la investigación. En segundo lugar, existen rivalidades internas entre las diversas ciencias sociales por la autoridad cognitiva y práctica, así como también por los retos externos a su *status*, que limitan su capacidad para alcanzar la hegemonía teórica. Tercero, estos factores internos junto a las particularidades internas

(ideología) si no existiera un marco institucional de la ciencia política progresivo para el desarrollo de estos debates.⁷² Es en este contexto donde debemos entender la afirmación que hace Charles Lindblom: "el término 'ciencia política' es un nombre dado no a un campo de investigación científica convencional, sino a un debate continuo", y es que en estas polémicas es donde la disciplina ha encontrado sus mejores expresiones (1997: 242), pero hablar de "debates" significa que debemos reconocer que no se está haciendo referencia sólo a la expresión de los términos confrontados, sino también a las reglas de la discusión.

Ciencia política y democracia política

No solamente han ido cambiando las concepciones de las formas adecuadas de hacer análisis científico en la política. Lo han hecho también las imágenes de la política democrática (Smith, 1998, Gunnell, 2004). Aunque la identidad entre ciencia política y política democrática se ha mantenido como guía de la disciplina, los términos de la ecuación han cambiado. La idea de la democracia política en la ciencia política estadounidense se ha ajustado a la

de la profesión, inhiben su consolidación. Cuarto, las preocupaciones prácticas endémicas de las ciencias sociales engendran diferencias basadas en los propósitos de la investigación y las preocupaciones normativas frecuentemente asociadas a estos propósitos. Quinto, la justificación de su autoridad cognitiva –tanto por sus asuntos sustantivos, como de otras metaprácticas- es un problema persistente. Y finalmente, estos campos no pueden, por su misma naturaleza, en cuanto metaprácticas, separarse asimismo de los problemas generales de la relación con los temas sustantivos" (Gunnell, 1998: 206).

⁷² La dimensión institucional de la ciencia, que incluye a la ciencia social, ha sido destacada por Merton (1973). En esencia representa la afirmación de que la ciencia es una institución en la que para participar se requieren compartir un consenso sobre los "requisitos mínimos de la práctica científica": "El rasgo central de la ciencia incluye al menos tres criterios: un criterio de prueba empírica, un criterio de coherencia lógica, y un

imagen de la democracia de ese país. Por ello un autor ha escrito que para la ciencia política de la posguerra, "América –se refiere a la imagen de la *polis* nacional estadounidense- se estableció como un concepto normativo" (Purcell, 1973: 272ss).

Con raras excepciones y hasta fechas muy recientes, la mayoría de los politólogos estadounidenses han ofrecido análisis que implícita o explícitamente abrazan versiones particulares del proceso democrático. Esto es verdad especialmente en el caso de los exponentes del movimiento conductista. El conductismo ha sido definido en términos de una ideología esencialmente defensiva y adversa a la idea de la democracia participativa (Purcell, 1973: 255). En la formación de las imágenes el fracaso de la democracia alemana de Weimar, en los años treinta del siglo XX tiene un peso específico, y después eventos tales como el *McCarthyismo* o la Guerra Fría marcan una vocación cada vez más partidista (Farr, 1995a: 60ss).

Robert Dahl, por ejemplo, formula un concepto pluralista de la democracia política, que llama *poliarquía* (1951), como una alternativa para el *populismo*, que entiende de una manera vasta, como la democracia de masas, y para la idea cuasi aristocrática *madisoniana* del orden republicano, que comprende como democracia restringida a la protección de las minorías privilegiadas. En todo caso, esta vía intermedia entre la oligarquía y la democracia perdura en gran parte de la disciplina, a costa de disminuir el componente de la participación política en la base de la democracia política.

compromiso institucional con los procesos intersubjetivos de crítica y evaluación de las creencias" (Little, 1991: 223).

Así que no es extraño que William Riker (1973) también argumente contra los peligros de la democracia participativa. La "tiranía de la mayoría" que Alexis de Tocqueville advertía como el peor vicio de la democracia es como una ominosa sombra sobre *la teoría implícita* en la ciencia política estadounidense. El resultado es una ideología de la democracia política que deja amplio margen a los privilegios y al poder a las elites. De hecho, según autores como Merriam, Lasswell, Truman o Key, ven a las elites ilustradas y modernizadoras como el agente del proceso democrático, y las convierte en su público privilegiado de los conocimientos producidos por la ciencia política. Se puede decir que los politólogos de filiación conductista pasaron de una decepción con la participación de las masas en la democracia, hasta una racionalización de la apatía ciudadana como condición y como indicador de la salud democrática. Así, la idea de la participación ciudadana se redujo, en dos clásicos de los enfoques conductistas, a su "mito" funcional (Almond y Verba, 1963).

La TER conserva muchos elementos ideológicos de la corriente conductista y algunos autores críticos a esta escuela encuentran en ella una inclinación aún más conservadora (Hirshman, 1991). Ésta resalta los elementos liberales de la política a costa de lo que puede llamarse la "cuestión social". En muchos casos, la TER está ocupada, como las teorías pluralistas en general, con problemas de control burocrático y crecimiento del poder estatal. Incluso sería relativamente fácil integrar a la TER en cierta categoría de la filosofía política, por ejemplo, el *utilitarismo* y aun el *libertarismo* (Kymlicka, 1990), pero después de un examen a fondo, concluiríamos que en la teoría de la elección racional caben versiones muy diversas de la confesión liberal. Aunque muchos trabajos

circunscritos a la TER contienen elementos normativos fuertes, el núcleo de la teoría no se puede reducir a ellos (a pesar de su compromiso con el individualismo metodológico) y sobrevive porque se ha podido adaptar a variadas preferencias ideológicas.

Bajo esta línea, tanto la tradición conductista como la TER comparten la aversión al "populismo político" y en cambio expresan preferencias por el "elitismo democrático" en el sentido de que los votantes no eligen alternativas o cursos de acción, sino únicamente funcionarios entre partidos en competencia (Goodin, 1993: 161). Pero no sólo derivan esta posición schumpeteriana de la observación, sino de cierta desconfianza de cualquier enfoque de participación democrática que exceda los requisitos de la competencia elitista por los votos. En este sentido, la democracia como método de elección social es el núcleo de la teoría democrática implícita en la TER. En el conductismo se da por sentado la representación de las decisiones ciudadanas por la vía de la pluralidad de intereses.

En los nuevos institucionalismos hay un leve cambio en cuanto a la definición de interés racional, que es un presupuesto teórico, que se diluye en la prefiguración institucional de las alternativas de los agentes. Estos deben, por así decirlo, trascender el estado original, por medio del conocimiento de las reglas institucionales en que se hallan inmersos y para hacerlo cuentan con varios recursos, entre los cuales destaca la ciencia política. Al final de cuentas, como dice Imre Immergut:

"El institucionalismo se mantiene en la tradición liberal. Pero al elevar el problema de la representación de los intereses y al cuestionar el recurso a los criterios de eficiencia y de otros estándares procesales para juzgar la cuestión de la cualidad de los

procesos políticos y sus resultados, la teoría institucionalista constituye un substrato distinto de la tradición liberal. En oposición a otros -como el liberalismo económico, el utilitarismo y el conductismo- los cuales, a pesar de sus importantes diferencias, conservan en común una fe en la eficiencia de la suma de los deseos individuales, como la vía para alcanzar a una definición del interés público, la tradición institucionalista busca trascender y rebasar las normas como guías para la conducta política, aun cuando al mismo tiempo no esté preparada para dar el salto hacia una visión plenamente sustantiva de la vida política" (1998: 11).

De las variedades de nuevos institucionalismos, el llamado nuevo institucionalismo histórico es el más crítico. El asunto más directamente relacionado con él es el reexamen de la noción de participación política democrática. A diferencia de la racionalización de la apatía ciudadana, el nuevo institucionalismo ha estudiado procesos de movilización decisivos para la formación de los regímenes democráticos. Por ello, ha resaltado no tanto en el consenso previo en las reglas del juego político y su funcionamiento presente, como su formación. Lo que distingue al nuevo institucionalismo es su interés en los procesos y en las trayectorias institucionales (Steinmo, 2001). El caso más claro de este enfoque es la obra de Barrington Moore y su discípula Theda Skocpol. Este cambio de énfasis no sólo ha representado un giro ideológico, sino también un giro teórico y metodológico.

Otro ejemplo es la reevaluación del concepto de cultura política, muy vinculado al de participación y ciudadanía. Robert Goodin resumió la situación actual de la siguiente manera: "el nuevo análisis de la evidencia ha llevado a los sociólogos más cuidadosos a concluir que, aun en la más estable y funcional

democracia, un consenso de valores existe únicamente entre los dominadores; entre las clases subordinadas, el consenso es más pragmático, determinado situacionalmente y por ello, algo trémulo" (1993: 174).

La disciplina en el mundo

"La ciencia política, tal como es practicada, es esencialmente una disciplina de la postguerra y predominantemente estadounidense" (Goodin, 1973: 158). No es que los estadounidenses inventaran la ciencia política. Simplemente que al establecer las bases institucionales de esta disciplina, llenaron el vacío que la destrucción y la locura fascista crearon en los principales centros de la ciencia social europea. De modo que fue hasta finalizar la Segunda Guerra Mundial, en la reconstrucción de Europa occidental, cuando la ciencia política empezó a sentar sus reales en el viejo continente. La presencia de profesores estadounidenses en las universidades europeas facilitó esta tarea. Mientras la ciencia social estadounidense fue tremendamente influida por académicos alemanes a lo largo de los siglos XIX y XX, al terminar la Segunda guerra Mundial este prestigio se invirtió. En Europa la vocación por una ciencia política empírica desapareció en el periodo de entreguerras y sólo reaparecería bajo la orientación de académicos estadounidenses. Si a principios del siglo la ciencia social europea ayudó a definir el perfil disciplinario de la ciencia social y política estadounidense ("la americanización de la ciencia social", Manicas, 1989), en la segunda postguerra su influencia va en la otra dirección. Por ejemplo, hoy hablamos de un proceso de exportación de ideales y estilos, normas y reglas del juego de la ciencia social de

los Estados Unidos al resto del mundo.⁷³ La profesionalización y la institucionalización de la disciplina son los aspectos clave para el florecimiento de ésta (McCay,1991).

Es así como el resurgimiento de la ciencia política europea se relacionó con el establecimiento de regímenes democráticos, lo cual ha estimulado la generalización de que la disciplina sólo puede florecer ahí donde existen democracias liberales (Newton y Vallés, 1991; McCay,1991). La creación de la *International Political Science* (IPSA), en 1949, auspiciada por la UNESCO, fue anunciada como un aporte a la reconstrucción de Europa Occidental. Sin embargo, la asimilación no fue tarea sencilla. En primer lugar, la resistencia a la investigación empírica está arraigada en muchos estilos de pensamiento tradicionales. Por ejemplo, en Italia, está resistencia .el primer obstaculo que debieron vencer intelectuales como Norberto Bobbio y Giovanni Sartori, cuya tarea fue promover la aceptación de lo que se llamó "realismo científico" (Morlino,1991). En Alemania un ambiente de idealismo y antipositivismo fue un obstáculo a la consolidación de la disciplina (Beyme, 1991; Berndston, 1991: 40-41; McCay, 1991). En cada caso el restablecimiento de la ciencia política no consistió en una imitación acrítica. La ciencia política europea contemporánea establece rutas en los terrenos teóricos y metodológicos y, autores como Maurice Duverger, Stein Rokkan, Giovanni Sartori, Arendt Liphart,por mencionar solo algunos, son líderes de la disciplina.

⁷³ Consúltense los volúmenes editados por David Easton, et al. (1991 y 1995) y el volumen especial del *European Journal of Political Research* (Vol. 20, n. 3-4), donde se

La disciplina en México

Al igual que en Europa, la influencia de la ciencia política estadounidense en la mexicana es perceptible. Un buen número de politólogos relativamente jóvenes obtiene sus grados de maestría y doctorado en universidades de los Estados Unidos y algunos centros de investigación nacionales, como el CIDE cultivan los estilos de la disciplina estadounidense. Pero es difícil hacer una predicción acerca de si la ciencia política mexicana se consolidará o se conformará con seguir los pasos de las corrientes y modas estadounidenses. La ciencia política mexicana debe aún encontrar la inflexión crítica, como debieron hacerlo los colegas europeos frente a la tradición estadounidense. Esta tarea es ineludible, pues la imitación no será productiva. Después de todo, la ciencia política estadounidense surgió para responder a imágenes y problemas de la democracia estadounidense. Pero este debate está aún por venir. Acasi treinta años de haber sido hecha, la afirmación de que "la meta –de la ciencia política- es descubrir la forma de maximizar las capacidades de acción independiente de México en función de sus objetivos internos" (Meyer y Camacho, 1997: 41) parece más echada a lo olvido que que .debidamente discutida, y no es fácil discernir una nueva meta para la disciplina mexicana (a menos que la elusiva "consolidación democrática" pueda serlo).

Es difícil hacer un perfil de la disciplina de la ciencia política mexicana, a pesar de su fuerte presencia en algunas facultades de ciencias sociales. La ciencia política no es una disciplina bien establecida y la profesión se encuentra en

documenta la influencia de la ciencia política de los Estados Unidos en la de Europa.

estado de relativa desorganización, comparada con la situación de la profesión en Chile y Brasil. La ciencia política mexicana no está representada formalmente en la IPSA y la participación de los profesionistas nacionales en sus actividades son a título individual. Este rezago organizacional y disciplinario puede tener muchas causas. Una de ellas es la organización de la profesión, orientada hacia el servicio público antes que hacia la investigación (Meyer y Camacho, 1977). Muchos politólogos encuentran más atractivo y prospero el servicio público, como asesores y funcionarios, que en la academia y la investigación.⁷⁴

Otras causas pueden estar en un cierto clima adverso a las ciencias sociales (por cierto no exclusivo de México) promovido por la extraña y probablemente involuntaria alianza entre el “posmodernismo” filosófico y el atraso cultural. Sin embargo, la profesión ha empezado a prosperar a medida en que el país se ha encausado en una transición democrática y es realista pensar que la disciplina se establecerá sobre bases académicas más sólidas en el futuro próximo (Bokser, 1999; Merino, 1999).

⁷⁴ Decían Lorenzo Meyer y Manuel Camacho, hace casi tres décadas, que “el servicio público es, además de una fuente de empleo, una fuente de prestigio y quizá una oportunidad de resolver a nivel individual las limitaciones económicas propias de las instituciones de enseñanza y de investigación. (...) En muchos casos esta situación va en detrimento de la calidad de la investigación, pues unos presentan el resultado de sus investigaciones pensando en esa posibilidad, hay muchos otros que simplemente dejan de escribir para evitar comprometerse en un medio político que tradicionalmente ha premiado la indecisión” (Meyer y Camacho, 1977: 43).

Referencias

- Alford, Robert R. y Roger Friedland. (1991), *Los poderes de la teoría: capitalismo, estado y democracia*, España, Ed. Manantial.
- Almond, Gabriel. (1988), *A Discipline Divided, Schools and Sects in Political Science*, California, Newbury Park, CA, Sage Publication Inc.
- Almond, Gabriel (1988), "The Return to the State" *American Political Science Review*, Vol.82, N.3, September.
- Almond, Gabriel. (1991) "Capitalism and Democracy", *PS. Political Science & Politics*, September.
- Almond, Gabriel A. (1998), "Political Science: The History of the Discipline", en Robert E. Goodin y Hans-Dieter Klingemann, *A New Handbook of Political Science*, Oxford, Oxford University Press.
- Almond, Gabriel, y James S. Coleman. (1960), *The Politics of New Developing Areas*, New Jersey, Princeton University Press, Princeton.
- Almond, Gabriel y Sidney Verba. (1963), *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, New Jersey, Princeton University Press.
- Almond, Gabriel, y Bingham Powell Jr. (1966), *Comparative Politics: A Developmental Approach*, Boston, Little, Brown & Co.
- Alt, James E. y Alberto Alesina, (1998), "Political Economy: An Overview", en Goodin y Klingemann, *A New Handbook of Political Science*, Oxford & New York, Oxford University Press.
- Alt, James E. y Margaret Levi Elinor Omstrom, (Eds.) (1999), *Competition and Cooperation: Conversations with Nobelists about Economics and Political Science*, Russell Sage foundation.
- Alt, James E, (2000), "Comparative Political Economy: Credibility, Accountability and Institutions", en Ira Katznelson y Helen V. Miller, *Political Science: State of the Discipline*, New York, APSA, W.W. Norton Co.
- Amadae S.M. y Bruce Bueno de Mesquita, (1994), "The Rochester School: The Origins of Positive Political Theory", *Annual Review of Political Science*, vol.2.
- Apter, David E. (1965) *The Politics of Modernization*, Chicago, University of Chicago Press.
- Apter, David E. (1988), "Comparative Politics: Old and New" en Goodin y Klingemann, Oxford & New York, *New Handbook of Political Science*, Oxford University Press.
- Axelrod Robert M. (1984), *The Evolution of Cooperation*, New York, Basic Books.
- Barry, Brian. (1970), *Los sociólogos, los economistas y la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu Eds.

- Barry, Brian. (1993), *La teoría liberal de la justicia*, México, Fondo de Cultura Económica, (ed. original, 1973).
- Barry, Brian. (1996), "Political Theory. Old and New," en Robert E. Goodin y Hans-Dieter Klingemann, *A New Handbook of Political Science*, Oxford & New York, Oxford University Press.
- Bates, Robert H. (1988), "Contra-Contractarianism: Some Reflections on the New Institutionalism", *Politics and Society*, 16.
- Bates, Robert H., Barry E. Weingast. (1995), *A New Comparative Politics: Integrating Rational Choice and Interpretivist Perspectives*, Center of International Affairs, Harvard University.
- Bates, Robert H., Rull, J.P. de Figuereido Jr., Barry Weingast, (1998^a), "The Politics of Interpretation: Rationality, Culture and Transition," *Politics and Society*, Vol.26, N.4, December.
- Bates, Robert H., Avner Greif, Margaret Levi, Jean-Laurent Rosenthal, Barry R. Weingast, (1998b), *Analytical Narratives*, Princeton NJ, Princeton University Press.
- Bates, Robert H. (1996) "Area Studies and the Discipline: A Useful Controversy", *PS*, June.
- Bates, Robert H. (1997), "Comparative Politics and Rational Choice: A Review Essay", *American Political Science Review*, Vol.91, N.3, September.
- Beard, Charles, (1913) *An Economic Interpretation of the Constitution*, New York, Macmillan Co.
- Behnegar, Nasser. (2003), *Leo Strauss, Max Weber and the Scientific Study of Politics*, Chicago, University of Chicago Press.
- Bentley, Arthur F. (1995). *The Process of Government: A study of Social Pressures*, New Brunswick, Transaction Publishers. (Edición original, 1908),
- Berlin, Isaiah, (1983) "¿Existe aún la teoría política?", en *Conceptos y categorías*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Beyme, Klaus von. (1991), *Teoría política del siglo XX*, Madrid, Alianza Universidad.
- Beyme, Klaus Von,(1991), "German political science: the state of the art," *European Journal of Political Research*, 20,
- Beyme, Klaus von. (1998), "Political Theory: Empirical Political Theory", en Robert E. Goodin y Hans-Dieter Klingemann, Eds. *A New Handbook of Political Science*, Oxford & New York, Oxford University Press.
- Bill, James y Robert L. Hardgrave Jr. (1981), *Comparative Politics: The Quest for Theory*, Columbus, New York, University Press of America.
- Bokser, Judith, (1999), "El estado actual de la ciencia política," en Mauricio Merino (Coord.) *La ciencia política en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Fondo de Cultura Económica.

- Boudon, Raymond. (1998^a), "Social mechanism without black boxes," en Hedström y Swedberg, *Social Mechanisms*, Princeton NJ, Cambridge University Press.
- Boudon, Raymond. (1998b), "Limitations of Rational Choice Theory," *American Journal of Sociology*. V.104, N.3
- Brennan, Geoffrey. (1993), "The Contribution of Economics", en Robert E. Goodin y Phillip Pettit, *A Companion to Contemporary Political Philosophy*, Malden Ma., Blackwell Publishers.
- Brinton, Mary C., y Victor Nee, (Eds.) (1998), *The New Institutionalism in Sociology*, New York, Russell Sage Foundation.
- Buchanan, James M. (1990), *Ensayos sobre política económica*, México, Alianza editorial Mexicana.
- Buchanan, James, (1990), "El renacimiento de la teoría económica de la política", *Breviarios Políticos*, CIDE, verano-invierno.
- Buchanan, James M. y Gordon Tullock. (1993), *El cálculo del consenso. Fundamentos lógicos de la democracia constitucional*, Planeta Agostini. (ed. en inglés 1962)
- Bunge, Mario, (1999a), *Buscar la filosofía en las ciencias sociales*, México, Siglo XXI editores.
- Bunge, Mario, (1999b), *Las ciencias sociales en discusión. Una perspectiva filosófica*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Caporaso, James A. (2000), "Comparative politics: Diversity and Coherence," *Comparative Political Studies*, Vol.33, Núm.6-7, August-September.
- Cavell, Colin S. (2002), *Exporting 'Made in America? Democracy. The National Endowment for Democracy and the American Foreign Policy*, New York, University Press of America.
- Chomsky, Noam, et al. (1998), *The Cold War and the University. Toward an Intellectual History of the Postwar Years*, New York, New Press.
- Clarke, Paul Barry y Joe Foweraker, (Eds) (2001), *Encyclopedia of Democratic Thought*, London and New York, Routledge.
- Coleman, James S. (1990), *Foundations of Social Theory*, Cambridge, Ma., The Belknap Press of Harvard University Press.
- Collier, David and James Mahon,(1993) "Conceptual 'Stretching' Revisited: Adopting Categories in Comparative Analysis", *American Political Science Review*, Vol. 87, N. 4, December.
- Collier, Ruth Berins y David Collier. (1991) *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, The Labor Movement and Regime Dynamics in Latin America*, Princeton, Princeton University Press.
- Collins, Randall. (1994), *Four Sociological Traditions*, New York, Oxford University Press.

- Crick, Bernard. (1959), *The American Science of Politics, Its Origins and Conditions*. Berkeley and Los Angeles, University of California Press.
- Cumming, Bruce. (1997), "Boundary Displacement: Area Studies and International Studies During the Cold War", en Christopher Simpson, (Ed.), *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences During the Cold War*. New York, The New Press.
- Dahl, Robert A. (1956), *A Preface to Democratic Theory*. Chicago, University of Chicago Press.
- Dahl, Robert A. (1961), *Who Governs? Democracy: Autonomy City*, New Haven, Conn., Yale University Press.
- Dahl Robert A. (1961), "The Behavioral Approach in Political science: Epitaph for a Monument to a Successful Protest", *American Political Science Review*, Vol. LV, N. 9, December.
- Dahl, Robert A. (1971), *Polyarchy*, New Haven, Yale University Press.
- Dahl, Robert A. (2001), "Pluralism," *The Oxford Companion to Politics of the World*, Oxford, Oxford University Press.
- Dalton, Russell J. (1988), "Comparative Politics: Micro-behavioral Perspectives", en Goodin y Klingemann, *New Handbook of Political Science*, New York, Oxford University Press.
- Davis, Morton D. (1971), *Teoría del juego*. Madrid, Alianza Universidad.
- De Remes, Alain. (2001), "Elección racional, Cultura y Estructura: Tres enfoques para el análisis político", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. LXIII, enero-marzo.
- Denzau, Arthur T. & Douglass C. North, (1994), "Shared Mental Models: Ideologies and Institutions", *Kyklos*, Vol.47.
- Diamond, Larry Jay. (1993), *Political Culture and Democracy in Developing Countries*, Bouldner, Reinner,
- Diamond, Larry Jay, Seymour M. Lipset, Juan J. Linz. (1995), *Politics in Developing Countries: Comparing Experiences with Democracy*. Bouldner, Reinner,
- Dogan, Matei y Robert Pahre. (1991), *Las nuevas ciencias sociales: la marginalidad creadora*, México, Ed. Grijalbo.
- Downs, Anthony. (1957), *An Economic Theory of Democracy*, New York, Harper & Row.
- Drury, Shania. (1997), *Leo Strauss and the American Right*, New York, Griffin Trade Paperback.
- Drysek, John S. y Stephen T. Leonard, (1995), "History and Discipline in Political Science", en David Easton, et.al. *Regime and Discipline. Democracy and the Development of Political Science*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- Easton, David, (1953), *The Political System*, New York, Knof.
- Easton, David. (1969), "The New Revolution in Political Science," *American Political Science Review*, Vol. 63, N. 4, December.

- Easton, David, John G. Gunnell y Luigi Graziano, Eds. (1991), *The Development of Political Science: A Comparative Survey*, London & New York, Routledge.
- Easton, David, et al., (1995), *Regime and Discipline: Democracy and the Development of Political Science*, Ann Harbor, University of Michigan Press.
- Eckstein, Harry. (1988), "A Culturalist Theory of Political Change", *American Political Science Review*, Vol. 81, N. 3.
- Eckstein, Harry. (1972a), "On the Etiology of Internal Wars", en Ivo K. Feierabend, y Robert Gurr, *Anger, Violence and Politics*, New York, Prentice Hall.
- Eckstein, Harry. (1972b), "A Theory of Stable Democracy" en Ivo K. Feierabend y Robert Gurr, *Anger, Violence and Politics*, New York, Prentice Hall.
- Eckstein, Harry. (1982), "The Idea of Political Development: From Dignity to Efficacy", *World Politics*, vol. XXXIV.
- Eckstein, Harry. (1988), "A Culturalist Theory of Political Change", *American Political Science Review*, vol. 81, N. 3.
- Eckstein, Harry. (1998), "Unfinished Business: Reflections on the Scope of Comparative Politics," *Comparative Political Studies*, Vol. 31, N. 4, April.
- Elster, Jon. (1990), *Tuercas y tornillos: una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa editorial.
- Evans, Peter B., Dietrich Rueschemeyer & Theda Skocpol, (1985) *Bringing the State Back In*, New York, Cambridge University Press.
- Farr, James. (1995), "Political Science and the State", en Farr, James, John S. Dryzek y Stephen T. Leonard, eds. *Political Science in History: Research Programs and Political Traditions*, New York, Cambridge University Press.
- Farr, James, John S. Dryzek y Stephen T. Leonard, (Eds), (1995), *Political Science in History: Research Programs and Political Traditions*, New York, Cambridge University Press.
- Fenteststein, Matthew. (1997), *Pragmatism and Political Theory*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Friedland Roger y Robert R. Alford. (1991), "Introduciendo de nuevo a la sociedad. Símbolos, prácticas y contradicciones institucionales," en Powell y DiMaggio, *El nuevo Institucionalismo en el análisis organizacional*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Friedman, Jeffrey (Ed.) (1996), *The Rational Choice Controversy*, New haven, Yale University Press.
- Galston, William. (1993), "Political Theory in the 1980s: Perplexity amidst Diversity", en Finifter, Ada, (ed.) *The State of the Discipline II*, Washington D.C., American Political Science Association.
- Geddes, Barbara. (1995), "Uses and Limitations of Rational Choice", en Peter H. Smith, *Latin America in Comparative Perspective: New Approaches to Methods and Analysis*, Westview Press.

- Geertz, Clifford (1983), *Local Knowledge*, New York, Basic Books.
- Gendzier, Irene L. (1985), *Managing Political Change: Social Scientists and the Third World*, Boulder, Westview Press.
- Gendzier, Irene L. (1998), "Play It Again, Sam: The Practice and Apology of Development", en C. Simpson,(Ed.), *Universities and Empire. Money and Politics in the Social Sciences During the Cold War*, New York, The New Press.
- Goldstone, Jack A. (1991), *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*, Berkeley, University of California Press.
- Goldstone, Jack A. (1998), "Initial Conditions, General Laws, Path Dependence, and Explanation in Historical Sociology," *American Journal of Sociology*, Vol. 103, N. 3, November.
- Goodin, Robert E. (1993), "Political Science", en R. E. Goodin y Philip. Pettit, *A Companion to Political Philosophy*, New York, Blackwell Publishers.
- Goodin, Robert E. (Ed.) (1996), *The Theory of Institutional Design*, New York, Cambridge University Press.
- Goodin, Robert E. y Hans Dieter Klingemann. (eds.) (1996), *A New Handbook of Political Science*, New York, Oxford University Press.
- Granovetter, Mark. (1992), "Economic Action and Social Structure: The Problem of Embeddedness", en Mark Granovetter y Richard Sweedberg, *The Sociology of Economic Life*, Bouldner, Westview Press.
- Green, Donald P y Ian Shapiro.(1994), *Pathologies of Rational Choice Theory*, New Haven, Yale University Press.
- Gunnell,John G. (1986), *Between Philosophy and Politics. The Alienation of Political Theory*, Amnerts, The University of Massachusetts Press.
- Gunnell, John G. (1990), "The Nature of Contemporary Political Science: A Roundtable Discussion" *Political Science & Politics*, March.
- Gunnell, John G. (1993), *The Descent of Political Theory*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Gunnell, John G. (1995), "The Declination of the 'State' and the Origins of American Pluralism," James Farr, et al., *Political Science in History*, New York, Cambridge University Press.
- Gunnell, John, G. (1998), *The Orders of Discourse. Philosophy, Social Science, and Politics*, Lanham, Rowman & Littlefield publishers Inc.
- Gunnell, John, G. (2004), *Imagining the American Polity. Political Science and the Discourse of Democracy*, Pennsylvania State University.
- Hall,John,A.y G. John Ikenberry, (1991), *El Estado, México*, Ed.Nueva Imagen.

- Hall, Peter A. y Rosemary C.R. Taylor. (1996), "Political Science and the Three New Institutionalisms", *Political Studies*, XLIV.
- Hartz, Louis. (1955), *The Liberal Tradition in America: An Interpretation of American Political Thought Since the Revolution*, New York, Harcourt, Brace and World.
- Hedström, Peter y Richard Sweedberg, (eds.) (1998), *Social Mechanisms*, New York, Cambridge University Press.
- Hirshman, Albert O. (1991), *Retóricas de la intransigencia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Hodgson, Geoffrey M. (1994), "The Return of Institutional Economics", en Neil J. Smelser y Richard Sweedberg, (eds.) *The Handbook of Economic Sociology*, Princeton, Princeton University Press.
- Holden, Matthew Jr. (1999), "The Competence of Political Science: 'Progress in Political Science Research' Revisited", *American Political Science Review*, Vol. 94, N. 1, March.
- Horowitz, Irving Louis (Ed), (1971), *The Use and Abuse of Social Science*, New Brunwicks, Transaction.
- Horowitz, Irving Louis. (1972), *Foundations of Political Sociology*, New York, Harpers & Row.
- Horowitz, Irving Louis. (1980), *Ideología y utopía en los Estados Unidos: 1956-1976*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Horowitz, Irving Louis. (1983), *C.W. Mills: An American Utopian*, New York, The Free Press.
- Huntington, Samuel. (1968), *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press,
- Horowitz, Irving Louis, (1993), *The Decomposition of Sociology*, New York, Oxford University Press.
- Huntington, Samuel (1968), *Political Order in Changing Societies*, New haven, Yale University Press.
- Huntington, Samuel y Joan Nelson. (1976), *No Easy Choices: Political Participation in Developing Countries*, Cambridge, Harvard University Press,
- Huntington, Samuel. (1991), *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman and London, University of Oklahoma Press,.
- Huntington, Samuel. (1996), *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, New York, Simon & Schuster.
- Huntington, Samuel. (1997), "After Twenty Years: The Future of the Third Wave", *Journal of Democracy*, Vol. 8, October.
- Huntington, Samuel (2004). *Who are we?. The Challenges to American National Identity*. New York, Simon & Schuster.
- Immergut, Ellen M. (1992), "The Rules of the Game: The Logic of health policy making in France, Switzerland and Sweeden", en Sveimo, Sven, y Kathleen Thelen,

- Structuring Politics: Historical Institutionalism in Comparative Analysis*, New York, Cambridge University Press.
- Immergut, Ellen M. (1998), "The Theoretical Core of the New Institutionalisms," *Politics and Society*, Vol. 26, N. 1.
- Ingelhart, Ronald. (1997), *Modernization and Post-Modernization: Cultural, Economic, and Political Change in 43 Societies*, Princeton, Princeton University Press.
- Inkeles, Alex. (1974), *Becoming Modern: Individual Change in Developing Countries*, New York, Cambridge University Press.
- Inkeles, Alex. (2001), "Modernity: Sociological Theories," en Neil Smelser, Ed. *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences*, Oxford, Elsevier Science Ltd.
- Johnson, Chalmers (1996), "Preconception vs. Observation, or Contributions of Rational Choice Theory and Area Studies to Contemporary Political Science" ,*PS*, June.
- Karl, Terry Lynn. (1990), "Dilemmas of the Democratization of Latinamerica," *Comparative Politics*, October.
- Katznelson, Ira. (1997), "The Subtle Politics of Developing Emergency: Political Science as Liberal Guardianship," en Noam Chomsky, et al. *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History*, New York, The New Press.
- Katznelson, Ira y Helen V. Milner. (2002), "American Political Science: The Discipline's State and the State of the Discipline," en Ira. Katznelson y H: V. Milner (eds.), *Political Science: State of the Discipline*, New York, APSA-Norton.
- Key, V.O. Jr. (1949), *Southern Politics in State and Nation*, New York, Knopf.
- Key, V.O. Jr. (1964), *Public Opinion and American Democracy*, New York, Knopf.
- King, Gary, Robert Keohane, and Sidney Verba. (1994), *Designing Social Inquiry: Inference in Qualitative Research*, Princeton, Princeton University Press.
- Kisler, Edgar. (1996), "The Revival of Narrative in Historical Sociology: What Rational Choice Theory Can Contribute", *Politics and Society*, Vol. 24, N. 3, September.
- Laitin. David D. (2001), "The Political Science Discipline", *APSA Proceeding*, Annual Congress.
- Laitin, David D. (2002), "Comparative Politics: The State of the Sub Discipline," en Ira Katznelson y Helen V. Milner, *Political Science. State of the Discipline*, W.W. Norton & Co. & APSA, Nueva York.
- Lalman, David, Joe Oppenheimer, y Piotr Swistak. (1993), "Formal Rational Choice Theory: A Cumulative Science of Politics", en Finifter, Ada W. *The State of the Discipline II*, American Political Association.
- Lambert, R. D. (2001), "Area and International Studies in the United States: institutional Arrangements," en Neil Smelser y Paul B. Baltes, (Eds.) *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, Oxford, Elsevier Science Ltd.
- Lasswell, Harold D. (1936), *Politics: Who Gets, What, When and How*, New York, McGraw-Hill.

- Lasswell, Harold D. (1941), "The Garrison State", *American Journal of Sociology*, Vol. 41, January.
- Lasswell, Harold. (1962), "The Garrison State Hypothesis Today", in *Changing Patterns of Military Politics*, New York The Free Press of Glecoe.
- Lasswell, Harold D. y Abraham Kaplan. (1950), *Power and Society*, New Haven, Yale University Press.
- Lasswell, Harold D. y Abraham Kaplan. (1950), *National Security and Individual Freedom*, New York, McGraw-Hill.
- Levi, Margaret. (1990), " A Logic of Institutional Change," en Karen Scheweers y Margaret Levi, *The Limits of Rationality*, The University of Chicago Press.
- Levi, Margaret (1997), "A Model, a Method, and a Map: Rational Choice in Comparative and Historical Analysis", en Lichbach y Zuckerman, *Comparative Politics: Rationality, Culture, and Structure*, Cambridge University Press.
- Levine, Andrew (ed.) (1929), *The State and his Critics*, 2 vols. An Edgar Reference Collection.
- Lichbach, Mark Irving. (1996), *The Cooperator's Dilemma*, The University of Michigan Press.
- Lichbach, Mark Irving y Alan S. Zuckerman. (1997), *Comparative Politics: Rationality, Culture and Structure*, Cambridge University Press.
- Lindblom, Charles. (1982), "Another State of Mind" Presidential Address, APSA, 1981, *American Political Science Review*, Vol. 76,
- Lindblom, Charles. (1990), *Inquiry and Change: The Troubled Attempt to Understand and Shape Society*, Yale University Press.
- Lindblom, Charles. (1997), "Political Science in the 1940s and 1950s", *Daedalus*, Vol.126, N. 1, Winter.
- Lijphart, Arend. (1971), "Comparative Politics and the Comparative Method", *American Political Science Review*, Vol. 65, N. 3, September.
- Linz, Juan y Alfred Stepan. (1996), *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America and Post Communist Europe*, Johns Hopkins University, Baltimore.
- Lipset, Seymour, Martin. (1959), "Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy", *American Political Science Review*, V. 53, N. 1, March, New York.
- Lipset, Seymour, Martin. (1994), "The Social Prerequisites of Democracy Revisited", *American Political Science Review*, New York.
- Lippmann, Walter, (1922), *Public Opinion*, New York, Macmillan Co.
- Little, Daniel, (1991), *Varieties of Social Explanation*, West View Press.

- Lowi, Theodore. (1967), "The Public Philosophy: Interest Group Liberalism," *American Political Science Review*, Vol. LXI, No.1, March.
- Lowi, Theodore. (1979), *The End of Liberalism*, W.W. New York, Norton & Company, (1° ed. 1969),
- Lowi, Theodore J. (1992), "The State in Political Science: How We Became what We Study", *American Political Science Review*, Vol. 86, N. 1, March.
- Lowi, Theodore J. (1993), "A Review of Herbert Simon's Review of My Review of the Discipline", *PS Political Science & Politics*, March.
- Lustick, Ian S. (1996), "The Discipline of Political Science: Studying the Culture of Rational Choice as a Case in Point", *PS Political Science & politics*, June.
- Mair, Peter. (1998), "Comparative Politics: An Overview", En Robert E. Goodin y Hans Dieter Klingemann, *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press.
- Manicas, Peter T. (1989), *A History and Philosophy of the Social Sciences*, New York, Blackwell Publishing Co.
- McAdams, Doug, Sidney Tarrow, Charles Tilly (2001), *Dynamics of Contention*, Cambridge University Press.
- McCubbins, Mathew D, y Thomas Schwartz. (1984), "Congressional Oversight Overlooked: Police Patrols versus Fire Alarms" *American Journal of Political Science*, Vol. 28.
- Mann, Michael, (1986,1992),*The Sources of Social Power*, vols. I y II, Cambridge, Cambridge University Press.
- Mann, Michael, (1988), *States,War and Capitalism*, Oxford, Blackwell Publishers.
- March, James G. y Johan P. Olsen. (1984), "The New Institutionalism: Organizational Factors in Political Life," *American Political Science Review*, Vol. LXXVIII.
- March, James G., (1997), *El redescubrimiento de las instituciones: La base organizativa de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, (ed. en inglés, 1989),
- March, James G., y Johan P. Olsen, (1995), *Democratic Governance*, The Free Press.
- McKay, David, (1991),"Is European political science inferior to or different from American political science?," *European Journal of Political Research*, 20,
- Mejía Torres, David, (1990), "La ciencia política en México", en Francisco José Paoli (Coord.), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, Gpo. Editorial Miguel Angel Porrúa.
- Merino, Mauricio, (1999), Introducción," *La ciencia política en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo de Cultura Económica.
- Merks, G. W., (2001), "Area and International Studies in the United States: Stakeholders", en Neil Smelser y Paul B. Baltes, (Eds.) *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, Oxford, Elsevier Science Ltd.

- Merriam, Charles. (1921), "The Present State of the Study of Politics", *American Political Science Review*, 15: 173-185.
- Merriam, Charles, (1925) *New Aspects of Politics*, Chicago: University of Chicago Press .
- Merriam, Charles. (1926), "Progress in Political Research", *American Political Science Review*, 20 (February),
- Meyer, Lorenzo y Manuel Camacho (1977), "La ciencia política en México: su desarrollo y estado actual", en *Ciencias sociales en México*, México, COLMEX.
- Migdal, Joel S. (1983), "Studying the Politics of Development and Change: The State of the Art," en Ada W. Finifter, *Political Science: The State of the Discipline*, Washington, D.C. APSA.
- Mills, C. W. (1956), *The Power Elite*, New York, Oxford University Press.
- Moore, Barrington,(1973), *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Barcelona, Ediciones península.(original 1966).
- Moore, Barrington. (1989), *La injusticia: Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, UNAM.
- Morlino, L., (1991) "Political science in Italy: traditions and empirism", *European Journal of Political Research*, 20,
- Mueller, Dennis C. (1989), *Public Choice II*, Cambridge University Press.
- Munck, Gerardo L. (2001), "Teoría de juegos y política comparada: Nuevas perspectivas y viejas preocupaciones", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. LXIII, Enero-Marzo.
- Neal Patrick. (1995), "Theory, Postwar Anglo-American", en Seymour Martin Lipset, ed. *Encyclopedia of Democracy*, Washington, D.C., Congressional Quarterly Inc.
- Newton, K. y J.M Vallés, (1991), "Introduction: political science in Western Europe,"
- Nordlinger, Eric, Theodore Lowi y Sergio Fabrinini (1989), "The Return to the State: Critiques", *American Political science Review*, Vol. 82, N. 3, September.
- North, Douglass, (1984), *Estructura y cambio en la historia económica*, España, Alianza editorial.
- North, Douglass C. (1990), *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 2° reimpresión, 2001.
- O'Donnell, Guillermo, Phillippe Schmitter, y Whitehead, Lawrence (Eds.) (1986), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, 4 vols., Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Offe, Claus. (1996), "Political Economy: Sociological Perspectives," en Robert E. Goodin y Hans Dieter Klingemnan, *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press.
- Olson, Mancur. (1965), *The logic of Collective Action*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

- Olson, Mancur. (1973), *Liberal America and the Third World: Political Development Ideas in Foreign Aid and Social Science*, Princeton, Princeton University Press.
- Olson, Mancur (1982), *The Rise and Decline of Nations. Economic Growth, Stagnation and Social Rigidities*, Yale University Press.
- Olson, Mancur. (1993), "Dictatorship, Democracy and Development", *American Political Science Review*, vol. 89, N. 1, March.
- Olsen, Johan P. (2001), "Garbage Cans, New Institutionalism , and the Study of Politics," *American Political Science Review*, Vol. 93, N. 1, March.
- Omstrom, Elinor. (1990), *Governing the Commons*, Cambridge University Press.
- Omstrom, Elinor. (1995), "New Horizons in Institutional Analysis", *American Political Science Review*, Vol. 89, N. 1, March.
- Omstrom, Elinor. (1998), "A Behavioral Approach to the Rational Choice Theory of Collective Action", (1997 Presidential Address, APSA) *American Political Science Review*, Vol.92, N.1, March.
- Ordeshook, Peter C. (1986), *Game Theory and Political Science*, Cambridge University Press.
- Packenham, Robert A. (1973), *Liberal America and the Third World: Political development Ideas in Foreign Aid and Social Science*, Princeton University Press.
- Parsons, Talcott. (1964), "Evolutionary Universals in Society," *American Sociology Review*, 29, June.
- Pharr, Susan J. y Robert Putnam (Eds.) (2000), *Disaffected Democracies. What's Troubling the Trilateral Countries?* Princeton University Press.
- Pierson, Paul y Theda Skocpol. (2001), "Historical Institutionalism in Contemporary Political Science", en Katznelson y Milner, *Political Science: State of the Discipline*, Norton.
- Popkin Samuel .L. (1979), *The Rational Peasant*, University of California Press.
- Powell, Walter W. y Paul J. DiMaggio. (coords.) (1999), *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*, Fondo de Cultura Económica, (ed. en inglés, 1991),
- Przeworski, Adam. (1995), *Democracia y mercado: Reformas políticas y económicas en la Europa del Este y América Latina*, New York, Cambridge University Press.
- Przeworski, Adam y Henry Teune (1970), *The Logic of Comparative Social Inquiry*. John Wiley Interscience.
- Przeworski, Adam, Michael Alvarez, José A. Cheibaub y Fernando Limongi. (2000), *Democracy and Development: Political Institutions and Well Being in the World 1950-1990*, New York, Cambridge University Press.
- Przeworski, Adam, Susan Stokes, Bernard Manin. (1999), *Democracy, Accountability and Representation*, Cambridge, MA., Cambridge University Press.

- Purcell Jr., Edward A (1973), *The Crisis of Democratic Theory: Scientific Naturalism & the Problem of Value*, Lexington, The University Press of Kentucky.
- Putman, Hilary, (1997), "A Half Century of Philosophy," *Daedalus*, Vol.126, N. 1, winter.
- Putman, Robert D. (1993), *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton University Press.
- Putman, Ribert D. (2000), *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, New York, Simon & Schuster.
- Pye, Lucien. (1966), *Aspects of Development*, Boston, Little and Brown.
- Pye Lucien y Sidney Verba (eds.) (1965), *Political Culture and Political Development*, , Princeton, Princeton University Press.
- Pye, Lucien. (2001), "Political Science", *The Oxford Companion to Politics of the World*, New York, Oxford University Press.
- Rapoport, Anatol. (1968), "Introduction", en Carl Von Clausewitz, *On War*, New York, Penguin Books.
- Rapoport, Anatol. (1983), *Mathematical Models in the Social and Behavioral Sciences*, New York, John Wiley & Sons.
- Rawls, John. (1979), *Teoría de la Justicia*, México, Fondo de Cultura Económica. (ed. original, 1971),
- Rawls, John. (1995), *Liberalismo político*, México, Fondo de Cultura Económica. (ed. original, 1993)
- Ricci, David M, (1984), *The Tragedy of Political Science: Politics, Scholarship and Democracy*, New Haven, Conn., Yale University Press.
- Riker, William H. (1982), *Liberalism against Populism*, San Francisco, Freeman Press.
- Riker, William H. (1983), "Political Theory and the Art of Heresthetics", en Ada Finifter, *Political Science. The State of the Discipline*, American Political Science Association.
- Riker, William H., (1986), *The Art of Political Manipulation*, Yale University Press.
- Ritzer, George. (1997), *Postmodern Social Theory*, The McGraw-Hill Co.
- Rodhes, R.A.W. (1995), "El institucionalismo", en David Marsh y Gerry Rodhes (eds.) *Teoría y métodos de la ciencia política*, Alianza Universidad textos.
- Rosenau, Pauline Marie. (1992), *Post Modernism and the Social Sciences*, Princeton University Press.
- Ross, Dorothy. (1991), *The Origins of American Social Science*, New York, Cambridge University Press.
- Rostow, W. Walt. (1960), *The Stages of Development: A Non Communist Manifesto*, New York, Cambridge University Press.

- Rustow, Dankwart A. (1970), "Transitions to Democracy: Toward a Dynamic Model", *Comparative Politics*, vol. 2, núm. 3, April.
- Rothstein, Bo, (1998), "Political Institutions: An Overview," en Robert E. Goodin y Hans Dieter Klingemann, *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press.
- Rueschmeyer, Dietrich y Theda Skocpol. (1996), *States, Social Knowledge and the Origins of Modern Social Policies*, Russell sage Foundation.
- Ryan, Alan (comp.) (1976), *La filosofía de las ciencias sociales*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Sanders, David. (1995), "El análisis conductista", en David Marsh y Jerry Stoker (Eds.) *Teoría y métodos de la ciencia política*, Madrid, Ed. Alianza.
- Sartori, Giovanni. (1978), *La política: Lógica y método*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Schweer Cook, Karen y Margaret Levi (Eds.)(1990), *The Limits of Rationality*, Chicago, The University of Chicago Press,
- Schmitter, Philippe C. (2001), "Comparative Politics," *The Oxford Companion to Politics of the World*, New York, Oxford University Press.
- Scott, James C. (1990) *Domination and the Art of Resistance*, New Haven, Yale University Press.
- Scott, James C. (1998), *Seeing Like a State*, New Haven, Yale University Press.
- Searle, John, (1995), *The Construction of Social Reality*, New York, Free Press.
- Schumpeter, Joseph (1983), *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, ed. Orbis, (ed.original 1950)
- Seidelman, Raymond & Edward J. Harpham. (1985), *Disenchanted Realists. Political Science and the American Crisis, 1884-1984*, New York, State University of New York Press.
- Shapiro, Ian. (1998), "Can the rational choice framework cope with the culture?" *PS Political Science & Politics*, March.
- Shapiro, Robert Y. (2001), "Public Opinion", *The Oxford Companion to Politics of the World*, New York, Oxford University Press.
- Shepsle, Kenneth A. y Mark S. Bonchek. (1997), *Analyzing Politics: Rationality, Behavior and Institutions*, W.W. Norton & Company Inc.
- Shklar, Judith. (1997), "Redeeming American Political Theory", *American Political Science Review*, Vol. 85, N. 1, March.
- Shubik, Martín. (1992), *Teoría de juegos en las ciencias sociales*, Fondo de Cultura económica, (ed. en inglés 1982),
- Simon, Herbert A. (1985), "Human Nature in Politics: The Dialogue of Psychology with Political Science", *American Political Science Review*, Vol. LXXIX,
- Simon, Harbert A. (1993), "The State of American Political Science: Professor Lowi's View of Our Discipline," *PS*, March.

- Simpson, Christopher (Ed.) (1998), *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences During the Cold War*, New York The New Press.
- Skinner, Quentin,(Ed.)(1985), *The Return of Grand Theory in the Human Sciences*, New York, Cambridge University Press.
- Skocpol, Theda. (1984), *Vision and Method in Historical Sociology*, New York, Cambridge University Press.
- Skocpol, Theda. (1992), *Protecting Soldiers and Mothers. The Political Origins of Social Policy in the United States*, Cambridge, The Belknap Press of Harvard University.
- Skocpol, Theda y Morris P. Fiorina, Eds. (1999), *Civic Engagement in American Democracy*, New York, Brooking Institution Press.
- Smith, Roger M. (1997), *Civic Ideals: Conflicting Visions of Citizenship in U.S. History*, New Haven, Yale University Press.
- Smith, Roger M. (1997), "Still Blowing in the Wind: The American Quest for a Democratic, Scientific Political Science," *Daedalus*, Vol. 26, N. 126, Winter.
- Smith, Roger M. (2001), "Reconnecting Political Theory to Empirical Inquiry, or, A Return to the Cave", *APSA Proceeding*, American Political Science Association, Annual Congress.
- Smith, Roger. (1997), *The Norton History of the Human Sciences*, Boston, Mass., W.W. Norton and Co.
- Somit, Albert y Joseph Tanenhaus. (1982), *El desarrollo de la ciencia política estadounidense*, México, ediciones Gernika.
- Steinmo, Sven, Kathleen Thelen y Frank Longstreth. (1992), *Structuring Politics: Historical Institutionalism in Comparative Politics*, New York, Cambridge University Press.
- Steinmo, Sven, (2001),"New Institutionalism," en Paul Barry Clarke y Joe Forewaker, *Encyclopedia of Democratic Thought*, London % New York, Routledge.
- Stepan, Alfred. (2001), *Arguing Comparative Politics*, New York, Oxford University Press.
- Storing, Herbert J. (ed.) (1962), *Essays on the Scientific Study of Politics*, Holt, Reinhart & Winston.
- Strauss, Leo. (1962), "An Epilogue", en, Storing, Herbert J. (ed.) (1962), *Essays on the Scientific Study of Politics*, New York, Holt, Reinhart & Winston.
- Strauss, Leo. (1969), *Liberalism Ancient and Modern*, Basic Books.
- Strauss, Leo, (1999),"¿Qué es la filosofía política?", en Velasco Gómez, Ambrosio, (Ed.), *El resurgimiento de la teoría política en el siglo XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Swedberg, R.M. (1990), *Economics and Sociology. Redefining Boundaries: Conversations with Economists and Sociologists*, Princeton University Press.
- Taylor, Charles," (1999),"La neutralidad en la ciencia política", en Velasco Gómez, Ambrosio, (Ed.), *El resurgimiento de la teoría política en el siglo XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

- Thelen Kathleen. (1999), "Historical Institutionalism in Comparative Politics" *Annual Review of Political Science*.
- Tilly, Charles. (2001), "Mechanisms in Political Processes," *Annual Review of Political Science*,
- Truman, David B. (1953), *The Governmental Process: Political Interest and Public Opinion*, New York, Knopf
- Tsebelis, George, (1990), *Nested Games. Rational Choice in Comparative Politics*, Berkeley, University of California Press,
- Van Der Berg, Axel. (1998), "Is sociological theory too grand for social mechanisms?" en Hedström y Swedberg, *Social Mechanisms*, New Haven, Cambridge University Press.
- Velasco, Ambrosio, (1999), "Introducción", *El resurgimiento de la teoría política en el siglo XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Vidal de la Rosa, Godofredo. (1992), "Retos pluralistas: Comentarios sobre las visiones del pluralismo democrático", México, *Sociológica*, año 7, N. 19.
- Vidal de la Rosa, Godofredo. (1995), "Democracia y desarrollo: La transición revisitada", México, *Sociológica*, año 10, núm. 27.
- Vidal de la Rosa, Godofredo. (2003), "Ideología y ciencia política estadounidense: la construcción del canon conductista", México, *Sociológica*, año 18, núm. 53.
- Vidich, Arthur, Standford M.Lyman y Jeffrey C. Goldfarb (1981), "Sociology and Society: Disciplinary Tensions", *Social Research*, Vol. 40. Summer.
- Wagner, P. (2001), "Modernity: The History of the Concept", en Neil Smelser, ed. *Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences*, Oxford, U.K., Elsevier Science Ltd.
- Wallerstein, Immanuel. (1997), "The Unintended Consequences of Cold War Area Studies", en, Noam Chomsky, et al. *The Cold War and the University*, New York, The New Press.
- Ward, Hugh, (1995), "La teoría de la elección racional", en David Marsh y Gerry Stocker (eds.) *Teoría y métodos de la ciencia política*, Alianza Universidad textos.
- Weber, max, 1972), *Ensayos de sociología contemporánea.*, Barcelona, Ediciones Martinez Roca.
- Weimer, David L. y Aidan R. Viding, (1989), *Policy Analysis*, New York, Prentice Hall.
- Weingast, Harry R., (1995), "A Rational Choice Perspective on the Role of Ideas: Shared Belief Systems and State Sovereignty Cooperation," *Politics & Society*, Vol. 23, n.4, December.
- Weingast, Harry R.,(2000), "Rational Choice Institutionalism,," en Katznelson y Miller, *Political Science: State of the Discipline*, W.W. Norton Co.
- Whitehead, Lawrence, (Ed.) (1996), *International Dimensions of Democratization*, New York, Oxford University Press.

- Whitehead, Lawrence. (1998), "Comparative Politics: Democratization Studies", en Goodin y Klingemann, *A New Handbook of Political Science*, New York, Oxford University Press, Oxford.
- Whitehead, Lawrence. (2001), "Democratic Transitions", en Joel Krieger (ed.) *The Oxford Companion to Politics of the World*, New York, Oxford University Press.
- Williamson, John. (1993), "Democracy and the 'Washington Consensus'", *World Development*, vol. 21, núm. 8.
- Williamson, Oliver E. (1989), *Las instituciones económicas del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, (ed. en inglés 1985),
- Wolin, Sheldon. (1960), *Politics and Vision. Continuity and Innovation in Western Political Thought*, Boston, Little, Brown and Company.
- Wolin, Sheldon. (1969), "Political Theory as a Vocation", *American Political Science Review*, Vol. 63, N. 4, December.
- Wolin, Sheldon (1999), "Paradigmas y teorías políticas", (original, 1968), en Ambrosio Velasco, *Resurgimiento de la teoría política en el siglo XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Worcester, Kenton. (2001), *Social Science Research Council 1923-1998*, New York, www.ssrc.org.